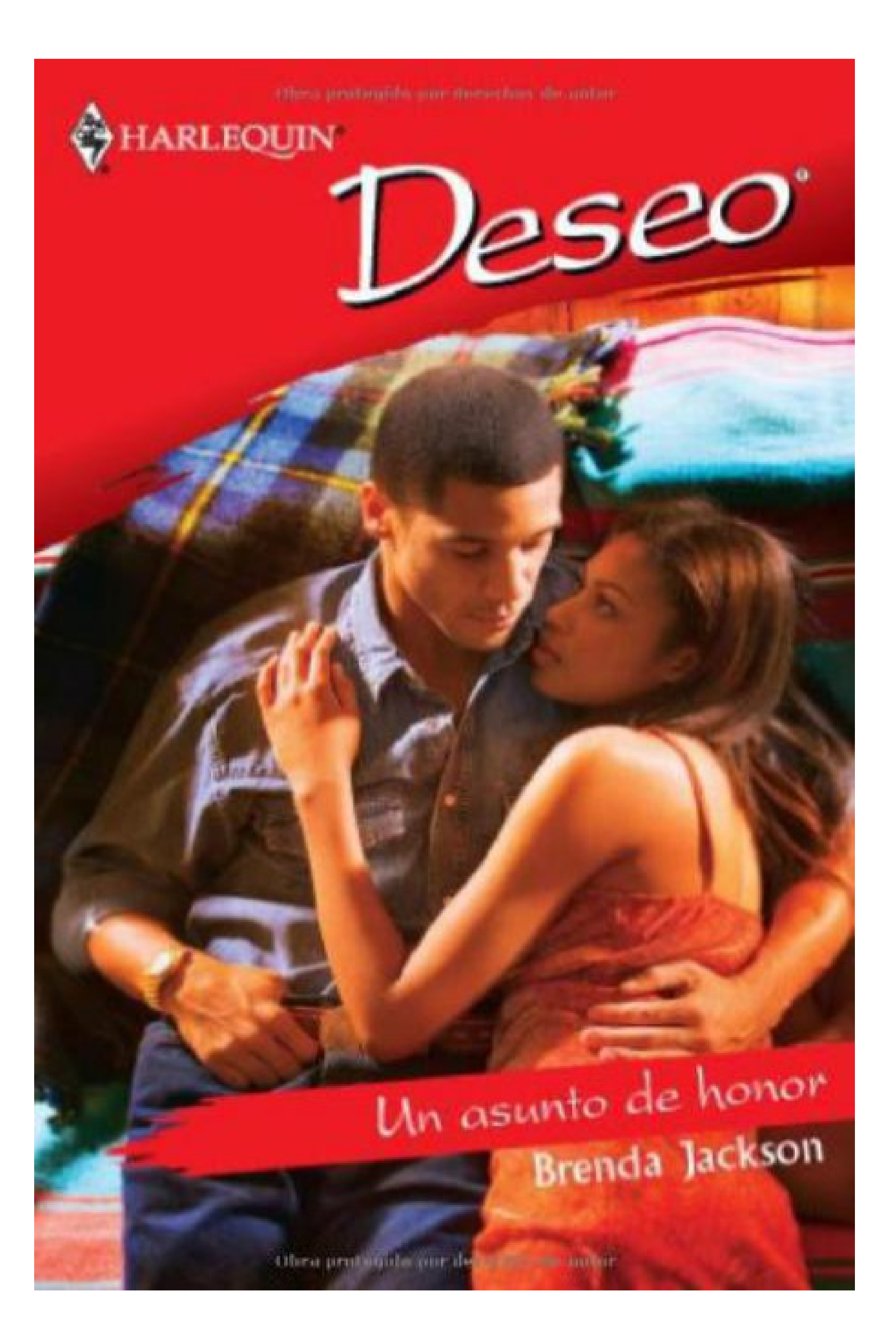

HARLEQUIN
Deseo
Un asunto de honor
Brenda Jackson

Su deber era convertirse en padre y esposo... con todas las consecuencias Con sólo decirle que iba a tener un hijo suyo, Savannah Claiborne puso patas arriba la organizada vida de Durango Westmoreland. De pronto, aquella inolvidable noche de pasión se había convertido en una obligación de por vida para un soltero empedernido como él. Pero los hombres de la familia Westmoreland siempre cumplían con sus responsabilidades, así que dejar que Savannah criara sola al niño no era siquiera una posibilidad para Durango. Le pidió que se casara con él y ella aceptó... con una condición: sería únicamente un matrimonio de conveniencia...

Brenda Jackon

Un asunto de honor

Westmoreland - 8

Capítulo 1

Durango Westmoreland miró hacia las montañas y su atractivo rostro se estropeó al fruncir el ceño. Se había despertado esa mañana con dolor en la rodilla derecha, lo que sólo podía significar una cosa: que habría tormenta. Según las previsiones, no llegaría a Bozeman, sino que se dirigiría al norte, hacia Havre. Pero él sabía que no sería así. Su rodilla nunca lo engañaba.

Su predicción no tenía nada de científica, pero a pesar de que el cielo estuviese azul, sabía que tenía razón. Un hombre no vive en la montaña si no está en sintonía con su entorno. Las montañas podían aprisionarle a uno en el valle si caía una tormenta de nieve, y las pendientes nevadas daban miedo a los esquiadores más confiados.

Eran las montañas que él amaba y allí se sentía en su hogar hasta en los días más inhóspitos.

Durango pensó entonces en otro lugar al que también consideraba su hogar: la ciudad en la que había nacido, Atlanta. Solía echar en falta la estrecha relación que tenía con la familia que había dejado atrás, y aunque reconocía que le gustaba tener intimidad y su propio espacio, en algunas ocasiones los echaba mucho de menos.

Tenía un tío que vivía cerca, aunque en cualquier caso no estaba a tiro de piedra. El enorme rancho de Corey Westmoreland se encontraba en lo alto de una montaña, a cuyo pico todo el mundo llamaba La Montaña de Corey. No obstante, ahora que Corey se había casado no iba a visitarlo tan a menudo. Así que Durango se había convertido en un solitario al que le bastaba disfrutar con los recuerdos de sus esporádicas visitas a casa.

Todavía se acordaba perfectamente de una de las últimas visitas. Había viajado a Atlanta para la boda de su primo Chase y allí había

conocido a Savannah Claiborne, la hermana de la novia.

La atracción surgió en el mismo momento en que sus miradas se cruzaron. Durango no recordaba la última vez que una mujer le había gustado tanto. La joven había logrado conquistarlo sin poner su mundo del revés, traspasando sencillamente su coraza.

La noche de la celebración, después de despedir a los novios, todo el mundo se había quedado en la sala de fiestas del hotel, con ganas de divertirse.

Los dos habían bebido cuando Durango entró en la habitación de Savannah a medianoche. Le había parecido una buena idea tomar una última copa con ella antes de dormir. Pero cuando estuvieron solos, una cosa llevó a otra y acabaron haciendo el amor.

Esa noche se había dedicado enteramente a ella. Cuando se sentía solo, recordaba los momentos que habían pasado juntos y pensaba en cosas en las que no debería pensar un soltero de oro como él, como en tener a una mujer en su vida que siempre estuviese a su lado.

—Maldita sea.

Intentó librarse de sus pensamientos y maldijo la reciente boda de su tío. Durango se recordó rápidamente que ya había intentado amar en una ocasión y le habían dejado una cicatriz en el corazón. La herida no le permitía olvidar lo mucho que había sufrido. Prefería vivir solo, con sus montañas, y mantenerse alejado de las mujeres, salvo cuando buscaba su compañía para satisfacer sus necesidades físicas. Necesitar a alguien emocionalmente le parecía tan extraño como ponerse a tomar el sol en las montañas Rocosas nevadas. Ya había arriesgado su corazón una vez y no volvería a hacerlo.

Aun así, seguía aferrado al recuerdo de Savannah Claiborne. Por mucho que se dijese que era otra mujer más, siempre había algo que le hacía pensar en aquella noche y darse cuenta de que no era como las demás. Era diferente. En esos momentos, casi podía sentirla acostada a su lado, debajo de él, mientras la acariciaba y la convencía de que lo llevase más allá, hasta llegar a satisfacer ese anhelo que le ardía dentro…

Necesitaba controlarse, así que se obligó a respirar normalmente y relajó su cuerpo. Se dio media vuelta y fue hacia el teléfono para llamar al centro forestal. Habían operado a Lonnie Berman de la

rodilla, así que contaban con un guarda menos, y si necesitaban ayuda, a Durango no le importaba echar una mano.

Sintió que todo volvía a la normalidad cuando marcó el número. Eso estaba bien. Así debía ser.

Savannah Claiborne se detuvo ante la maciza puerta de roble. No podía creer que por fin hubiese llegado a Montana y que volvería a ver a Durango Westmoreland en unos segundos. Cuando decidió ir a su encuentro en vez de llamarlo por teléfono, no pensó que sería tan difícil darle la noticia en persona.

Sacudió la cabeza al pensar en lo estúpida que había sido y se preguntó por enésima vez cómo le podía haber ocurrido eso a ella. No era una adolescente que no supiese nada acerca de los métodos anticonceptivos. Era una mujer de veintisiete años que sabía cómo tomar precauciones. Había estado tan ocupada celebrando la boda de su hermana que se le había olvidado tomar la píldora y el resultado era que siete meses más tarde tendría un bebé.

Para colmo de males, sabía muy pocas cosas acerca del padre de su hijo, aparte de que era guarda forestal y de que, en su opinión, era un experto en hacer el amor y..., evidentemente, en hacer bebés, aunque no hubiese sido queriendo.

Su hermana también le había contado que Durango era soltero por convicción y que pretendía seguir siéndolo. Ella no iba con la intención de cambiar eso, sólo quería informarle. Lo que él hiciese después era su problema. Savannah tenía pensado volver a Filadelfia y ser madre soltera. Quedarse embarazada no formaba parte de sus planes, pero sin duda alguna, quería tener el bebé.

Se detuvo después de levantar la mano para llamar a la puerta y respiró hondo. Volver a ver a Durango la ponía nerviosa. La última vez que lo había visto había sido cuando había salido de su habitación de hotel hacía dos meses, después de haber pasado la noche juntos.

Savannah no era de aventuras de una noche. No solía tener relaciones superficiales, pero aquella noche había bebido un poco y estaba tan emocionada al vez lo feliz que era su hermana... Era patético. Le sentaba fatal el alcohol y lo sabía y aun así se había dejado llevar por el ambiente festivo y había bebido un poco.

Desde aquella noche, Durango había rondado sus sueños y le había hecho pasar muchas noches en vela... y ahora parecía que

empezaba también a interrumpir sus mañanas, ya que había empezado a sentir náuseas al despertar.

La única que sabía que esperaba un bebé era su hermana Jessica, que estaba de acuerdo con ella en que Durango tenía derecho a saber que estaba embarazada y en que Savannah tenía que decírselo en persona.

Respiró profundamente y llamó a la puerta. Su todoterreno estaba aparcado fuera, lo que quería decir que estaba en casa.

Savannah tragó saliva cuando oyó girar el pomo de la puerta y dejó literalmente de respirar cuando ésta se abrió y apareció el atractivo rostro de Durango, que la miró sorprendido.

Allí de pie, alto, con unos vaqueros y una camisa de cuadros que cubría sus anchos hombros y su pecho musculoso, le pareció tan guapo y sexy como la vez anterior La joven estudió todo lo que había llamado su atención la primera vez: el pelo negro y rizado, la piel dorada, la boca bien definida y los ojos negros y profundos.

—¿Savannah? ¡Qué sorpresa! ¿Qué estás haciendo aquí?

A Savannah se le volvió a encoger el estómago, sabía que estaba sintiendo lo que probablemente muchas otras mujeres habrían sentido con Durango. Respiró hondo e intentó no pensar en ello.

—Tengo que hablar contigo, Durango. ¿Puedo pasar? —farfulló.

Levantó una ceja y la observó. Entonces, dio un paso atrás y contestó:

—Por supuesto. Entra.

Durango estaba seguro de que no tenía un sexto sentido, pero le pareció extraño que la mujer en la que había estado pensando unas horas antes se hubiese materializado en la puerta de su casa justo cuando hacía un tiempo horrible en Montana. A pesar de que el peor mes en las montañas era enero, febrero no era mucho mejor. Tenía que ser importante lo que quería decirle para ir hasta allí en invierno.

La estudió un momento, mientras se quitaba el abrigo, el gorro y los guantes de lana.

—¿Quieres beber algo? Acabo de preparar chocolate caliente— y le ofreció, todavía sin saber cuál era el motivo de su visita e incapaz de creer lo que veían sus ojos.

—Sí, gracias. Seguro que me hace entrar en calor.

Durango asintió. Bajo la ropa de abrigo, la joven llevaba puestos

unos pantalones de diseño y un jersey de cachemir, y no pudo evitar recorrer su cuerpo con la vista. Era tan perfecto como lo recordaba. Sus pechos seguían siendo generosos y firmes, la cintura estrecha y las caderas con curvas. Entonces miró su rostro de color caramelo. Era tan guapa como antes, incluso más, y esos ojos...

Aspiró profundamente. Esos ojos de color avellana habían sido su perdición desde el primer momento en que la vio, durante la cena de ensayo el día antes de la boda. Y la noche que habían hecho el amor y la había mirado a los ojos mientras Savannah alcanzaba el clímax, esos ojos le habían hecho llegar al límite y había tenido un orgasmo excepcional. Incluso en esos momentos tenía que tragar saliva al pensar en ello.

Pero le bastaba ver su atuendo de marca para recordar que Savannah era una chica de ciudad. Tenía las palabras digna y refinada escritas en la frente, aunque aquella noche se hubiese soltado la melena y se hubiese comportado de manera salvaje.

De pronto, el recuerdo de todo lo que habían hecho aquella noche hizo que toda la sangre de su cuerpo corriese hacía su ingle. ¡Caray! Tenía que controlarse. Se estaba comportando como un adolescente excitado en vez de como un hombre de treinta y cinco años.

—Ponte cómoda —consiguió decir después de aclararse la garganta—. Vuelvo en un momento.

Salió de la habitación preguntándose por qué la trataba con guantes de seda. Normalmente, cuando una mujer se presentaba en su casa sin avisar le decía de manera más o menos educada, dependiendo de qué humor estuviese, que se marchase y no volviese hasta que no fuese invitada. La única excusa que encontraba era que estaba haciendo una excepción porque se trataba de la cuñada de Chase. Y aun así tenía la sensación de que había algo diferente en ella, aunque no sabía el qué.

Cuando volviese con el chocolate caliente intentaría averiguar la verdadera razón de la visita sorpresa de la hermana de Jessica.

Savannah observó a Durango salir de la habitación. Lo que estaba a punto de hacer no era fácil, pero estaba decidida a hacer lo correcto. Él merecía estar al corriente. ¿Quién sabía? Quizás acabase siendo mejor padre para su hijo de lo que lo había sido el suyo y el de sus hermanos Jessica y Rico.

Sonrió al pensar en su hermano. Aunque no le agradaría la idea de que fuese madre soltera, le encantaría ser tío. Y si Durango no quería formar parte de la vida del niño, Rico desempeñaría el papel de padre.

Savannah suspiró y miró a su alrededor atentamente con sus ojos de fotógrafa. Se fijó en la amplitud de la casa de Durango, que contaba con dos plantas muy espaciosas. Las paredes del piso de abajo eran de mampostería. A la derecha había una enorme chimenea de piedra y una estantería de obra ocupaba otra pared entera. La librería estaba repleta de libros. No pudo contener una sonrisa al pensar que no se imaginaba que Durango pasase su tiempo libre leyendo.

En el centro de la habitación había un sofá de aspecto cómodo y un confidente separados por una mesita de café. También había un par de mecedoras frente a las grandes ventanas, desde donde podían admirarse las montañas. Unas escaleras de madera conducían a lo que parecía ser una buhardilla con más habitaciones. Todos los muebles parecían cómodos y bonitos al mismo tiempo.

—Aquí estoy.

La joven se dio la vuelta cuando Durango volvió a la habitación con una bandeja y dos tazas de humeante chocolate. Incluso en esa situación desprendía una sensualidad masculina que causaba estragos en su cuerpo. Las hormonas de Savannah estaban revolucionadas ese día. Incluso sus pechos estaban más sensibles de lo habitual.

—Gracias —sonrió cruzando la habitación para dirigirse hacia él.

Durango colocó la bandeja en la mesa. Ella estaba de pie a su lado, tan cerca que podía oler su perfume. Era el mismo que había llevado aquella noche. Le gustó entonces y todavía le gustaba más en ese momento. Le tendió una taza y decidió que ya había interpretado el papel del señor Amable durante demasiado tiempo. Necesitaba saber qué estaba haciendo en su casa y por qué quería hablar con él.

La miró y sus ojos se encontraron. Los de ella desprendían inquietud.

—¿Qué ocurre, Savannah? —preguntó directamente.

No había razón alguna para que la joven se presentase en su

puerta al final del invierno, dos meses después de su encuentro, dos meses después de que hubiesen dormido juntos, de que hubiesen hecho el amor... a no ser que...

Profundas arrugas surcaron su frente en el mismo instante en que sintió una punzada en el estómago. Durante un momento, no pudo respirar. Esperaba estar equivocado, pero le daba la sensación de que no era así. No era tan ingenuo ni tan inexperto como para no saber que las aventuras de una noche sólo volvían a dejarse ver si estaban interesadas en repetir, o si tenían malas noticias que anunciar.

A Durango empezó a latirle con fuerza el corazón al ver la expresión decidida en el rostro de Savannah. De repente, la idea de que hubiese ido hasta su refugio en la montaña para darle la mala noticia lo enfureció.

—Dime. ¿Cuál es la razón de tu visita?

Savannah colocó con cuidado la taza en la bandeja, inclinó la cabeza y miró los acusadores ojos de Durango. Estaba segura de que él ya sabía lo que iba a contarle, así que no merecía la pena alargar la espera.

La mujer desvió la mirada un instante, respiró hondo y volvió a mirarlo a los ojos. Durango no tenía motivos para estar enfadado. Era ella la que sentía las náuseas por las mañanas y, además, no estaba allí para exigirle nada.

Alzando la barbilla le anunció:

—Estoy embarazada.

Capítulo 2

Durango inspiró hondo al experimentar algo parecido a una patada en el estómago. Savannah no había dicho que el bebé fuese suyo, pero sabía perfectamente que era lo que estaba insinuando. Él hacía el amor. No hacía hijos. No obstante, con el recuerdo de aquella noche en su mente, todo era posible. Pero recordaba lo que ella le había dicho aquella mañana antes de que se marchase, así que consiguió esbozar una sonrisa y replicó:

—Eso no es posible.

—Si quieres hacerme creer que eres estéril, olvídalo —murmuró ella entre dientes.

Durango se echó hacia atrás y cruzó los brazos:

—No. No soy estéril. Pero si mal no recuerdo, la mañana después me dijiste que no me preocupase porque tomabas precauciones.

Imitándolo inconscientemente, Savannah también se cruzó de brazos.

—Y así era. Pero olvidé tomarme la píldora. Normalmente no pasa nada por olvidarla un día, pero en este caso... Parece ser la excepción que confirma la regla.

—¿Te olvidaste de tomar la píldora?

Durango sacudió la cabeza con incredulidad, el corazón seguía latiéndole con fuerza. No concebía que se le hubiese podido olvidar, no tenía sentido, a no ser que...

—¿Intentabas quedarte embarazada? —añadió en voz baja.

Vio cómo la joven se quedaba boquiabierta ante semejante idea, y cómo sus ojos reflejaban la sorpresa antes de que apretase los labios enfadada. Podía sentir su enojo a pesar de la distancia que los separaba.

—¡Cómo te atreves a preguntarme eso!

—¿Sí o no? —siguió inquiriendo colérico, sin hacer caso de la reacción de ella a su pregunta. Había oído hablar de mujeres que se acostaban con hombres sólo para quedarse embarazadas, para convertirse en madres solteras o para conseguir un marido, Y sólo la idea de que hubiera podido utilizarlo lo hacía enfurecer.

—No, no intentaba quedarme embarazada, pero lo estoy. El niño es tuyo lo creas o no. Te aseguro que si hubiese querido quedarme embarazada no te habría elegido a ti como padre de mi hijo.

Durango apretó la mandíbula. «¿Qué narices quiere decir con eso? ¿Por qué no me habría elegido como padre de su hijo?», pensó. Sacudió la cabeza, no podía creer que se estuviese haciendo a sí mismo esa pregunta, como si en realidad quisiese ser el padre del hijo de cualquier mujer.

—Creo que lo mejor es que me vaya.

Las palabras de Savannah sacaron a Durango de su ensueño. La miró fijamente:

—¿De verdad piensas que puedes aparecer aquí, lanzar semejante bomba y luego decir que te marchas?

—No sé por qué no. Sólo he venido a decírtelo en persona porque pensé que merecías saberlo, y ya lo sabes. Ya he cumplido. No he venido a pedirte nada. Soy capaz de cuidar de mi hijo sin tu ayuda.

—¿Así que vas a tenerlo?

Savannah se sintió enfurecer:

—Sí, voy a tenerlo, si lo que sugieres es que no lo haga entonces puedes...

—No, no he sugerido eso. Nunca propondría eso a una mujer que llevase dentro un hijo mío. Si es que es mío. Yo asumo toda la responsabilidad.

—Ése es el problema, ¿verdad? —comentó ella al ver la duda en los ojos de Durango—. No crees que el niño que llevo dentro sea tuyo.

Durango la estudió en silencio, recordando la noche de pasión que habían compartido. Sabía que había muchas posibilidades de que se hubiese quedado embarazada si había olvidado la píldora, pero todavía estaba demasiado sorprendido como para admitirlo.

—Pienso que es posible.

Esa respuesta no era suficiente para Savannah, estaba cuestionando su manera de ser. ¿Pensaba que era capaz de quedarse embarazada de un hombre e intentar cargar a otro con la responsabilidad?

Sin decir ni una palabra más caminó hacia donde había dejado el abrigo, el gorro y los guantes y empezó a ponérselos.

—Es más que posible. No importa que quieras creerlo o no, hay algo maravilloso que está creciendo en mi interior y es gracias a ti. Tú te lo perderás si no conoces a tu hijo. Que seas feliz.

—¿Adonde crees que vas? —preguntó él con una mezcla de enfado y frustración

—Al aeropuerto, a tomar el siguiente avión que me saque de aquí. Ya he hecho lo que he venido a hacer.

—Un momento, Savannah —la llamó entre dientes cuando la vio abrir la puerta.

Ella se volvió y alzó la barbilla:

—¿Qué quieres?

—Si lo que afirmas es cierto, entonces tenemos que hablar.

—Claro que es cierto, Durango, pero teniendo en cuenta tu actitud, no tenemos nada más que decirnos.

Antes de que pudiese volver a respirar ella ya se había marchado.

Durango se quedó parado junto a la ventana y la vio subirse al coche de alquiler y marcharse. Todavía estaba recuperándose de la impresión que le había causado la noticia y se aseguró de que ella había desaparecido de su vista antes de apartarse de la ventana.

Miró el reloj que se encontraba al otro lado de la habitación y vio que eran poco más de las doce del mediodía, le hubiese gustado dar marcha atrás en el tiempo para borrar lo que acababa de ocurrir en su salón. Savannah Claiborne había ido desde Filadelfia para decirle que iba a ser padre y él le había dicho de todo menos que se fuese al infierno.

No le cabía la menor duda de que Chase se pondría furioso cuando supiese lo mal que había tratado a su cuñada. Cruzó la habitación y se dejó caer en un sillón de cuero. No podía creerlo. Iba a ser paire. No era posible. Le entraba pánico sólo de pensarlo. Parecía que iba a haber varios bebés en la familia Westmoreland. Storm y Jayla habían tenido gemelos hacía unos meses; Daré y

Shelly habían anunciado durante las vacaciones que tendrían un hijo en verano; y Thorn le había dicho la semana anterior que Delaney y Jamal también iban a tener otro niño.

Durango estaba feliz por ellos. Pero los hijos eran para los demás, no para él. No era que nunca fuese a querer tener hijos, pero no tenía en mente tenerlos en ese momento. Le gustaba demasiado la vida de soltero. Era un hombre al que le gustaba su soledad, que estaba orgulloso de ser un solitario.

No obstante, un Westmoreland siempre se hacía responsable de sus actos, fuesen cuales fuesen. Sus padres le habían inculcado tanto a él como a sus cinco hermanos que un hombre se distinguía de un niño por la manera de hacer frente a los retos que se le presentasen.

También le habían enseñado que un Westmoreland sabía cuándo admitir que estaba equivocado. Si Savannah Claiborne estaba embarazada, y Durango no tenía razón alguna para pensar lo contrario, entonces el niño era suyo.

Admitir que iba a ser padre era el primer paso.

Pensó en el que sería el segundo paso: hacer lo necesario para asumir su responsabilidad. Se miró el reloj y se puso en pie. No estaba seguro de a qué hora salía el avión de Savannah, pero si salía inmediatamente quizás todavía pudiese detenerla.

La chica iba a tener un bebé y si pensaba que podía llegar, soltar la noticia sin más discusiones y marcharse, estaba equivocada. Estarían juntos en ello a pesar de que se le ponía la piel de gallina sólo de pensar en tener algo que ver con una chica de ciudad.

Pensó en Tricia Carrington, la mujer de la que se había enamorado cuatro años antes. Había llegado a Yellowstone desde Nueva York para pasar dos semanas de vacaciones con unas amigas de la alta sociedad. Estuvieron juntos durante esas dos semanas y él se enamoró perdidamente. Su tío Corey se había dado cuenta enseguida de cómo era Tricia, manipuladora y falsa, y lo había prevenido. Pero él estaba demasiado enamorado para hacerle caso.

Durango no sabía que había formado parte de una apuesta entre Tricia y sus amigas. Ella había apostado que tendría una aventura con un guarda forestal de Yellowstone antes de casarse con el hombre rico que sus padres habían elegido para ella. Cuando Durango le confesó su amor, se rió de él en su cara y le dijo que no tenía intención de casarse con él porque no era más que un hombre

de campo que tenía que mancharse las manos para ganarse la vida. Tricia era demasiado refinada para estar con él y pretendía volver a Nueva York para casarse con un hombre con dinero y contactos. Sus palabras le habían roto el corazón y se había jurado no volver a enamorarse, en especial de una engreída chica de ciudad.

Y Savannah era sin duda una chica de ciudad.

Lo supo nada más verla. Tenía aspecto de pertenecer a la clase alta, era una chica refinada y elegante. Era evidente, por su manera de vestir y de moverse con gracia, tan segura de sí misma. Era exactamente el tipo de mujer que llevaba evitando desde hacía cuatro años.

No obstante, no consentiría que una chica de ciudad le disuadiese de hacer lo que tenía que hacer. Después de que se le pasase el susto inicial y de aceptar que así daría continuidad al apellido Westmoreland, asumiría toda la responsabilidad y se haría cargo de la situación.

A Savannah no le había sorprendido la reacción de Durango ante la noticia de su embarazo. Pero lo que no esperaba es que cuestionase su paternidad.

—¿Quiere usted devolver su coche de alquiler?

La pregunta del hombre que se encontraba al otro lado del mostrador le hizo volver a la realidad.

—Sí, por favor.

Miró su reloj y esperó que no fuese difícil conseguir un vuelo de regreso a Filadelfia. Allí, en la tranquilidad de su apartamento, tomaría algunas decisiones que, sin duda, cambiarían su vida.

Era evidente que tendría que trabajar menos. Como fotógrafa freelance podían llamarla para trabajar en cualquier lugar y en cualquier momento. Se dio cuenta de que echaría de menos viajar tanto por su país como al extranjero.

Tendría que asentarse. Después de todo, tenía que cuidarse e ir al médico. Le pediría a su jefe que le asignase proyectos especiales. Afortunadamente, había ahorrado en los últimos años y podía permitirse el lujo de tomarse algo de tiempo libre antes de que naciese su hijo. También pensó en tomarse seis meses de excedencia cuando llegase el bebé.

Lo que no quería era depender de nadie. Su madre estaría feliz con la idea de ser abuela, pero Jennifer Claiborne acababa de

encontrar la verdadera felicidad con un hombre llamado Brad Richman y su relación parecía ir en serio, tal y como apuntaba su viaje a París esa semana, así que Savannah no quería que su madre le dedicase su tiempo. Su hermana Jessica todavía estaba disfrutando del regreso de su luna de miel y su hermano, Rico, estaría ocupado ahora que se había establecido como investigador privado.

Savannah se apartó para dejar sitio al siguiente cliente y se puso la mano en el estómago, sabía que todos los cambios en su vida merecerían la pena. Iba a tener ese bebé. Independientemente de lo que pensase Durango Westmoreland, a ella la idea le hacía feliz.

Durango se detuvo al lado de la fuente y miró a la mujer que estaba de pie en el aeropuerto. Era guapa... y llevaba un bebé dentro de su cuerpo curvilíneo.

Su bebé.

Sacudió la cabeza. ¿Qué demonios iba a hacer él :: d un bebé? Era demasiado tarde para hacerse la pregunta. Suspiró al ver que se dirigía hacia la ventanilla y atravesó la sala deprisa para detenerla.

—Tenemos que hablar, Savannah.

Las palabras de Durango la sorprendieron tanto que casi se le cae el bolso de mano. Lo miró frunciendo el ceño.

—¿Qué estás haciendo aquí? No tenemos nada de qué hablar. Ya nos lo hemos dicho todo, así que si me perdonas...

—Mira, lo siento —se disculpó Durango.

La joven parpadeó y se lo quedo mirando.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que siento haberme comportado como un imbécil. La única excusa que tengo es que la noticia me ha sorprendido demasiado.

Salía fuego de los ojos de Savannah.

—¿Y...?

—Y que creo que tu hijo es mío.

Savannah se cruzó de brazos y lo miró, conteniéndose para no dar rienda suelta a sus emociones y evitar ponerse a llorar. Desde que estaba embarazada se había vuelto una llorona.

—¿Y qué es lo que te ha hecho cambiar de opinión?

—Todo lo que pasó entre nosotros aquella noche y tus palabras. No tengo razón para desconfiar de ti —admitió sonriendo—. Así

que todo solucionado.

Si pensaba que todo estaba solucionado se equivocaba.

—Nada está solucionado, Durango. Muy bien, has admitido que el bebé es tuyo. Pero eso sólo significa que serás uno de los primeros en recibir la tarjeta anunciando que el bebé ha nacido.

Savannah se dio media vuelta para marcharse, pero Durango le bloqueó el paso una vez más.

—Ya te he dicho que tenemos que hablar, Savannah, no puedes negarme el derecho a formar parte de la vida de mi hijo.

Savannah miró hacia el techo. Una hora antes no había dicho lo mismo.

—Si fuesen ésos mis planes, no estaría aquí. He venido porque pensé que tenías que saberlo y para darte la opción de elegir. No he venido para pedirte nada —dijo Savannah después de respirar hondo.

La joven sintió cómo la mirada de Durango la hacía ruborizarse. ¿Llevaría el pelo de punta? ¿Tendría la ropa arrugada? No había tenido un buen vuelo y había estado a punto de vomitar con las turbulencias. Estaba despeinada y hacía horas que se le había ido el maquillaje. Cuando el avión había aterrizado, había alquilado un coche para llegar hasta el rancho de Durango, pero estaba tan alterada que no se había preocupado por su apariencia, ni siquiera se había pintado los labios.

—Lo pidas o no, tengo una serie de responsabilidades con mi hijo y quiero que hablemos de ellas —replicó él—. Has hecho lo que habías venido a hacer y ahora que vuelvo a tener la cabeza en su sitio, tenemos que sentarnos y hablar como dos personas adultas.

Savannah alzó una ceja y lo miró con aire dubitativo. ¿De qué quería hablar? Ya le había dicho que no iba a pedirle nada. Volvió a tragar saliva y entonces le vino una idea a la cabeza. ¿Y si quisiera pedirle algo a ella con respecto al niño? La semana anterior había leído un artículo en el periódico acerca de un hombre que había demandado a su novia para conseguir la custodia de su hijo recién nacido.

Quizás no fuese mala idea que hablasen. Lo mejor sería aclarar ciertas cosas desde el principio, para que no hubiese malos entendidos más tarde.

—Está bien, hablemos.

Se acercaron a una mesa vacía de la cafetería del aeropuerto y Durango retiró una silla para que Savannah se sentase, lo que ésta hizo con piernas temblorosas. Lo miró, su rostro era atractivo y sus labios carnosos. No podía evitar acordarse de esos labios ni de las cosas que le había hecho con ellos.

Savannah desvió la mirada cuando sus ojos se encontraron, le parecía extraño estar allí los dos, sentándose a hablar. Era la primera vez que se sentaban en la misma mesa. Habían compartido cama, pero no mesa. Incluso la noche de la cena de ensayo él había estado sentado en otra mesa, con sus hermanos y primos. Lo que no había evitado que la joven lo estudiase con detenimiento.

—¿Quieres beber algo, Savannah?

—No, no quiero nada.

—Bueno, ¿qué tal desde la última vez que nos vimos?

Savannah se preguntó por qué no le había preguntado eso nada más verla, por qué le había costado tanto ser amable con ella, pero quería saber lo que tenía que decirle.

Consiguió ser educada y respondió:

—Bien, ¿y tú?

—Bien, pero es la peor época del año para los forestales.

—¿Por qué?

—Además de las malas condiciones climáticas, tenemos que vigilar a los cazadores que no acatan las normas y que quieren cazar fuera de temporada. Los peores son los que no aceptan que esté prohibido cazar en Yellowstone.

Savannah movió la cabeza como signo de comprensión. Imaginaba que todo eso hiciese que el trabajo fuese difícil. Jessica le había contado que era guarda forestal y que se dedicaba a patrullar y a mantener los senderos del parque, controlaba a los animales salvajes y hacía que se respetasen las normas de seguridad en toda la comarca de Yellowstone. Se estremeció al imaginarlo frente a un oso de verdad, o frente a cualquier otro animal salvaje.

—¿Estás bien, Savannah?

Durango se había inclinado hacia ella al verla temblar. Savannah se sorprendió al verlo tan cerca de ella.

—Sí, estoy bien. Estaba imaginándote frente a un oso.

Él volvió a echarse hacia atrás, sonrió y comentó riendo:

—Eso ya ha ocurrido muchas veces, pero afortunadamente

nunca he tenido que pelearme con uno.

Savannah asintió con la cabeza y miró a su alrededor, preguntándose cuándo iban a hablar de lo realmente importante.

—¿Qué necesitas, Savannah? —le preguntó finalmente, después de unos segundos de incómodo silencio.

—Ya te he dicho que no necesito nada, Durango, que no quiero ni necesito nada de ti. Sólo estoy aquí porque pensé que tenías que saberlo. He oído un montón de historias horribles acerca de niños que han crecido sin saber quién era su padre y de hombres que nunca supieron que habían sido padres. Pensé que no sería justo que eso ocurriese, ni para ti ni para mi hijo.

—Tú hijo, querrás decir nuestro hijo, ¿no?

Savannah se mordió el labio. No, quería decir su hijo. Desde que se hizo la prueba de embarazo había empezado a pensar en el bebé como si fuese sólo suyo. Se había imaginado como madre soltera antes de que el médico le confirmase que estaba embarazada. Aceptaba que Durango tuviese un papel en la concepción del niño, pero eso era todo.

—Quiero que entiendas, Savannah, que quiero formar parte de la vida de nuestro hijo.

—¿Cómo? —le preguntó alarmada.

—En todo lo que implique el papel de un padre.

—Pero tú vives en Montana y yo vivo en Filadelfia.

—Entonces dependerá de nosotros que acortemos esa distancia.

—No sé cómo va a ser posible eso —comentó Savannah suspirando.

—Yo sí. Sólo podemos hacer una cosa.

—¿El qué?

Durango la miró a los ojos, sonrió con confianza y anunció:

—Casarnos.

Capítulo 3

Savannah parpadeó, pensando que había oído mal. Cuando se dio cuenta de que no era así, no pudo evitar reírse. Pero al mirarlo se dio cuenta de que Durango parecía hablar en serio.

—¿Estás de broma, no?

—No.

—Pues lo siento, porque el matrimonio no entra entre mis opciones.

—¿Por qué no? ¿Piensas que no soy lo suficientemente bueno para ti? —le preguntó después de cruzarse de brazos.

Savannah lo miró, preguntándose por qué pensaba eso.

—No se trata de que seas o no lo suficientemente bueno para mí, no tengo ni idea de por qué crees que yo puedo pensar eso. La principal razón por la que no me casaré contigo es que no nos conocemos.

—Quizá no, pero eso no impidió que nos acostásemos juntos aquella noche —replicó Durango agitado.

—Habíamos bebido demasiado. No suelo tener aventuras de una noche.

—Pero lo hiciste.

—Sí, todo el mundo tiene derecho a cometer al menos un error. Además, no podemos casarnos así como así. Hoy en día la gente no se casa por un bebé.

—Sí, si eres un Westmoreland. No me gusta la idea de casarme más que a ti, pero los hombres de mi familia se toman en serio sus responsabilidades —dijo enfadado.

Para Durango, no importaba que no hubiese tenido pensado casarse, la situación así lo obligaba. Los Westmoreland no tenían hijos fuera del matrimonio, y él era un Westmoreland.

Pensó en su primo Daré, que sólo se había enterado del nacimiento de su hijo A.J. cuando Shelly volvió a la ciudad y el niño tenía entonces diez años. Daré se había casado con Shelly. Su tío Corey, que había tenido trillizos hacía más de treinta años había sido la excepción a la regla. Corey Westmoreland no pudo casarse con la madre de sus hijos porque no sabía que existían.

La situación de Durango era diferente. Sabía que Savannah esperaba un hijo suyo y era inaceptable no hacer nada al respecto.

La había dejado embarazada y tenía que hacer lo correcto. Dada la situación, casarse, aunque sólo fuese para una temporada, era la mejor opción. Ambos eran adultos.

Seguro que conseguían vivir las relaciones íntimas de un matrimonio corto sin esperar nada más.

No era como si dejase de ser soltero para siempre.

—No te preocupes, la única que sabe que eres el padre de mi hijo es Jessica, aunque seguro que ya se lo ha contado a Chase. Si les pedimos que no se lo digan a nadie, guardarán el secreto.

—Pero yo lo sé, Savannah, y no pienso marcharme sin ocuparme de mi hijo.

Durante un momento se sintió relajada y no pudo evitar agradecerle que lo considerase su hijo. Peno se casaría con él sólo porque estaba embarazada Sonrió tímidamente y se puso en pie, agarró su bolso de mano y volvió a colocarse la cámara de fotos en los hombros. Cuanto antes se marchase de Montana y volviese a Filadelfia mejor.

—Gracias por ofrecerte a casarte conmigo, Durango. Es un detalle muy dulce y que me conmueve, pero no voy a casarme ni contigo ni con ningún otro hombre por el hecho de estar embarazada.

Él también se puso en pie.

—Mira, Savannah… —comenzó.

—No, mira tú —replicó la joven entrecerrando los ojos y con la espalda muy recta —. Eso es lo que ocurrió con mis padres. Mi madre se quedó embarazada de mi hermano. A pesar de que mi padre hizo lo que pensó que era más decente y se casó con ella, fue un matrimonio basado en la obligación y no en el amor. Él conoció a otra mujer y llevó una doble vida con ella y con el hijo que tuvieron juntos.

Respiró hondo antes de continuar:

—Mi padre era viajante y mi madre no sabía que tenía otra familia, a la que pertenecía Jessica, en la Costa Oeste, Lo que hizo fue imperdonable y quienes más sufrieron, además de sus hijos, fueron las dos mujeres que lo amaban y que confiaban en él. Yo viví el dolor de mi madre cuando descubrió la verdad. Así que. digas lo que digas, nunca aceptaré que un hombre se case conmigo porque esté embarazada. Estoy encantada de haber charlado contigo. Seguiremos en contacto..

Se dio media vuelta y comenzó a andar hacia el mostrador con la barbilla bien alta.

—Lo siento, señora, todos nuestros vuelos han sido cancelados hasta próximo aviso debido a una tormenta de nieve que se aproxima.

Savannah se quedó mirando al hombre que le hablaba desde el otro lado del mostrador.

—¿Todos los vuelos?

—Todos. Estamos intentando por todos los medios encontrar un lugar para que se hospeden los viajeros y no tengan que pasar la noche aquí en el aeropuerto. Parece ser que todos los hoteles de los alrededores están completos.

Lo último que quería Savannah era pasar la noche dormitando en una dura silla.

—Savannah, te vienes conmigo.

La joven se dio la vuelta al oír la voz que hablaba con firmeza detrás de ella.

—No voy a ningún sitio contigo.

Durango dio un paso adelante.

—Claro que sí, ya has oído lo que ha dicho el señor.

Todos los vuelos han sido cancelados.

—¿La está molestando este hombre, señorita? ¿Quiere que llame a seguridad?

Savannah se retiró el pelo de la cara. Era estupendo.

Sólo tenía que ver la expresión de Durango para saber que no había apreciado la pregunta del hombre del mostrador. Para evitar una situación desagradable miró a éste por encima del hombro y sonrió.

—No, no me está molestando, pero gracias por preguntarlo.

Perdóneme un momento.

Entonces, tomó a Durango por el brazo y se alejó del mostrador. Se sentía frustrada y agotada.

—Creo que tenemos que dejar las cosas claras.

Durango se masajeó la nuca intentando relajar la tensión de sus músculos.

—¿Qué?

Savannah se le acercó y le dijo desafiante:

—Nadie, he dicho, nadie, me dice lo que tengo que hacer, Durango Westmoreland.

Durango la observó un momento y pensó que era como un gatito adorable. De acuerdo, era el primero en admitir que había sido un poco autoritario, lo que no era natural en el. Nunca había in tentado mangonear a ninguna mujer antes. Pensó entonces en su prima Delaney y recordó que los hombres Westmoreland la habían sobreprotegido antes de que se casase, como si ella no contase. Pero esa otra mujer llevaba a su hijo dentro y no se perdonaría que pasase la noche en el aeropuerto cuando él tenía una habitación de invitados en su rancho. Intentó utilizar otra táctica. Sabía que en su familia tenía fama de ser capaz de pasar de parecer un imbécil a ser un verdadero ángel en un santiamén.

—Perdóname si he sido un poco brusco, Savannah —se excusó tomándole la mano—. Sólo pensaba en tu bien y en el del bebé. Estoy seguro de que vas a estar incómoda durmiendo en una de estas sillas y yo tengo una habitación de invitados en el rancho. Así que si quieres utilizarla, eres bienvenida. Estoy seguro de que estás cansada. ¿Por qué no vienes conmigo?

Sus palabras, dichas en tono de dulce súplica y acompañadas de una sonrisa hicieron que a Savannah le hirviese todavía más la sangre. Se dio cuenta de lo que Durango estaba haciendo, intentaba camelársela. Su padre había sido un experto en esa técnica para calmar a su madre. Y ella estaba a punto de mandar a Durango al infierno de manera muy poco femenina.

Pero, no obstante, sabía que pasar la noche en el aeropuerto no era inteligente. Le apetecía ir a algún sitio, darse un baño e irse a la cama. Ella sola.

—¿De verdad tienes una habitación de invitados? —preguntó soltando su mano de la de él.

Durango sonrió y la joven volvió a fijarse en sus hoyuelos. Esos hoyuelos eran otra de las razones por las que había sucumbido aquella noche.

—Sí y, como ya te he dicho, eres bienvenida.

Savannah jugó con la correa de su cámara mientras consideraba la invitación. Entonces, volvió a mirarlo a los ojos.

—De acuerdo, iré contigo si prometes no volver a hablarme de lo del matrimonio. Ese tema está zanjado.

Vio un fugaz momento de rebeldía en los ojos de Durango, que desapareció rápidamente. Después de un incómodo silencio, éste accedió final mente:

—De acuerdo, Savannah. Cumpliré con tus deseos.

—Está bien, entonces iré contigo —respondió ella satisfecha.

—Bien —Durango tomó su bolso de mano—. Vamos, he aparcado justo enfrente.

Mientras la conducía por la terminal, decidió que lo que Savannah no sabía es que antes de que volviese a Filadelfia serían marido y mujer.

—Ya hemos llegado —anunció Durango, conduciendo a la chica a la habitación de invitados una hora más tarde—. Tengo otras dos habitaciones más, pero creo que ésta será la que más te guste.

Savannah asintió con la cabeza y miró a su alrededor. La habitación estaba muy bien decorada. Tenía una cama enorme de roble color guinda y el armario, las mesitas de noche, un espejo y un tocador a juego.

Las paredes estaban adornadas con cuadros y varios arreglos de flores de seda le daban un toque encantador. Era como una suite con una pequeña sala de estar y un amplio baño que se comunicaba con otra parte de la casa.

—Ha sido mi madre la que lo ha arreglado todo. Dice que las otras habitaciones de invitados son demasiado masculinas para ella.

Savannah se dio media vuelta y miró a Durango a los ojos. Sus miradas se unieron durante quizás diez o doce segundos.

—Me gusta, te lo agradezco. Es preciosa —comentó ella separando la vista unos momentos después para pasearla por la bonita habitación una vez más e intentar retomar el control de sí misma.

Por el rabillo del ojo vio que él se aproximaba. Savannah se

volvió y lo observó acercarse a la ventana y correr las cortinas. Estaba concentrado en el paisaje exterior, no como ella, que estaba concentrada en él. Eso sí que era una buena vista. No sabía cómo podía un hombre tan alto y musculoso moverse con tanta gracia.

Savannah se había dado cuenta de ello desde el principio. Había algo inherentemente masculino en Durango Westmoreland y la única noche que habían hecho el amor, había descubierto que las apariencias no engañaban. Sin duda alguna, era capaz de cumplir. Aquella noche había hecho tambalearse su universo de tal manera que la joven sabía que nunca volvería a ser la misma. Incluso en ese momento, una corriente recorría todo su cuerpo al pensar en las cosas que habían hecho juntos. No habían desperdiciado ni un solo segundo.

Durango se volvió y la observó más detenidamente de lo necesario antes de comentar:

—La vista desde esta ventana es preciosa. Sólo se ven montañas. En esta época del año, con la nieve, es la época más bonita.

Volvió a darse media vuelta y miró de nuevo por la ventana.

Savannah atravesó la habitación y se puso a su lado. Tenía razón. Las vistas eran preciosas. Esperó poder tomar muchas fotografías antes de marcharse.

—¿Hace mucho tiempo que vives aquí? —la empujó a preguntar la curiosidad.

Durango la miró y sonrió.

—Casi cinco años. Cuando terminé la facultad conseguí un trabajo como guarda forestal y viví un par de años en la montaña con mi tío Corey, hasta que ahorré suficiente dinero para comprarme esta tierra. En su origen fue un terreno cedido por el gobierno a los colonos, pero cuando la pareja de ancianos que vivía aquí falleció, sus hijos dividieron la propiedad y pusieron a la venta parcelas individuales. Mi rancho tiene unas cincuenta hectáreas.

—¡Eso es mucho!

—Sí, pero la mayor parte son montañas, que es una de las razones por las que lo compré —dijo sonriendo—. Y también hay muchos manantiales de agua caliente. Lo primero que hice nada más construir la casa fue hacer un jacuzzi natural. Si el tiempo no es demasiado malo te dejaré que lo pruebes. Un buen baño te hará dormir mejor.

Savannah no pudo evitar sonreír al pensar en ello.

—Suena bien, necesito dormir. El vuelo para venir fue horrible.

—Suele pasar —rió Durango mirándose el reloj—. ¿Qué tal si cenamos? Tengo algo de pollo en salsa, col y patatas. Puedes acompañarme en cuanto te instales.

Savannah sintió rugir su estómago al oír hablar de comida. Su comida favorita era la cena, ya que últimamente el desayuno no le duraba mucho en el estómago. Lo único que había comido en todo el día eran unas galletas saladas.

—Muchas gracias. ¿Necesitas ayuda?

—No, todo está bajo control —se dio media vuelta para salir de la habitación—. Eres una chica de ciudad, pero tu nombre no.

Savannah arqueó una ceja. Recordó que Jessica le había hablado de la aversión que Durango sentía hacia las mujeres de ciudad.

—Es la ciudad del sur favorita de mi madre, y el nombre me iba bien.

Él asintió con la cabeza, el nombre le iba muy bien, era femenino, cálido y elegante.

Poco después Savannah se dirigió hacia la cocina siguiendo el olor de la comida. Se detuvo y miró a su alrededor, observando las encimeras de madera de la cocina y los impecables electrodomésticos de acero. Esa cocina era el sueño de cualquier cocinero. Incluso había ollas de cobre colgando de un lado del techo. Al contrario que la mayoría de los hombres, era evidente que éste disfrutaba pasando tiempo en la cocina.

Durango debió de oír su suspiro de admiración porque se volvió y sonrió:

—¿Ya te has instalado?

—Sí, no he traído casi nada ya que no pensaba quedarme —contestó Savannah intentando tranquilizarse.

—Ponte cómoda. No me extrañaría que tuvieses que quedarte aquí un par de días.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó la joven frunciendo el ceño.

Durango se apoyó en la encimera y señaló hacia la ventana:

—Mira fuera. Bienvenida a Montana. ¿No sabías que era la peor época del año para venir? —rió.

No, no lo sabía. En lo único que había pensado cuando tomó la decisión de ir había sido en verlo y contarle que estaba embarazada

lo antes posible.

—¿Y crees que esto va a durar un par de días? —inquirió mirando por la ventana.

—Es más que probable. Lo único que podemos hacer es pasarlo lo mejor posible.

Savannah se dio media vuelta y sus miradas se encontraron. Se dio cuenta de lo que Durango acababa de decir. No era más que un juego de palabras, supuso. O eso esperaba. Pasar unos días atrapada en casa de Durango y pasarlo lo mejor posible no entraba dentro de sus planes. Enseguida recordó lo poco que había tardado en sucumbir a sus encantos. Había bastado una mirada para seducirla.

—Ven, Savannah, vamos a cenar.

Savannah lo miró un momento antes de atravesar la habitación para sentarse a la mesa.

—¿No te preocupa que nos quedemos sin electricidad? —se inquietó la joven.

—No. Tengo mi propio generador. Tengo la suficiente energía como para que todo funcione durante un tiempo. Y también están las chimeneas, hay una en cada dormitorio y otra en el salón. Por muy malo que haga fuera, aquí estaremos calientes y cómodos.

Eso también preocupaba a Savannah. Estaba segura de que los dos juntos desprendían suficiente calor sensual como para calentar toda la casa.

—Todo tiene muy buena pinta. No sabía que supieses cocinar —comentó intentando evitar lanzarse sobre la comida y relamerse. Tenía mucha hambre.

Durango sonrió, estaba encantado de que Savannah tuviese buen apetito. Muchas de las mujeres con las que había salido actuaban como si comer más que un pajarito fuese pecado.

—Soy un soltero que sabe la importancia de valer se por sí mismo. Además, soy hijo de Sarah Westmoreland, que me ha enseñado cómo sobrevivir.

Savannah probó el puré de patatas y lo encontró delicioso.

—¡Qué rico!

—Gracias.

Tras unos segundos de silencio, Durango se atrevió a señalar:

—Todavía no se te nota.

Savannah lo miró a los ojos. Había sentido el calor de su mirada

sobre su cuerpo cuando había atravesado la habitación para mirar por la ventana.

—Sólo estoy embarazada de dos meses. Probablemente el bebé sea más pequeño que un cacahuete. A la mayoría de las mujeres no se les nota hasta los cuatro meses.

—¿Cómo llevas hasta ahora el embarazo?

—Supongo que bien. Lo peor en estos momentos son las náuseas de la mañana. Normalmente no me atrevo a comer nada más que galletas saladas hasta las dos de la tarde. Por eso tengo tanta hambre ahora.

—¿Tienes náuseas todos los días? —la interrogó Durango abriendo mucho los ojos.

Parecía tan sorprendido que la joven no pudo evitar reír.

—Sí, más o menos. Pero según el médico, se me pasará dentro de un mes aproximadamente. ¿Nunca has tenido cerca a una mujer embarazada?

—No, la verdad es que no. La última vez que fui a casa Jayla estaba embarazada y estaba enorme. Claro, iba a tener gemelos —explicó sonriendo—. Hay muchos gemelos en mi familia, y hasta unos trillizos.

—Gracias por avisarme —dijo ella alzando los ojos al cielo.

Savannah había bajado la guardia y Durango aprovechó para tomar un mechón de su sedoso pelo y acariciarlo.

—Pienso que estaría bien tener trillizos, todos con tus preciosos ojos color avellana.

Savannah tragó saliva al sentir que perdía la razón. La manera que Durango tenía de mirarla no arreglaba las cosas y sabía que ella causaba el mismo efecto en él. La atracción era tan fuerte como la primera noche y en ese momento deseó incontrolablemente que volviese a acariciarla, que tocase sus pechos, sus muslos, y la zona entre sus piernas. Tenía que intentar resistir.

—Me gustaría ver cómo cambia tu cuerpo según va creciendo nuestro bebé, Savannah —murmuró Durango con voz ronca.

Sus palabras acariciaron a Savannah en lugares en los que no quería que nadie llegase, calándola hasta los huesos.

—No sé cómo vamos a hacerlo, Durango —susurró.

—Casándonos.

Savannah retrocedió y se apartó de él.

—Habías prometido no volver a hablar del tema.

—Lo sé —accedió él sonriendo—. Pero voy a hacerte una oferta que no podrás rechazar.

—¿Qué tipo de oferta?

—Que nos casemos y pongamos un límite de tiempo a nuestra unión. Estaremos casados durante todo tu embarazo y hasta poco después, digamos, seis o nueve meses. Después de eso, podemos divorciarnos.

—¿Y para qué? —preguntó Savannah sorprendida por la propuesta, sintiendo el peso de su mirada y deseando poder ignorarlo.

—En primer lugar, satisfaría mi necesidad y deseo de estar contigo durante el embarazo. En segundo lugar, el niño no nacería de manera ilegítima, algo que para mí es inaceptable. Y, finalmente, porque como crees que yo acabaría haciéndote lo mismo que tu padre le hizo a tu madre, así sabrás desde el principio que el matrimonio es a corto plazo y no tendrás que pasarte las noches sin dormir.

—Yo nunca he dicho que pensase que fueses a hacer lo mismo que mi padre le hizo a mi madre.

—No lo has dicho, pero es evidente que piensas que si me casase contigo sólo por el niño las cosas no funcionarían. Y yo estoy de acuerdo en cierto modo. Probablemente tengas razón. Por mi parte, nuestro matrimonio estaría basado en el sentido de la obligación. Un matrimonio no puede permanecer junto sólo por un bebé. Y, para serte sincero, yo no busco un matrimonio a largo plazo. Pero una unión corta, por el bien del bebé, me parecería aceptable. También debería de serlo para ti. Así sabremos qué podemos esperar de la relación.

Las preguntas se agolpaban en la mente de Savannah, pero la principal era:

—¿Estás hablando de un matrimonio de conveniencia?

—Sí.

—¿Y eso significa que no compartiríamos la cama? —continuó preguntando.

Durango la estudió durante un instante y comprendió adonde quería llegar. Sentía por ella una atracción natural e incontenible. Si la deseaba de semejante manera en esos momentos podía imaginar

cómo serían las cosas cuando estuviesen viviendo bajo el mismo techo como marido y mujer. Estaba claro que sí querría dormir con ella.

—No, no exactamente. Tengo otras ideas al respecto —contestó el hombre recostándose en la silla.

—Pues guárdate esas ideas para ti —replicó ella imaginándose cuáles eran—. Si acabo aceptando tu propuesta no compartiremos la cama.

—¿Quieres decir que no te gustó dormir conmigo?

Savannah resopló. ¿Quién había dormido aquella noche? Si no recordaba mal hicieron el amor hasta el amanecer. Y tenía que admitir que nunca le había gustado tanto. No podía compararlo con el año que había pasado con Thomas.

—No es eso.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—El problema es que independientemente de que no dormimos en toda la noche, no suelo meterme en la cama con ningún hombre con el que no tenga una relación seria.

La joven decidió omitir que sólo había tenido dos relaciones serias en toda su vida.

—Confía en mí, Savannah. Cuando estemos casados, nuestra relación será tan seria como la de cualquier otra pareja, incluso sabiendo que nuestro matrimonio no durará mucho. No veo por qué no vamos a poder dormir juntos. Somos adultos y tenemos unas necesidades básicas, sabemos lo que queremos y pienso que tenemos que empezar por ser honestos con nosotros mismos. Nos atraemos desde la primera vez que nos vimos, por eso estamos hablando de esto. Y quizá aquella noche habíamos bebido más champán de la cuenta, pero disfrutamos haciendo el amor juntos. ¿Qué sentido tiene fingir lo contrario?

Savannah puso mala cara. Ella no fingía nada, pero no quería repetir la experiencia por mucho que le hubiese gustado.

—Me parece que no me has entendido.

—No, eres tú la que no me has entendido. Estás embarazada y yo quiero vivir tu embarazo. Es importante que permanezca a tu lado mientras llevas dentro al bebé para poder establecer unos vínculos afectivos con él mientras todavía está en tu vientre y unos meses después.

—¿Y de cuántos meses después estás hablando?

—De los que acordemos, aunque preferiría que no fuesen más de seis. Pero estaría dispuesto a quedarme a tu lado todo un año.

—No quiero que me hagas ningún favor —se quejó la joven.

—No te estoy haciendo un favor, Savannah, sólo quiero formar parte de la vida de mi hijo independientemente de que nosotros estemos juntos o no. Pero pienso que seis meses después de su nacimiento serían suficientes, a no ser que tú opines de otra forma.

«Cuando las vacas vuelen», pensó Savannah, que permaneció callada unos segundos. ¿Qué podía decir si él tenía razón? Se habían sentido atraídos el uno por el otro desde el principio.

Pero lo que había pasado aquella noche formaba parte del pasado y ella se negaba a volver a acostarse con él. Era evidente que ese hombre estaba acostumbrado a conseguir todo lo que quería, pero en ese caso no iba a tener tanta suerte.

Savannah pensó en lo que había dicho acerca de establecer lazos afectivos con el bebé cuando éste todavía estaba en su vientre. Recordó que había leído que eso era posible e incluso importante para el bienestar del bebé. Algunas parejas hasta ponían música y leían libros a su hijo antes de que naciese. Nunca habría pensado que Durango supiese eso y mucho menos que se preocupase por ello.

Apartó su plato, contenta de habérselo comido todo porque probablemente sería lo último que tomase hasta el día siguiente a la misma hora.

—Tengo que reflexionar acerca de tu propuesta, Durango. Y estoy hablando del matrimonio de conveniencia, no de compartir la cama —aclaró—. Si tu oferta incluye esto último, entonces no tengo nada que pensar. No voy a dormir contigo, nos casemos o no.

Entonces se le ocurrió otra cosa.

—¿Y dónde viviríamos si seguimos adelante con el plan?

—Yo prefiero que nos quedemos aquí, pero si lo prefieres, puedo trasladarme a Filadelfia —respondió él encogiéndose de hombros.

Savannah sabía que Durango pertenecía a las montañas. Allí estaba en su ambiente y no podía imaginárselo en la ciudad.

—¿Qué pasaría con tu trabajo? —le preguntó.

—Pediría una excedencia.

—¿Serías capaz de hacer eso?

—Por nuestro hijo, sí —afirmó Durango.

Savannah lo miró a la cara y vio que sus palabras eran sinceras. Eso la abrumaba y la asustaba al mismo tiempo. A pesar de que Durango no quisiese un compromiso duradero, era evidente que estaba dispuesto a comprometerse a corto plazo por el bien de su hijo.

—Tengo que pensarlo —repitió poniéndose en pie.

—Piénsalo, pero piénsalo bien. Aunque de verdad te niegues a que compartamos la cama mi oferta seguirá en pie.

Él se levantó también para situarse frente a ella y continuó:

—Hay toallas, una bata y todo lo que puedas necesitar en el cuarto de baño que hay en tu habitación. Si necesitas cualquier otra cosa házmelo saber. Hasta mañana.

—Te ayudaré a recoger la mesa y...

—No, déjalo —replicó Durango rápidamente. Casi no podía contener la tentación de besarla, de volver a probar sus labios. Pero sabía que no era el momento—. Yo me ocuparé de los platos después de comprobar un par de cosas.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—De acuerdo.

Durango observó a Savannah salir de la habitación y no pudo evitar mover la cabeza. Nada había cambiado. La atracción entre ellos seguía siendo intensa.

Capítulo 4

A la mañana siguiente Savannah se despertó más confusa que nunca. Casi no había podido dormir pensando en la propuesta de Durango. Por un lado, podría empeorar la situación. Por otro, parecía querer ayudarla sinceramente durante el embarazo y ella no quería negarle la oportunidad de crear lazos con su hijo, sobre todo porque, no todos los hombres estaban dispuestos a ello.

Decidió que no quería pensar más en la oferta de Durango, se sentó en la cama y miró por la ventana. El tiempo era todavía peor que el día anterior, lo que significaba que no podría marcharse a no ser que mejorase milagrosamente.

Por lo menos la chimenea calentaba la habitación. Volvió a meterse en la cama y recordó que había abierto los ojos a medianoche y había visto a Durango agachado frente a la chimenea encendiendo el fuego. En ese momento estaba demasiado cansada como para ser consciente de su presencia.

Lo había observado gracias a la luz de la luna que entraba por la ventana. Un calor diferente la había reconfortado al verlo trabajar para calentar su habitación. La camisa se le ajustaba a la altura de los hombros y sus fuertes manos manejaban con soltura el atizador de hierro forjado... con la misma soltura con la que la había acariciado a ella aquella noche. Cuando se puso de pie, pudo admirar su cuerpo, especialmente de espaldas, y pensó que los vaqueros le hacían un trasero de escándalo.

Se sorprendió al oír llamar a la puerta, como sólo podía ser Durango, tragó saliva y dijo:

—Entra.

—Buenos días, Savannah. Espero que hayas descansado.

—Buenos días, sí he descansado. Gracias. Veo que el tiempo no

ha mejorado —comentó sentándose en la cama y tapándose el pecho con las mantas.

Como no había pensado que el viaje fuese a prolongarse, además de la cámara de fotos, que solía llevar siempre con ella, sólo llevaba un libro para leer durante el vuelo, su maquillaje y una muda de ropa. Había dormido con una camiseta enorme que había encontrado en uno de los cajones del armario.

—No, el tiempo ha empeorado, y yo tengo que salir un momento y…

—¿Vas a salir con este tiempo? —preguntó sorprendida.

Durango levantó las cejas y sonrió.

—Esto no es nada comparado con la tormenta que tuvimos el mes pasado. Soy miembro del Equipo de Búsqueda y Rescate así que estoy acostumbrado a trabajar en estas condiciones. Acabo de recibir una llamada de la estación. Ha desaparecido una pareja de excursionistas y tengo que encontrarlos. Hay algunos refugios aislados en esta zona y espero que se hayan guarecido en uno de ellos.

La joven asintió con la cabeza y volvió a mirar por la ventana. Esperaba que los excursionistas estuviesen a salvo.

—¿Estarás bien hasta que vuelva? —añadió Durango.

—Estaré bien —respondió ella volviendo a mirarlo —. Ten cuidado.

—Lo tendré. No quiero que des a luz a nuestro hijo sin mí.

Savannah había tenido la esperanza de que esa mañana fuese diferente, pero en cuanto puso los pies en el suelo sintió las mismas náuseas de todos los días y salió corriendo al cuarto de baño.

Poco después, tras lavarse los dientes y darse un baño, se puso una bata blanca de terciopelo que había en el armario y anduvo descalza hasta la cocina con la esperanza de que Durango tuviese galletas saladas.

Suspiró aliviada al encontrar un paquete en la despensa, lo abrió y comió un par de ellas para intentar sentar su estómago. Caminó hasta la ventana y observó caer los copos de nieve. Si seguía nevando así no sabía; cuándo iba a poder marcharse.

Durango se sacudió la nieve de los pies antes de volver a entrar en casa. La imagen de Savannah esperándolo allí le había dado fuerzas frente al viento helado mientras buscaban a los dos excursionistas.

Afortunadamente, los habían encontrado en buenas condiciones en una cabaña abandonada.

Cerró la puerta detrás de él sin hacer ruido, se quitó el abrigo y miró al otro lado de la habitación. Savannah estaba hecha un ovillo en el sofá, dormida. Su pelo oscuro y rizado le enmarcaba el rostro, lo que la hacía todavía más guapa. Irradiaba tanta paz que parecía no tener ninguna preocupación y Durango hubiera podido quedarse allí eternamente, viéndola dormir.

Savannah se movió un poco y él pensó que era increíble que algo estuviese creciendo en su interior. Su semilla había echado raíces y otro ser humano estaba creciendo dentro de ella. Sonrió por un momento al imaginarse a una niña con el mismo pelo que su madre, su piel color caramelo y sus preciosos ojos color avellana.

En la familia Westmoreland había pocas mujeres. En los últimos treinta años su prima Delaney había sido la única fémina y había tenido la dura tarea de intentar lidiar con una docena de hombres protectores: su padre, cinco hermanos y seis primos.

Y hacía dieciocho meses, su tío Corey había tenido trillizos, entre ellos una niña, Casey. Afortunadamente Delaney había dejado de recibir toda la atención de los hombres Westmoreland.

Storm y Jayla tenían hijas y había oído que Daré y Shelly, al igual que Delaney y Jamal, que ya tenían hijos varones, estaban deseando tener una niña. Sólo pensar en una futura generación de mujeres Westmoreland le hizo estremecerse. No obstante, le gustaba la idea de tener una niña a la que mimar, una versión en miniatura de Savannah.

Tenía que admitir que había varias cosas de la mujer que había en su sofá que despertaban en él ciertos sentimientos. Por un lado, el hecho de que no hubiese utilizado su embarazo para obligarlo a nada. Conocía a más de una que habría llegado exigiendo que se casase con ella ese mismo día. A Savannah ni siquiera le había entusiasmado su propuesta y todavía no era seguro que fuese a aceptarla. Por algún motivo, a Durango le gustaba la idea de que estuviese legalmente comprometida con él, aunque fuese durante un periodo corto de tiempo.

Volvió a observarla. Llevaba puesta una camiseta enorme y unos pantalones de deporte que él le había prestado. Ambos le pertenecían y le quedaban grandes a Savannah. Aun así, no pudo

evitar notar la curva de sus pechos bajo la camiseta de algodón. Parecían más grandes de lo que él recordaba. Sería interesante y fascinante ver cómo su cuerpo cambiaba durante los meses siguientes. Y no quería perdérselo por nada del mundo.

Sacudió la cabeza, pensando que si alguien le hubiese dicho la semana anterior que se iba a sentir así con respecto a una mujer embarazada, no lo habría creído. Sabía que le iba a costar convencer a su mejor amigo McKinnon Quinn de que no sólo aceptaba el embarazo de la joven, sino que además estaba deseando que diese a luz. Tanto su amigo como él eran conocidos por ser los solteros de oro de la zona y siempre se habían guardado bien de comprometerse.

Savannah suspiró casi inaudiblemente en sueños y se movió. La camiseta se levantó y dejó ver su vientre. Durango tuvo que contenerse para no acercarse y besar la parte de su cuerpo en la que crecía su hijo. Cerró los ojos y dejó volar la imaginación, sabía que no quería detenerse en su vientre. El seductor aroma de la joven impregnaba la habitación y atraía todos sus sentidos. Se sintió cansado, agotado, al mismo tiempo que notó su cuerpo sacudirse al recordar los momentos de pasión que había habido entre ellos. Una pasión que estaba deseando volver a experimentar.

Savannah se despertó sobresaltada, consciente de que no estaba sola. El olor a comida no podía engañarla.

Recordó que había sentido náuseas por la mañana y había decidido tumbarse un momento en el sofá. Había debido de quedarse dormida. No pudo evitar preguntarse cuándo habría vuelto Durango.

¿Por qué no la había despertado? ¿Habrían encontrado a los excursionistas extraviados?

—¿Has comido algo?

La voz grave de Durango casi la asustó. Se miraron a los ojos y Savannah sintió que todo su cuerpo entraba en calor. Durango se había quitado el jersey y llevaba una camisa de sport con el último botón desabrochado, lo que le daba un toque sexy.

Había algo en ese hombre que la excitaba. Iba a ser difícil estar casada con él, aunque no fuese durante mucho tiempo, y que no compartiesen la cama. Pero ella había decidido que así sería.

—No —respondió dándose cuenta de que no le había contestado

—. Pero gracias por haberme dejado el desayuno preparado. Mi estómago sigue sin querer cooperar y no hubiese podido retener la comida. He tomado unas galletas saladas que he encontrado en la despensa.

Durango movió la cabeza, recordando que el día anterior ya le había dicho que no podía comer por las mañanas.

—¿Has ido al médico?

—Sí, pero voy a tener que buscar otro ginecólogo. El doctor Willson, que atendió a mi madre cuando nacimos mi hermano Rico y yo se va a jubilar el mes que viene.

—¿Sabe que tienes náuseas todas las mañanas? ¿Seguro que el bebé y tú estáis bien alimentados?

—El doctor dice que los dos estamos bien —respondió Savannah encogiéndose de hombros.

—Me gustaría acompañarte cuando vuelvas al médico.

—¿En Filadelfia?

—Sea donde sea. Y, ya que tu médico va a jubilarse, que sepas que en Bozeman hay una ginecóloga muy buena.

—¿De verdad? Es bueno saberlo —respondió mirándolo y deseando poder detener su pulso, que latía con fuerza ante la imagen de su cuerpo delgado y fuerte.

Durango se sentó a su lado y la interrogó:

—¿Has pensado en lo que hablamos anoche?

—Sí, lo he pensado.

—¿Y? —preguntó él amablemente, sabiendo que no debía presionarla.

—Necesito más tiempo para tomar una decisión.

—Me gustaría poder decirte que te tomases todo el que quisieses, pero el tiempo no corre a nuestro favor. Si decidimos casarnos tenemos que organizar la boda.

—¿La boda? —preguntó sorprendida.

—Sí —replicó él sonriendo—. No será tan a lo grande como la de Chase, pero, como bien sabes, los Westmoreland somos muchos, tenemos amigos, compromisos y...

—Pero no es como una boda de verdad, Durango, ¿para qué molestarnos?

—Porque es lo que mis padres, en especial mi madre, que no sabe que vamos a casarnos, esperaría.

—Bueno, pues yo personalmente no veo la necesidad de darle tanto bombo a algo que no va a durar. Si decido aceptar tu propuesta, prefiero que nos casemos en algún sitio como Las Vegas y que no se lo contemos a nadie hasta que no esté hecho. De todos modos, en pocos meses sabrán el verdadero motivo de nuestro matrimonio.

Durango sabía que Savannah tenía razón. Su familia, que sabía lo que pensaba del matrimonio, sabría que la boda no era de verdad aunque él dijese lo contrario.

—¿Y tú madre?

—Se va mañana a París y no volverá en un par de semanas. Si decido casarme contigo estará de acuerdo con mi decisión y no le molestará que no haya habido ceremonia ya que sabe que no creo en los finales felices.

Durango se frotó la nuca al tiempo que fruncía el ceño. Después de lo que había pasado con Tricia él tampoco soñaba con vivir un cuento de hadas.

—De acuerdo. Podemos fugarnos y después, si mis padres quieren, podrán organizar una recepción o algo así. ¿Te parece bien?

—Muy bien —accedió la joven.

—¿Cuándo me darás una respuesta?

—Antes de que me marche de aquí. ¿Crees que el tiempo va a mejorar mañana?

—No estoy seguro. Este tipo de tormentas puede durar hasta una semana.

—¿Una semana? No he traído suficiente ropa.

Durango pensó que no era el momento apropiado para decirle que no le importaba si se paseaba desnuda por la casa.

—La última vez que estuvo aquí mi prima Delaney se dejó un par de cosas. Las dos tenéis más o menos la misma talla así que seguro que te sirve algo.

—¿No le importará?

—No.

—Entonces, de acuerdo.

—¿Crees que tu estómago se encuentra ya lo suficientemente bien como para cenar? —cambió de tema Durango—. He preparado carne estofada.

—Creo que sí. ¿Quieres que te ayude en la cocina?

—Si quieres, puedes poner la mesa.

—Muy bien. ¿Habéis encontrado a los excursionistas?

—Sí, y estaban bien. Uno de ellos había sido boy scout y sabía qué hacer.

Savannah sonrió, aliviada, mientras lo seguía en dirección a la cocina.

—Me alegro mucho.

A la joven la sorprendió el apetito que tenía y se ruborizó avergonzada al darse cuenta de que Durango había dejado de comer para observar, divertido, cómo devoraba un plato de carne y volvía a repetir.

—Tenía hambre —dijo relamiéndose.

—Eso parece.

Cuando terminó, Savannah apartó el plato y él sonrió.

—No pares por mí, puedes seguir comiendo.

—Ya he tenido suficiente, gracias —contestó ella con el ceño fruncido.

—De nada. Tengo que cuidar de la bailarina.

—¿Qué bailarina?

—Nuestra hija.

Savannah levantó un vaso de leche, dio un sorbo y luego preguntó:

—¿Piensas que vamos a tener una niña?

—Sí.

—¿Por qué? —preguntó con curiosidad.

Él se echó hacia delante para limpiarle con su servilleta la leche que había quedado alrededor de sus labios, preguntándose cuánto tiempo hacía que no se había dedicado tanto a una mujer.

—Porque es lo que me gustaría y porque soy tan arrogante que pienso que puedo conseguir todo lo que quiera.

Savannah estaba de acuerdo, no con que pudiese conseguir todo lo que quisiese, sino con la afirmación de que era tan arrogante que pensaba poder conseguirlo.

—¿Por qué quieres una niña?

—¿Tú no? —preguntó él a su vez.

No podía decirle que quería una niña que se pareciese a ella. No podía explicar el razonamiento que había detrás de eso y no quería

profundizar en su significado.

—En tu familia hay más hombres que mujeres, así que supongo que para ti sería más fácil manejar a un hijo que a una hija.

—Creo que he sabido hacerlo bien con mi prima Delaney —rió él, divertido—. Con cinco hermanos y otros cinco primos varones ningún chico se atrevía a mostrar interés por ella. No creo que haya ningún problema en repetir la misma experiencia con la siguiente generación de mujeres Westmoreland. Además —añadió—, ¿no sabes que las hijas son siempre de los padres?

—No siempre —negó Savannah pensando en la relación que tanto Jessica como ella nunca habían tenido con su padre.

—En realidad, me da igual que sea niño o niña, pero una niña sería muy, muy especial.

Savannah sonrió, le gustaban las palabras de Durango, quizás porque a ella también le hiciese ilusión una niña. De algún modo, la sorprendía que un hombre como él quisiese tener hijos o se interesase por la paternidad.

En ese momento flotó en la mente de Durango la adorable imagen de una niña igualita que su madre sentada en su regazo mientras él le leía un cuento.

—¿Qué te parece? —preguntó Durango.

Savannah revisó la ropa que el hombre le había dejado encima de la cama.

—Creo que servirá. No suelo llevar vaqueros a menudo, así que me vendrá bien cambiar. Y los jerseys parecen cómodos. ¿Son para este tiempo?

—¿Qué planeas hacer esta noche?

El murmullo de su voz grave le hizo levantar la cabeza y mirarlo a los ojos. A Savannah le hubiese gustado no sentirse excitada cada vez que se sumergía en sus profundidades.

—Pensaba acabar de leer un libro que he traído.

—Ah, ¿qué tipo de libro?

—Uno sobre qué esperar durante el embarazo y al nacer el niño.

—Parece interesante.

—Lo es.

Savannah intentó ignorar el cosquilleo que sentía en el estómago. No era buena idea que Durango estuviese en su dormitorio, así que cuanto antes se fuese de allí, mejor, pero antes

tenía que averiguar una cosa.

—Me gustaría preguntarte algo, Durango —continuó—. Necesito saberlo antes de que decida si quiero casarme contigo o no.

—¿Qué quieres saber?

La joven se separó de la cama y se hundió en el confidente. Habría preferido tener esa conversación en otro lugar, y no en la calidez de su dormitorio, con la chimenea chisporroteando e iluminando el atractivo rostro de Durango. Al menos había conseguido alejarse de la cama.

—Quiero saber qué tienes en contra de las mujeres de ciudad.

Capítulo 5

Había preguntas que no debían hacerse.

Savannah llegó a esa conclusión nada más ver la sorpresa en el rostro de Durango, sus puños cerrados y los ojos centelleantes. El aire se heló de repente, por no mencionar la fuerza de su mirada, que la hizo suspirar.

La pregunta, que evidentemente lo había pillado desprevenido, hizo que tuviese que volver a controlarse y empezó a sentirse incómodo. No obstante, ella tenía que conocer el motivo de esa aversión, ya que era algo que sabían unas cuantas personas, al menos las más cercanas a él.

La joven vio cómo se movían sus labios y supo que estaba murmurando algo, lo que hizo que aumentase su curiosidad.

—¿Durango?

Cuando por fin consiguió hablar, lo hizo en voz baja y con nerviosismo, intentando esconder que Savannah le había dado en la llaga.

—Preferiría no hablar de eso —dijo.

Ella no quería quedarse sin respuesta, ya que era algo que realmente necesitaba saber.

Durango se dio cuenta de la determinación en el rostro de la joven y continuó:

—No tiene nada que ver contigo. Tú eres la madre de mi hijo. Te he pedido que te cases conmigo y no hace falta que para ello removamos nuestros pasados. Respeto tu privacidad y espero que tú respetes la mía.

Savannah no pudo evitar seguir preguntándose qué sería lo que Durango no quería contarle. ¿Qué herida sería la que seguía abierta? Ella también tenía fantasmas escondidos, secretos que sólo

Jessica conocía. La petición de privacidad de Durango era razonable. No debía indagar en su pasado, pero quería estar segura de que fuese cual fuese el problema, no la afectaría y no descansaría hasta que no tuviese la certeza de que así sería, no retrocedería.

—Todo eso está bien, Durango, pero si voy a casarme contigo, aunque sea por poco tiempo, necesito saber que no voy a ser maltratada a causa de las transgresiones de otra persona.

—Eso no ocurrirá.

Durango respondió tan rápidamente que a Savannah no le dio tiempo ni a parpadear. Su voz estaba cargada de arrepentimiento y cólera.

—Esto sólo tiene que ver con nosotros dos, Savannah, y nadie más. No dejes que nada de lo que haya ocurrido en tu pasado afecte a tus decisiones presentes.

La joven miró su cuerpo musculoso con tanta intensidad como él la miraba a ella.

Los segundos pasaban y algo estaba ocurriendo entre ellos. Savannah sabía que si no hacía algo no sería capaz de ser responsable de sus actos... y él tampoco.

Durango la excitaba incluso estando allí parado, sin decir nada. Y ella cada vez lo deseaba más y recordaba el sabor de sus besos y cómo habían hecho el amor.

Él siguió mirándola fijamente a los ojos, hipnotizándola. Entonces avanzó hacia ella y la hizo levantarse del sofá.

Ella supo inmediatamente lo que Durango quería, lo que necesitaba. Era lo mismo que deseaba ella. Durango bajó su rostro hasta el de ella y la besó. Cuando sus labios se tocaron, Savannah metió las manos en los bolsillos traseros de los vaqueros de Durango, si no lo hubiese hecho, no habría podido evitar tocar su trasero con ansia.

Y cuando la lengua de él entró en su boca, el contacto fue tan íntimo, cálido y apasionado que Savannah supo que no podría hacer otra cosa que no fuese dejarse llevar.

Y eso hizo.

Ambos eran adultos y un simple beso no le hacía mal a nadie, se convencía Savannah a sí misma mientras sus lenguas se unían. Pero pronto se dio cuenta de que no se trataba de un simple beso.

Era la manera habitual de besar de Durango, un beso largo,

cálido, sensual. El tipo de beso que hace que tiemblen las rodillas, que se endurezca el pecho y que se sientan cosquillas en el estómago. Savannah cerró los ojos para disfrutar de las sensaciones que invadían su mente y que hacían que todo su cuerpo se estremeciese.

Durango rompió el beso demasiado pronto. Ella abrió los ojos despacio, lo miró, respiró hondo y se sintió satisfecha. Advirtió que los ojos de Durango seguían clavados en sus labios.

—Me gusta besarte —dijo el hombre, como si eso lo explicase todo.

—Ya veo.

Savannah tenía que admitir que su visita no había salido como ella había planeado. Había ido para darle la noticia y marcharse. Eso es lo que debía haber hecho. Pero entonces no hubiese estado allí, descubriendo lo que era la pasión de verdad.

—Será mejor que me vaya. Hasta mañana —se despidió murmurando Durango.

Y antes de que Savannah pudiese parpadear o volver a respirar, ya había desaparecido.

Cuando la puerta se cerró detrás de Durango, la joven sintió que los músculos de su estómago se tensaban y le fallaban los pies. ¡Sólo con un beso!

Murmurando, probablemente las mismas palabras que Durango había murmurado antes y que no había querido que ella oyese, Savannah cruzó la habitación y se tiró en la cama. Su manera de besar era una de las razones por las que en ese momento estaba donde estaba. Lo había invitado a una copa de champán en su habitación y no le había dado tiempo a llenar su copa cuando Durango le había arrebatado la botella y la copa de las manos y la había besado. La había besado como un loco. Su sabor había sido cálido, delicioso e increíblemente placentero. Lo había deseado tanto que cuando llegaron a la cama ya estaban los dos desnudos.

Se sentían sumamente atraídos el uno por el otro. En el fondo, sabía que a Durango tampoco le gustaba la química explosiva que había entre ellos. Había visto cómo le brillaban los ojos y cómo se habían tensado los músculos de su mandíbula. Después de besarla siempre parecía necesitar ayuda divina para controlar el deseo sexual que sentía por ella.

—Y pensar que me ha pedido que me case con él —farfulló llena de frustración—. Sólo será durante un tiempo, tal y como me recuerda Durango siempre que puede. ¿Qué voy a sacar yo de todo esto?

Su mente respondió inmediatamente: «Más besos. Y si dejas de ser tan testaruda, un compañero de cama. ¿Qué tienes que perder? Entrarás en la relación con los ojos abiertos y sin esperar nada, sabiendo que no tiene nada que ver con el amor. Además, le estarás dando a tu hijo la oportunidad de que tenga una relación con un padre que se preocupa por él».

Dada la experiencia que había tenido con su propio padre, eso lo era todo para Savannah. Sabía que aunque su matrimonio se rompiese, Durango seguiría formando parte de la vida de su hijo.

Pero Savannah necesitaba reflexionar acerca de las otras razones por las que el matrimonio era una buena idea.

Lo primero era el hecho de tener a alguien temporalmente con quien compartir la cama. Había salido con chicos, pero no se había acostado con nadie de manera ocasional después de Thomas Crawford. Había estado con Thomas durante un año y todo había ido bien hasta que él se había puesto celoso porque le habían dado a ella un puesto que él también quería. Había intentado incluso convencerla de que rechazase el trabajo para poder conseguirlo él, qué egoísta. De eso hacía casi dos años. La noche que se había acostado con Durango no había sido ella misma, sus hormonas la habían traicionado.

Movió la cabeza y pensó en otra razón por la que casarse con Durango: las expectativas. Ambos sabrían a qué atenerse, no se harían falsas ilusiones. Ella sabía que el matrimonio no sería de verdad. No se amaban. Eso lo haría todo más fácil a la hora de romper.

Cuanto más lo pensaba, más sabía que lo mejor era aceptar su propuesta. Su hijo tendría el tipo de padre que ella nunca había tenido: un padre del que podría depender.

Y el resto de los Westmoreland sería una gran familia para el bebé. Había podido ver lo unidos que estaban durante la boda de Chase y Jessica. Ella también había echado de menos formar parte de una familia numerosa.

Su cerebro empezó a dar vueltas a todo lo positivo, pero

Savannah se esforzó en pensar en los puntos negativos. Por el momento sólo podía pensar en uno: «La posibilidad de enamorarse de Durango».

No quería siquiera pensar en ello, pero sabía que era posible. No era difícil enamorarse de él. Era fuerte y enérgico y, al mismo tiempo, desprendido y cariñoso. Había notado su sensibilidad en la manera de ocuparse de ella: le preparaba el desayuno, entraba en su habitación en mitad de la noche para cerciorarse de que no hacía frío, se preocupaba por su salud y por la del niño.

Pero, no obstante, no podía enamorarse. Dudaba ser capaz de dar un trozo de su alma o de su corazón a un hombre.

Sabía que por mucho que disfrutase de los momentos que pasase con Durango durante su embarazo, no podría darle su corazón. Nunca.

Habían pasado varias horas después del apasionado beso y, no obstante, sus efectos secundarios eran tan fuertes que Durango no conseguía concentrarse en su libro de cuentas, estaba demasiado centrado en las increíbles sensaciones que seguían recorriendo su cuerpo.

Había besado a muchas mujeres, pero ninguna lo había marcado como Savannah Claiborne. Tenía un sabor dulce, inocente y suculento, y un aroma penetrante y embriagador que le hacía perder el control de sus sentimientos. Hacía que le subiese la temperatura, que el pulso se le acelerase y anulaba todos sus sentidos.

—Maldita sea.

Cerró el libro de cuentas de un golpe y dejó de mirar a la pantalla del ordenador. No quería equivocarse en la contabilidad del negocio de cría de caballos que llevaba con su buen amigo McKinnon Quinn.

Se echó hacia atrás y volvió a pensar en Savannah. Esperaba que su decisión fuese la que él esperaba. Se negaba a considerar cualquier otra posibilidad.

Capítulo 6

—¿Qué ocurre, Savannah? ¿Estás bien?

La joven lo oyó llegar. También oyó la preocupación y el pánico en la voz de Durango, pero se sentía demasiado débil como para levantar la cabeza y darse la vuelta. No quería que la viese así. Era humillante que te viesen de rodillas en el váter.

—Savannah, ¿qué te pasa?

Cuando pudo, dijo las dos palabras que esperaba que lo explicasen todo. Parecía ser que Durango todavía no se había enterado de nada.

—Náuseas matutinas.

—¿Náuseas matutinas? ¿Eso es todo?

Savannah reprimió un gruñido. ¿Qué pensaba? Iba a responderle bruscamente cuando su cuerpo le recordó cómo se sentía y, sin poder evitarlo, cerró los ojos, volvió a bajar la cabeza y siguió echando parte de la cena del día anterior.

—¿Qué puedo hacer?

Iba a decirle que se fuese, que no necesitaba público, pero consiguió contestarle:

—Nada. Por favor, déjame sola.

—Ni aunque tu vida dependiese de ello, cariño —le contestó dulcemente, agachándose a su lado la abrazó y susurró—. Estamos juntos en esto, ¿recuerdas? Déjame ayudarte.

Antes de que Savannah pudiese decirle que no necesitaba su ayuda, él le demostró que estaba equivocada cuando volvió a sentir las náuseas. Durango tomó una toalla húmeda y la pasó por su cara.

Luego la sujetó mientras su estómago se iba reponiendo. Savannah se sentía tan agradecida que se apoyó en él. La mano de Durango acariciaba su vientre para calmarlo. La joven dejó caer la

cabeza sobre su hombro. Nunca había visto tanta ternura en un hombre. Era cierto que Rico siempre había estado ahí cuando lo había necesitado, pero como era su hermano, no contaba.

—Venga, cielo, relájate un momento. Todo va a ir bien. Yo voy a cuidarte —murmuró Durango rozándole suavemente la sien con los labios y dándole un beso en la frente.

Savannah oyó el ruido de la cadena al mismo tiempo que Durango la levantaba con sus fuertes brazos. Tras cerrar la tapa del váter, se sentó encima con ella en su regazo y siguió acariciándole el vientre. Un poco después, y como si no pesase nada, se levantó con ella en brazos y la sentó en la encimera que había al lado del lavabo.

—¿Crees que un refresco te sentaría bien? —le preguntó mirándola a los ojos.

—Sí —consiguió contestar la joven casi sin poder respirar debido a la intensidad de su mirada.

—¿Te puedo dejar sola mientras voy a buscarlo, estarás bien?

—Sí, no te preocupes.

—Ahora vuelvo.

En cuanto desapareció, Savannah respiró hondo. Las náuseas se le estaban pasando tan rápidamente como habían llegado. Decidió aprovechar el tiempo que Durango no estaba allí para lavarse los dientes. Acababa de enjuagarse la boca cuando volvió.

—Aquí tienes.

Savannah tomó la lata fría de refresco y dio un trago. Se sintió inmediatamente mejor. Tras beber el resto, retiró la lata de sus labios, se relamió y dijo

—Muchas gracias, me hacía falta.

La joven empezó a examinar la lata. El la miraba y eso la hacía sentir incómoda. Sabía que no tenía buen aspecto. Una de las cosas que había aprendido en el colegio de niñas al que sus abuelos la habían mandado es que una señorita nunca mostraba signos de debilidad delante de un hombre. También le habían enseñado que un hombre no debe ver a una mujer en su peor momento. Desgraciadamente, algunas cosas no podían evitarse. Además, no había sido ella quien le había dicho que entrase al baño esa mañana. ¿Por qué lo había hecho?

—Ya sé que me habías dicho que no sueles comer nada por las

mañanas, pero iba a desayunar y quería estar seguro de que no querías acompañarme —comentó Durango como si le hubiese leído el pensamiento.

—No hubiese podido tomar nada.

—Ya me he dado cuenta. ¿Y eso te ocurre todas las mañanas? —preguntó preocupado.

—Sí, pero no siempre me encuentro tan mal. Creo que tomé demasiado estofado anoche.

—Eso parece. ¿Qué dice tu médico al respecto?

—Qué va a decir, Durango. Las náuseas son habituales durante los primeros meses de embarazo.

—Pero eso no es suficiente.

Hizo un gesto con las manos para detenerlo, sabía que iba a intentar convencerla para que viese a un médico allí.

—Mira, ahora no, ¿vale? Necesito recuperarme. Déjame un par de minutos.

—¿Seguro que estás bien?

—Seguro.

—¿Puedo hacer algo más por ti?

—No, gracias, no necesito nada.

Durango se dio media vuelta para marcharse, pero se volvió lentamente y la sorprendió rozándole los labios con los suyos.

—Siento que mi bebé te esté causando tantos problemas —se excusó después de la dulce caricia.

Antes de que Savannah pudiese quejarse, se había marchado y la había dejado sola en el baño.

Durango se paseó por el salón, contento de no haber salido de casa. Pensó en cómo habrían sido las cosas para Savannah si hubiese estado sola. Entonces se dio cuenta de que ya había pasado por eso ella sola. Vivía sola y seguro que ya se había sentido mal otras veces y nadie la había ayudado. La primera vez que la joven había hablado de las náuseas, él había pensado que simplemente se le revolvía un poco el estómago y que por eso no quería comer nada hasta más tarde. No había imaginado que pasase parte de la mañana vomitando de verdad.

Se detuvo y se frotó la cara. Era fácil ver que no estaba acostumbrado a tener cerca a una mujer embarazada. La última que había dado a luz era Delaney, hacía unos años, y había estado la

mayor parte de su embarazo en casa de los padres de su marido.

Y aunque no había pasado mucho tiempo cerca de Jayla cuando ésta había estado embarazada, de lo único que se había dado cuenta era que estaba enorme. Como esperaba gemelos, parecía que iba a dar a luz en cualquier momento. No recordaba que Storm hubiese mencionado que Jayla sintiese náuseas y vomitase todas las mañanas. Quizá debiese leer el libro sobre bebés.

Volvió a meterse las manos en los bolsillos de los vaqueros y siguió caminando de arriba abajo. Quizá estuviese alucinando y se estuviese dejando llevar. Savannah había dicho que era normal, pero, aun así no le gustaba.

Durango se volvió al oírla entrar en la habitación. La observó y pensó que era difícil creer que fuese la misma mujer de hacía sólo unos minutos. La transformación era sorprendente. Volvió a pensar que estaba guapa con cualquier cosa, fuese un vestido caro, unos pantalones y una camiseta, vaqueros o una camiseta enorme.

A pesar de que se había maquillado un poco, su belleza natural brillaba de tal modo que iluminaba toda la habitación... lo que no era difícil, teniendo en cuenta el tiempo que hacía fuera. La tormenta seguía en lo peor, aunque habían dicho que empezaría a amainar a lo largo del día.

—¿Ya estás, bien? —inquirió atravesando la habitación para acercarse a ella.

—Sí, ya estoy mejor, y quería disculparme por... —empezó a excusarse sonriendo.

—No tienes nada de lo que disculparte. Me alegro de haber estado a tu lado.

Savannah odiaba tener que admitirlo, pero ella también se alegraba de que hubiese estado allí. A pesar de haber pasado por ello muchas veces, la había ayudado tener un hombro en el que apoyarse, sobre todo si era el hombro del padre de su futuro hijo.

Ella tampoco quería admitir que era consciente de lo guapo que estaba esa mañana. Aunque, para ser honestos, siempre estaba atractivo con vaqueros y esas camisas que le gustaba llevar. Savannah decidió que tenía que pensar en otra cosa y se acercó a la ventana. El tiempo seguía igual.

—¿Vas a tener que salir hoy?

—Quizá más tarde —respondió Durango poniéndose a su lado y

mirando también por la ventana—. Han dicho que va a mejorar el tiempo pronto.

—¿De verdad? —preguntó sorprendida, mirándolo.

—Sí.

—Entonces quizá pueda marcharme hoy —sonrió encantada.

—Sí, quizás puedas marcharte. Ya sé que no puedes comer cosas pesadas, pero ¿te apetece tomar algo?

—Unas galletas saladas y una infusión me vendrán bien.

—Eso está hecho —dijo dirigiéndose hacia la cocina.

—¿Durango?

—Sí —se volvió a mirarla.

—He tomado una decisión acerca de tu propuesta —anunció con el corazón latiéndole fuertemente—. Tenemos que hablar.

—De acuerdo. Podemos sentarnos en la mesa de la cocina si quieres.

—Sí —accedió Savannah siguiéndolo.

—Entonces, ¿qué has decidido?

Savannah levantó la cabeza del plato con galletas saladas que tenía delante. Ya lo había pensado mucho durante la noche, pero la manera en la que Durango había actuado esa mañana la había ayudado a estar segura de su decisión.

Dejó la taza de té en la mesa y lo miró a los ojos.

—Acepto tu propuesta de casarme contigo.

Observó cómo el hombre apoyaba la espalda en la silla y la miraba con alivio.

—Pero quiero explicarte las razones por las que he tomado esa decisión y por qué no quiero que durmamos juntos —añadió la joven.

—De acuerdo.

—Te dije que no quería casarme contigo sólo porque estaba embarazada —comenzó después de dar otro trago al té.

—Debido a la experiencia con tu padre, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cómo se conocieron tus padres?

—En la universidad. Cuando mi madre apareció en casa de mis abuelos con mi padre durante las vacaciones de primavera del último curso y anunció que se iba a casar cuando acabase la carrera y que estaba embarazada, mis abuelos se pusieron furiosos. Mis

abuelos maternos no estaban de acuerdo con los matrimonios mixtos, así que no les gustó la relación de mis padres.

—Ya imagino.

—No eran los planes que Roger y Melissa Billingslea tenían para su hija. Pero no pudieron convencer a mi madre. Para ella Jeff Claiborne era el mejor hombre del mundo y como mis abuelos no consiguieron quitarle la idea de la cabeza, la amenazaron con repudiarla.

—¿Y funcionó?

—No, mis padres se casaron pocos meses más tarde. Según mi madre, al principio todo fue maravilloso, pero después mi padre se quedó en el paro y tuvo que ponerse a trabajar de viajante. Ahí fue cuando las cosas empezaron a ir mal. Mi padre cambió. No obstante, pasaron quince años antes de que mi madre descubriese que llevaba una doble vida y que tenía una amante y otra hija que vivían en el oeste.

Durango dio un sorbo a su café. Chase ya le había contado casi toda la historia.

—Para Rico y para mí no fue nada fácil —siguió Savannah—. Algunas personas miraban a los hijos de los matrimonios mixtos como si fuesen de otro planeta. Pero conseguimos superarlo con la ayuda de mamá y mis abuelos venían a vernos de vez en cuando. Enseguida intentaron hacerse cargo de nosotros. Mi abuela me pagó un colegio para chicas, yo misma lo elegí. Estoy contenta de haberlo hecho.

Durango continuó bebiéndose el café. Apreciaba que la joven compartiese eso con él, pero se sintió obligado a preguntar:

—¿Qué tiene todo esto que ver con mi petición de matrimonio... o con el hecho de que no quieras que durmamos juntos cuando estemos casados?

—Quiero que mis hijos formen parte de una familia unida y feliz. También quiero que su padre forme parte de su vida porque él lo quiere, no porque se sienta obligado a ello.

Durango sintió el dolor de Savannah, causado por un padre que nunca se ocupó de ella. Pero él no era ese tipo de hombre.

—Seré un buen padre para nuestro hijo, Savannah.

—Lo sé —admitió sonriendo—. El problema es que no sé si también serás bueno para mí.

—¿Crees que podría tratarte mal?

—No, no es eso. Pienso que eres un hombre al que le gustan las mujeres, y no quiero ser una más de la lista. Ni para ti, ni para cualquier otro.

Durango posó la taza de café, pensando que si esperaba que se disculpase por todas las mujeres que había conocido antes que ella, podía olvidarlo. Como ya le había dicho antes, el pasado era el pasado, pero...

Se dio cuenta de que quizás ella diese por hecho que tendría líos con otras mientras estaban juntos. La miró a los ojos.

—¿Te preocupa que te sea infiel mientras estamos casados?

—Nunca he pensado que podría ocurrir. ¿Debería hacerlo?

—No.

Durango se alegraba de que así fuese ya que, aunque ella se negase a compartir cama, nunca le daría motivos para cuestionarse su fidelidad. Sacudió la cabeza. Desde la noche que habían pasado juntos, Savannah le había demostrado que había dos tipos de mujeres. Unas eran amantes; otras, esposas. Y ella pertenecía al segundo grupo.

Savannah se merecía más que un matrimonio corto. Se merecía un marido que la quisiese y la mimase, para bien o para mal, para el resto de su vida. Un hombre inteligente que la tratase bien. Un hombre que la tratase como merecía una mujer de su calibre. Y, lo más importante, un hombre que la iniciase en los placeres que compartían hombres y mujeres, placeres que ella sola se estaba negando.

Nunca olvidaría el orgasmo que Savannah había tenido aquella noche. Había actuado como si fuese el primero y no hubiese esperado la magnitud del placer que recorrió todo su cuerpo. En esos momentos se alegraba de haberlo compartido con ella. Pero también quería compartir otras cosas, y se equivocaba si pensaba que sólo quería estar con ella para su propio beneficio. Savannah tenía que entender que las mujeres necesitan a los hombres. Tendría que demostrárselo.

Pero no era el momento. Sabía que le sobrarían oportunidades para llevar a cabo lo que tenía en mente antes y después de la boda, y pensaba aprovecharlas.

—No pienso en ti como si fueses una más —declaró Durango

con sinceridad—. Siento que veas las cosas de esa manera. Para mí, no hay nada de malo en que un hombre y una mujer acepten y respeten que el otro satisfaga sus necesidades, necesidades que quizá no sean capaces de controlar… en especial cuando están los dos solos.

Durango suspiró. La joven lo escuchaba, pero él estaba seguro de que no sabía de qué hablaba. Savannah podía haber conocido el deseo y el placer, pero no tenía que enfrentarse a la necesidad que hacía que algunas mujeres comprasen ciertos juguetes sexuales.

Durango observó cómo golpeaba suavemente con los dedos su taza de té. Le hizo desear que lo tocase a él del mismo modo. Aunque ella no tenía ni idea del efecto que sus gestos tenían en él. Estaba preciosa, allí sentada, escuchando sus palabras sin entenderlas del todo.

Pero acabaría entendiéndolas.

—No obstante, si prefieres que no compartamos la cama durante el tiempo que estemos casados, cumpliré tus deseos —a pesar de sus palabras, Durango esperaba que con el tiempo los deseos de Savannah fuesen los mismos que los suyos.

Ella sonrió, como si estuviese de acuerdo con lo que él había dicho.

—Supongo que ya sólo queda fijar la fecha de la boda y decidir dónde viviremos después.

—Como ya te he dicho —comentó Durango—. Yo soy flexible, pero pienso que deberíamos casarnos lo antes posible, ya estás embarazada de dos meses.

Savannah estaba de acuerdo con el hecho de casarse, pero no quería que él tuviese también que pedir una excedencia por ella. Sería más fácil que ella se trasladase a Montana. Podría trabajar desde cualquier lugar, mientras que Durango sólo podría hacer su trabajo allí.

—Creo que preferiría vivir aquí, si no te importa.

Eso lo sorprendió. ¿Una chica de ciudad en las montañas?

—¿Y tu trabajo? Pensé que viajabas mucho por todo el país.

—Sí, pero como estoy embarazada no puedo viajar tanto. Además, imagino que podré negociar algo con mi jefe, si a ti no te importa que me mude aquí.

Durango sacudió la cabeza, divertido pero encantado.

—No, claro que no me importa y pienso que conseguirás acostumbrarte a este clima.

—Claro que sí.

Durango se sintió feliz al pensar que iba a casarse con la madre de su hijo, era una felicidad que no estaba preparado para analizar.

—Entonces, ¿cuándo nos casamos?

—Lo dejo todo en tus manos —propuso Savannah—. Sólo dime cuándo y dónde quieres que esté lista.

—¿Y después te vendrás aquí conmigo?

—Sí, y estaremos casados hasta que el bebé tenga seis meses. Probablemente entonces yo vuelva al trabajo. ¿Te parece bien?

—Sí. ¿Y sigues prefiriendo una boda íntima?

—Sí, cuanto más íntima, mejor. Como ya te dije, no me importaría que nos casáramos en Las Vegas. Cuanto menos bombo le demos, mejor —le recordó ella.

—De acuerdo. Teniéndolo todo en cuenta, creo que tienes razón —admitió Durango sonriendo.

***

Ese mismo día, mientras Savannah dormía la siesta, Durango pudo sentarse, relajarse y pensar acerca de la decisión de la joven de casarse con él.

Savannah había comprendido, como él, que un periodo corto era eso, un periodo corto. No estaban hablando de «hasta que la muerte nos separe» ni tonterías de ese tipo. Hablaban de que él estuviese a su lado durante el embarazo, el parto y los primeros meses de vida del bebé.

Todo el mundo se sorprendería al enterarse de la boda, ya que sabían que no entraba en sus planes sentar la cabeza. Pero lo que no sabía es que su madre se pondría eufórica. Ya había iniciado una campaña para casar a todos sus hijos. El primero en caer había sido Jared y desde entonces siempre lo había mirado con un brillo especial en los ojos. A Durango no le importaba que Sarah Westmoreland disfrutase del sabor de la victoria, aunque fuese sólo durante unos meses.

Aunque fuese a ser corto, Durango quería que la boda fuese especial para Savannah. Pensó en otro lugar mejor que Las Vegas. Su hermano Ian había vendido hacía poco su barco y había

comprado un complejo turístico con casino en el Lago Tahoe. Él todavía no lo conocía, pero sus hermanos y primos le habían dicho que era un lugar muy bonito. Quizá ese destino tuviese más clase para celebrar allí una boda íntima.

Sonrió. Planeaba compartir con Savannah una escapada que ésta nunca olvidaría.

Ahora que había tomado la decisión, Savannah tenía que contárselo a alguien. Se lo contaría a la persona con la que compartía todos sus secretos: su hermana Jessica.

Fue a buscar su teléfono móvil y marcó el número de su hermana en Atlanta. Jessica descolgó al segundo tono.

—¡Dígame?

—Jess, soy yo, Savannah.

—Savannah, ¿qué tal por Montana? ¿Qué dijo Durango cuando se lo contaste? ¿Qué vas a hacer ahora que ya lo sabe?

Savannah sonrió, sabía que Jessica le haría un montón de preguntas.

—Todavía estoy en Montana. No he podido volver porque hay una tormenta de nieve.

—¿Dónde te estás quedando?

—Con Durango. Me ofreció su casa y acepté.

—Qué amable.

—Sí. Además, teníamos mucho de lo que hablar. Con respecto a tu segunda pregunta, creo que lo sorprendió la noticia. Al principio se mostró reacio pero después entró en razón y...

—¿Y?

—Me pidió que me casase con él.

—¡Ah! ¿Y qué le has contestado?

Savannah sabía por qué le hacía Jessica esa pregunta. Su hermana sabía mejor que nadie lo que pensaba acerca del matrimonio como resultado de un embarazo. Sus padres habían sido el ejemplo de que un matrimonio basado en la responsabilidad más que en el amor no funcionaba.

—Primero le dije que no y luego...

—¿Primero que no? —la interrumpió Jessica—. ¿Quiere eso decir que has acabado aceptando?

—Sí —contestó Savannah sonriendo—. He decidido casarme con él, por mi bebé, y sólo de manera temporal.

—No lo entiendo. ¿El qué va a ser temporal?

—Nuestro matrimonio.

Hubo un silencio y después Jessica continuó:

—A ver si lo entiendo. Durango y tú habéis decidido casaros sólo durante un periodo corto de tiempo.

—Sí —suspiró Savannah—. Vamos a casarnos y estaremos juntos hasta que el bebé tenga seis meses. Después yo podré volver a trabajar a jornada completa.

—¿Y qué haréis durante el tiempo que estéis casados?

—¿Qué haremos?

—¿Vais a dormir en la misma cama?

—No. Es una unión temporal.

—¿Pero vais a vivir juntos? ¿Bajo el mismo techo? ¿En la misma casa? ¿Vais a respirar el mismo aire?

—Sí. ¿Cuál es el problema? —inquirió Savannah frunciendo el ceño.

—Que es un Westmoreland.

—¿Y? ¿Hay algo que debería saber?

—Piénsalo, hermanita. Ya te has acostado con él antes.

—Sí, pero no estaba en mi sano juicio cuando lo hice.

—Y piensas que no vas a desearlo no estando un poco bebida.

—Honestamente, Jess, ¡claro que voy a desearlo! Durango es un hombre muy sexy. Puede que no sea tan activa en el plano sexual como otras mujeres, pero tampoco estoy muerta. Cualquier mujer tendría que estar muerta o en coma para no fijarse en él. Admito que me siento atraída por él, pero así es como tienen que ser las cosas. Puedo controlarme. No tengo por qué acostarme con un hombre por muy sexy que sea.

—Pero no estamos hablando de cualquier hombre, Savannah, estamos hablando de un Westmoreland. Confía en mí, conozco la diferencia. Cuando tienes una relación con uno de ellos, no es fácil dejarlo después.

—Jessica, pienses lo que pienses, es un hombre normal —intentó convencerla Savannah.

—Si fuese un hombre normal no estarías en la situación en la que te encuentras. De acuerdo, bebiste más champán de la cuenta esa noche, pero no puedes convencerme de que no te gustaba ya antes. Me preguntaste por él antes de la boda, ¿recuerdas? Te

interesaba. Lo vi en tus ojos. Durango se metió en tu cabeza antes de que te tomases la primera copa de champán. ¿No te dice nada eso?

—Eso me dice que me siento atraída por él —suspiró Savannah—. Eso ya te lo he dicho. Pero no te das cuenta de que ahora soy inmune a él.

—¿Y si te enamoras?

—¿Enamorarme? Por Dios, Jessica, sabes que también soy inmune a eso. Sobre todo gracias a nuestro querido padre. Además, si alguna vez pensase en ello, que no va a ocurrir, pensaría que lo único que nos une es el bebé. La única razón por la que me caso con él es para darle lo que yo no tuve, una gran familia que lo quiera, como es la familia Westmoreland, y para ofrecerle a Durango la oportunidad de crear lazos con el niño. Quiere hacerlo y a mí me encanta que así sea. A nuestro padre no le importábamos. Estaba demasiado ocupado engañando a dos mujeres como para dedicarnos su tiempo.

—En algún momento tendrás que dejar todo eso atrás, Savannah —comentó Jessica dulcemente—. No puedes dejar que lo que hizo o dejó de hacer Jeff Claiborne dicte tu vida ni tu futuro.

Savannah tragó saliva con dificultad. No era fácil superar ciertas cosas. Una de ellas eran los malos tratos de su padre hacia sus hijos y sus dos buenas mujeres.

—No puedo hacerlo, Jess, y no entiendo cómo lo haces tú. Perdiste a tu madre por su culpa.

—Sí, pero nunca pensé que todos los hombres fuesen como él, y tú tampoco deberías hacerlo.

Savannah no dijo nada durante unos segundos, y Jessica la llamó:

—¿Savannah?

—Sí —respondió la joven y luego suspiró.

—Ten cuidado.

—¿Qué tenga cuidado de qué?

—Que no te pille por sorpresa la magnitud del encanto de un Westmoreland. Cuando deciden cargar las tintas, ten cuidado. Lo creas o no, es fácil enamorarse de ellos. Confía en mí, sé lo que digo. Nunca pretendí enamorarme de Chase, ¿recuerdas? Se supone que era el enemigo. Y ahora no puedo imaginar mi vida sin él. Lo

quiero demasiado.

—Y yo me alegro por ti, Jess. Pero somos distintas. Yo nunca he creído en los finales felices y tú sí. Acepta mi decisión y piensa que para mí es la adecuada. Cuando me marche, que ocurrirá. Nadie sufrirá. Durango no me quiere, ni yo a él, pero deseamos estar juntos por nuestro hijo.

Hubo un largo silencio. Savannah no estaba segura de haber convencido a su hermana de que no tenía por qué preocuparse, pero esperaba haberlo hecho.

—¿Cuándo os casaréis?

—Le he dicho a Durango que, dadas las circunstancias, no quiero demasiado lío. Así que nos escaparemos a Las Vegas o algo así y se lo contaremos a todo el mundo después. De todos modos, dentro de unos meses, cuando empiece a parecer un globo, todos se imaginarán por qué nos hemos casado.

—¿Y no te importa?

—Claro que no. Por el momento, puedes alegrarte por mí, Jess.

—Me alegro por ti. ¿Se lo has contado ya a Jennifer y a Rico?

—No, no se lo contaré hasta después de la boda. No quiero que nadie intente disuadirme. Eres la única que lo sabe. No sé si Durango va a decírselo a alguien de su familia.

—¿Y cuándo vais a Las Vegas?

—Todavía no lo sé, pero pronto. Probablemente de aquí en quince días. Durango quiere que nos casemos lo antes posible. Me ha dicho que cuando su familia se entere de que nos hemos casado su madre querrá organizar una fiesta enorme. No me importa

—Y conociendo a la tuya, querrá hacer lo mismo.

—Y también estaré de acuerdo. Sería más fácil hacer una todos juntos. Mamá conoció a la señora Westmoreland en tu boda y se cayeron bien.

—Seguro que sí. Me emociono sólo de pensarlo.

—Emociónate todo lo que quieras —sonrió Savannah—, siempre y cuando recuerdes que el matrimonio no durará. Acabará del mismo modo que ha empezado.

—¿Y cómo es eso?

—Con unas expectativas realistas.

Capítulo 7

En cuanto Savannah salió de la habitación y vio a Durango, sus ojos se encontraron. La atracción inmediata que existía permanentemente entre ellos surgió como una chispa que se iba convirtiendo en ardiente llama.

A Savannah le habría encantado fotografiarlo, seguro que habría apreciado la imagen capturada por la lente y habría escondido rápidamente las fotografías reveladas para apartar de su mente cualquier tipo de fantasía.

—¿Qué tal la siesta?

La pregunta de Durango la hizo volver a la realidad. Como se había echado a dormir justo después de su conversación con Jessica, había cerrado los ojos pensando en él. Había soñado con él y revivido la noche que habían hecho el amor…

—¿Savannah?

La joven se dio cuenta de pronto que no le había contestado:

—Bien. ¿Quieres que cocine yo esta noche? Buscando las galletas saladas el otro día me di cuenta de que tienes todos los ingredientes que necesito para hacer unos espaguetis.

—¿Le van a sentar bien a tu estómago?

La joven rió mientras se dejaba caer en el sofá, intentado ignorar lo sexy que estaba Durango apoyado en la puerta que separaba el salón del comedor. Tenía los dedos pulgares de las manos metidos en los bolsillos de los vaqueros y la camisa que llevaba se le pegaba al musculoso torso.

—Por la noche todo me sienta bien, Durango. Es por la mañana cuando debo preocuparme. Entonces, ¿te apetecen los espaguetis? —preguntó intentando disimular la atracción que sentía por él.

—Estupendo. Así yo podré darme una ducha. Ah, quiero hablar

contigo de un par de cosas.

Savannah levantó las cejas y el cosquilleo que sentía en el estómago se apaciguó.

—¿De qué quieres hablar?

—Mientras descansabas, he hecho un par de llamadas y he realizado algunas gestiones. Dijiste que dejabas todo en mis manos y que estarías de acuerdo con todo siempre y cuando no hiciésemos una boda por todo lo alto.

—Así es.

—Tengo algunos planes con respecto a la boda y me gustaría discutirlos contigo, para estar seguro de que me das tu aprobación.

—¿Planes de boda? —repitió sorprendida, era evidente que Durango había estado ocupado mientras ella dormía—. Entonces será mejor que hablemos de ello después de tu ducha.

—De acuerdo. Vuelvo en un minuto.

Antes de salir por la puerta se dio media vuelta y preguntó:

—¿Estás segura de que no quieres que te ayude a preparar la cena?

—No, puedo arreglármelas yo sola.

—De eso estoy seguro —admitió sonriendo.

A Savannah le dio la impresión de que no se refería sólo a los espaguetis.

—Todo está muy rico, Savannah.

—Gracias —dijo intentando mirar a cualquier sitio salvo al hombre que tenía al otro lado de la mesa.

Era demasiado tentador. Después de mirar por la ventana y comprobar que seguía nevando, volvió a fijarse en lo bonita que era la cocina y en lo organizado que estaba todo, incluidas las cacerolas que...

—¿Estás bien?

La pregunta la obligó a hacer algo que intentaba evitar: mirarlo. Y sintió al hacerlo que un escalofrío recorría su espalda.

—Sí, estoy bien. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada en concreto.

Estaba sentada tan cerca de él que podía sentir su olor. Olía a hombre. Aunque eso no era comparable al aspecto que tenía cuando había vuelto a la cocina después de la ducha, con unos pantalones vaqueros y la camisa desabrochada.

—¿Estás preparada para que hablemos de los planes que he hecho?

La pregunta apartó su mente de un territorio al que no debía acercarse.

—Por supuesto.

Durango se puso en pie y empezó a recoger la mesa.

—En vez de ir a Las Vegas he pensado que sería agradable ir al Lago Tahoe.

—¿Al Lago Tahoe?

—Sí, mi hermano Ian ha comprado recientemente un complejo turístico con casino allí. He oído que es espectacular y me gustaría llevarte.

—El Lago Tahoe —repitió la joven saboreando la idea.

Había estado por esa zona hacía unos años y le había parecido muy bonita. Sonrió a Durango.

—De acuerdo. Me parece que es la mejor opción. ¿Cuándo iremos?

—Pasado mañana.

—¡Qué!

Durango sonrió al ver su expresión.

—Me parece que el mejor día para ir al Lago Tahoe es el viernes. El tiempo va a empezar a mejorar a partir de hoy y mañana puedes...

—Espera un momento —Savannah contuvo la respiración durante un instante—. Durango, no puedo casarme contigo el viernes. Tengo que volver a casa y arreglar un par de cosas. Tengo que planear la boda. Tengo que...

—Te recuerdo que vamos a fugarnos y que no querías mucho lío.

La había pillado.

—Así es. Pero no pensé que fuésemos a casarnos tan pronto.

—Cuanto antes, mejor. ¿No crees? Ya hace un par de meses que estás embarazada. Jayla empezó a engordar a partir del cuarto mes. Recuerdo que cuan-do fui a casa para el cumpleaños de mi padre ya estaba enorme, casi tanto como esta casa.

Savannah alzó los ojos al techo, esperando que Durango no hablase del mismo modo delante de Jayla. Incluso embarazadas, a las mujeres les afectaba el tema del peso.

—Estaba embarazada de gemelos, por Dios.

—¿Y cómo sabes que tú no? En mi familia ha habido muchos nacimientos múltiples. Mi padre es el gemelo del padre de Chase y ambos tuvieron gemelos a su vez. Y el tío Corey tuvo trillizos, así que todo es posible.

No era eso lo que quería oír Savannah. Prefería tener un solo bebé sano, pero aceptaría lo que viniese.

—No voy a estar preparada de aquí al viernes. No he traído ropa y tendré que comprar algunas cosas.

—En Bozeman encontrarás todo lo que necesites. Podemos salir de compras mañana.

Savannah se sintió presionada y decidió hacérselo saber.

—Siento que me estás metiendo prisa.

—En cierto modo, es verdad —aceptó Durango sonriendo—. Ahora que hemos decidido hacerlo, ¿para qué esperar? Quiero que nos casemos lo antes posible.

Savannah no podía evitar preguntarse por qué. ¿Pensaba Durango que iba a cambiar de idea? Era su hijo, pero hasta que ella no había aparecido anunciando que estaba embarazada, a él nunca le había interesado el matrimonio. Había pensado que tardarían al menos un par de semanas, incluso un mes antes de hacer nada. Había dado por hecho que se marcharía al día siguiente a Filadelfia y que planearían la boda por teléfono.

—Savannah, ¿por qué estás dudando? Debemos seguir adelante y acabar cuanto antes.

«¿Acabar cuanto antes?» No hacía falta que hablase como si casarse con ella fuese una obligación. Nadie le había pedido que lo hiciese. Casarse había sido su idea. Savannah iba a decírselo cuando Durango hizo algo inesperado. La agarró de la mano y la levantó de la silla, abrazándola.

Sorprendida, Savannah levantó la cabeza en el momento en que sus cuerpos se juntaban. Estaban muy cerca. Durango sonrió y dijo dulcemente:

—Estás intentando hacerte la dura, ¿verdad?

Ella tragó saliva. No era fácil mirarlo a los ojos.

—No lo hago a propósito.

—Entonces, ¿por qué tienes miedo? Ya he llamado a varias compañías aéreas y hay billetes y he hablado con mi hermano Ian.

Y sí —añadió Durango al ver que fruncía el ceño—, le he dicho que vamos a casarnos, pero no le he dicho por qué. Ha dicho que le encantará tenernos como huéspedes. Se está ocupando de los preparativos.

Durango estudió sus facciones y la interrogó:

—¿Tienes dudas acerca de nuestra fuga, Savannah? ¿Prefieres que nos casemos aquí y que invitemos a nuestras familias?

—No —respondió ella rápidamente—. Prefiero que las cosas sean lo más simples posible. Supongo que nunca pensé que volvería a Filadelfia casada.

—Entonces, imagino que tampoco estás preparada para volver a Filadelfia con un marido a la zaga.

—¿Vas a volver conmigo? —se sorprendió la joven.

—Sí. En algún momento tendrás que presentarme a tu familia.

A Savannah le dio vueltas la cabeza sólo de pensar en volver a Filadelfia con él.

—Ya conociste a mi familia en la boda de Chase y Jessica.

—Sí, pero como primo de Chase, no como marido tuyo. Además, estaremos recién casados y les parecerá extraño que no estemos juntos.

—Sí, pero...

—Y también quiero llevarte a Atlanta, para que conozcas a mi familia. No como hermana de Jessica, sino como mi esposa. Aunque seguramente se pregunten por qué nos hemos casado a escondidas, no es su asunto. Les diremos que nos conocimos en la boda, nos enamoramos y decidimos casarnos.

Savannah no pudo evitar sonreír ante la ridícula propuesta de Durango. Nadie lo creería, él lo sabia tan bien como ella.

—Dejemos que piensen lo que quieran —propuso Durango riendo—. Nuestra decisión sólo nos afecta a nosotros.

Savannah estaba de acuerdo en eso sobre todo después de la conversación con Jessica. Todo lo que Durango decía tenía sentido. Una vez que habían decidido casarse, ¿para qué demorarlo?

—De acuerdo, si piensas que es posible, nos iremos el viernes.

—Bien. Y hay otra cosa que debes hacer mañana.

—¿El qué?

—Ir al medico aquí. Ya te he pedido cita para mañana por la mañana.

Savannah se apartó de él enfadada.

—¿Por qué? ¿No crees que esté embarazada? ¿Quieres estar seguro antes de que nos casemos?

—No, no es eso. Sólo quiero que compruebe que estás bien. Me has asustado esta mañana y quiero estar seguro de que el bebé y tú estáis bien.

Savannah vio en sus ojos que hablaba con sinceridad.

—De acuerdo. Iré al médico si eso te hace feliz.

—Muchas gracias.

Savannah suspiró, necesitaba alejarse de Durango y dio un paso atrás.

—Voy a lavar los platos y... —propuso.

—No, tú has cocinado, así que me toca a mí recoger la cocina.

—Durango, puedo...

—Savannah, así es como van a ser las cosas. Relájate. Tú tendrás más cosas que hacer que yo en los próximos días y parece que el tiempo va a estar de nuestra parte.

La joven miró por la ventana y comprobó que había dejado de nevar. Era lo que había estado esperando, pero en vez de recoger sus cosas para marcharse a casa, iba a preparar una boda.

—Si tú te ocupas de los platos yo iré a llamar a mi jefe por teléfono. Le había dicho que volvería a la oficina el lunes.

—Está bien. ¿Savannah? —la llamó cuando ya se había dado la vuelta.

—¿Sí?

—He planeado que estemos en la misma suite, pero tiene dos dormitorios. ¿Te parece bien?

—Sí, si hay dos dormitorios me parece bien —contestó tragando saliva mientras sus miradas se cruzaban.

La sonrisa en los labios de Durango volvió hacer que sintiese un cosquilleo en el estómago.

—Entonces, todo arreglado. Luego intentaré comprar el vuelo.

Iban a escaparse al Lago Tahoe.

La noticia mantuvo a Savannah en vela toda la noche y debió afectar también a su organismo, ya que a la mañana siguiente se levantó sin nauseas.

Cuando abrió los ojos vio a Durango sentado en una silla al lado de la cama con un paquete de galletas saladas y un té.

—Buenos días.

La sensualidad de su voz tan temprano en la mañana la hizo temblar y su sonrisa no mejoró las cosas.

—Buenos días —contestó ella, incorporándose en la cama.

A pesar de apreciar su amabilidad, hubiese preferido que le diese un minuto para refrescarse: Le habría gustado peinarse y lavarse la cara.

—¿Cómo te encuentras esta mañana?

—Bien, gracias por preguntar. Por alguna extraña razón, no tengo ganas de vomitar —decidió no contarle que pensaba que era debido a su escapada

—Estoy encantado con la noticia —comentó señalando a la chimenea—. He intentado que la habitación esté caldeada durante la noche.

—Gracias —dijo ella mirando hacia el fuego.

Como no había podido dormir en toda la noche, había estado al tanto de su ir y venir.

—Vamos a estar muy ocupados hoy, porque mañana nos marchamos a primera hora.

—Eso imagino.

—Después de ir al médico, te llevaré al centro comercial. Imagino que querrás hacer las compras tú sola, así que yo iré a visitar a McKinnon y volveré a buscarte más tarde. ¿Te acuerdas de mi mejor amigo, McKinnon?

—Sí, me acuerdo de él.

Por supuesto que recordaba a McKinnon Quinn, al igual que lo recordaría un sinfín de mujeres. Un hombre de tez dorada y el pelo recogido en una coleta, cuyos atractivos rasgos reflejaban la mezcla de razas que corría por su sangre. De hecho, había parpadeado dos veces al verlo, de lo guapo que le había parecido. Pero, a pesar de eso, era en Durango en quien se había fijado de verdad.

—Te dejo sola para que te vistas —propuso Durango, levantándose y posando la taza de té y las galletas en la mesita de noche.

A Savannah le costó concentrarse en la conversación y no en el cuerpo del hombre que tenía al lado. Llevaba puestos unos vaqueros, un jersey y unas botas de cuero. Por muchas veces que lo viese así vestido, siempre le llamaba la atención.

—Gracias por las galletas y el té.

—No se merecen —contestó Durango sonriendo.

A la joven le cortó la respiración esa sonrisa y cuando Durango se dio media vuelta para mirar por la ventana, aprovechó para estudiarlo con detenimiento. Los ojos del hombre estaban fijos en las montañas, como si estuviese preocupado, y ella temió que pensase que el buen tiempo no duraría. Entonces se volvió y la sorprendió mirándolo volvió a sentir esa chispa que parecía encenderse siempre que estaban cerca.

—Será mejor que me vaya. Tengo que comprobar un par de cosas fuera antes de que nos marchemos. Esta cosa mantiene la habitación bastante caliente ¿verdad? —añadió separando su mirada de la de ella y dirigiéndola a la chimenea.

Savannah siguió su mirada. Le daban ganas de decir que era él quien mantenía la habitación caliente, y no la chimenea, pero se contuvo y contestó:

—La verdad es que sí.

Savannah tenía que admitir que le gustaba dormir en una habitación con chimenea. Se había acostumbrado al olor de la madera ardiendo, al crepitar de las llamas y al calor reconfortante que proporcionaba.

—¿Crees que podrás comer algo esta mañana? —preguntó Durango, interrumpiendo sus pensamientos.

—Prefiero no intentarlo. Tendré suficiente con las galletas. Gracias.

Poco después de que Durango saliese de la habitación, Savannah se sentó en el borde de la cama y pensó en todas las cosas que tenía que preparar para el día siguiente. Se cansó sólo de pensarlo. Pero estaba segura de que sobreviviría y, en cierto modo estaba deseando ir al médico.

Tembló al pensar que Durango compartiría la experiencia con ella.

Capítulo 8

—¿Cómo está el bebé? —Durango interrogó al doctor con nerviosismo.

Savannah, tumbada boca arriba, miró a Durango, que estaba a su lado. Había sentido la preocupación en su voz y había visto que su rostro se ensombrecía.

Miró después a la doctora Patrina Foreman, que era mucho más joven de lo que ella se había imaginado. Era una mujer muy atractiva, de unos veintiocho años. Savannah se había dado cuenta enseguida de que, a pesar de su juventud, era sin duda alguna competente. La doctora Foreman les había contado que su madre, su abuela y su bisabuela habían sido matronas, pero que ella había decidido estudiar Medicina para poder ofrecer a sus pacientes lo mejor de ambos mundos: tratamientos médicos modernos y la atención personal de una matrona.

La doctora levantó la vista del gel que estaba poniendo en el vientre de Savannah y sonrió antes de decir:

—Escucha esto un momento y dime qué opinas.

Y entonces oyeron por primera vez el suave latir del corazón de su hijo. Savannah se sintió más emocionada de lo que esperaba y se dio cuenta de que era verdad que iba a tener un bebé.

Las lágrimas, también inesperadas, empezaron a recorrer sus mejillas y miró a Durango, que sin duda alguna estaba tan emocionado como ella. Él tocó su hombro con firmeza y en ese momento Savannah supo que pensasen lo que pensasen el uno del otro, sintiesen lo que sintiesen, su embarazo era real y estaban oyendo la prueba de ello. No cabía duda de que la experiencia tenía la misma trascendencia para ambos.

—¿No lo habías oído antes? —preguntó Durango dulcemente.

—No. Es la primera vez.

—No hay nada como unos padres que escuchan por vez primera el latido del corazón de su bebé —comentó la doctora Foreman en voz baja—. Siempre es especial y emocionante. Me parece que el corazón está sano y suena con fuerza.

—Es verdad —rió Durango—. Esto es nuevo para mí y estaba un poco preocupado.

—Tienes derecho a preocuparse, pero tanto la madre como el bebé están bien —respondió la doctora, retirando el aparato del estómago de Savannah—. Sigue tomándote las vitaminas prenatales, a ver si las náuseas pasan pronto —le dijo sonriendo.

—Me gustaría que pasasen del todo —dijo Durango inquieto—. ¿Sufre el bebé con las náuseas?

—No debería. Pero podríamos tener un problema si Savannah vomitase todo lo que come y bebe o si empieza a perder peso. Si no, las náuseas matutinas son una buena señal de que el embarazo sigue progresando —contestó la doctora Foreman.

La doctora abrió un armario y sacó una caja que tendió a Savannah.

—Esto quizá pueda ayudarte. Son las pulseras de digitopuntura que dan los médicos a las personas que van a hacer un crucero para que no se mareen. Muchas de mis pacientes aseguran que son muy efectivas para las náuseas matutinas.

Durante los siguientes diez o quince minutos, la doctora Foreman hizo unas preguntas a Savannah y a Durango. Y los felicitó cuando él mencionó que se iban a casar.

—Me ha gustado mucho la doctora —comentó Savannah cuando salieron de la consulta—. No pensé que fuese tan joven.

Durango sonrió al tiempo que conducía a la joven fuera del edificio, hacia donde había aparcado su todoterreno.

—Sí, Trina es joven, pero he oído que es una de las mejores. Ha nacido y crecido aquí, y su marido Perry fue el sheriff. Lo mataron hace unos años cuando intentaba detener a un recluso que se había fugado.

—Qué horror.

—Sí —admitió Durango—. Perry era una buena persona, todo el mundo lo quería y lo respetaba. Trina y él estaban juntos desde que eran unos niños.

Durango abrió la puerta del coche y ayudó a Savannah a instalarse y a abrocharse el cinturón de seguridad.

—¿Fue una coincidencia o compraste este coche adrede? —rió Savannah. El modelo se llamaba como él, Durango.

—No fue una coincidencia. Tenía que sacarle partido, después de que Dodge se tomase las molestias de ponerle mi nombre a un todoterreno —declaró arrogantemente, dedicando a Savannah ese tipo de sonrisas que la hacían estremecerse.

—Además —añadió mirándola a los ojos—. Se conduce de manera suave y placentera, como yo.

Savannah no supo qué decir, ella conocía mejor que nadie la intensidad y la suavidad de Durango. Eso la llevó a recordar los inolvidables momentos que habían compartido en la cama.

La joven lo observó mientras daba la vuelta para instalarse en el asiento del conductor.

—¿Me vas a llevar ahora al centro comercial? —lo interrogó intentando tranquilizarse. Si le estaba costando no pensar en él en ese momento, no quería ni imaginarse cómo sería una vez que estuviesen casados.

—Sí. Supongo que encontrarás todo lo que necesites. ¿Quieres que me quede contigo a hacer las compras?

—No, no es necesario —respondió rápidamente, sabiendo que necesitaba un poco de distancia—. Si hay algo que una mujer puede hacer sola es ir de compras.

Lo miró de reojo y se preguntó qué pensaría realmente Durango acerca de su matrimonio, y necesitó que éste le confirmase que todavía quería seguir adelante.

—¿Durango?

—¿Sí?

Se detuvieron en un semáforo y Savannah supo que él la estaba mirando, aunque ella no pudiese devolverle la mirada y mantuviese la cabeza al frente.

—¿Estás seguro de que quieres casarte?

—Sí, estoy seguro —admitió en una voz tan baja y ronca que la joven no pudo evitar mirarlo a los ojos.

Él sonrió y ella le devolvió la sonrisa. La intensidad de su mirada era tal que Savannah hubiese preferido no sumergirse en ella.

—Estoy todavía más seguro, después de escuchar el latido del

corazón de nuestro bebé. Ha sido una experiencia inexplicable. Y, según Trina, ya tiene todos sus órganos vitales. No es un conjunto de células, es un ser humano. Un ser humano que hemos creado nosotros y con el que deseo estar conectado más que nunca.

Savannah suspiró aliviada. No deseaba que Durango se arrepintiese de casarse con ella.

Bozeman, una de las pequeñas ciudades más llena de contrastes de las Montañas Rocosas, era conocida por su hospitalidad y por sus pistas de esquí. Era una ciudad que atraía no sólo a los turistas, sino también a familias que querían establecerse en un lugar con buena calidad de vida.

Durango se dirigió directamente al centro comercial y aparcó. Acompañó a Savannah al interior, diciendo que él también quería comprar un par de cosas, y le dio su número de teléfono móvil para que pudiese localizarlo si acababa pronto.

En cuanto se separaron Savannah se centró en su misión y fue recorriendo las tiendas. Un par de horas más tarde ya había comprado todo lo que necesitaba e incluso se había dado algún capricho, como un par de camisones de Victoria's Secret. No lo había hecho por Durango, sino porque a ella le gustaba sentirse sexy.

Llamó a Durango a su teléfono móvil, quien le dijo que acababa de llegar al aparcamiento y sugirió quedar en la zona de restaurantes que había en el medio del centro comercial, donde conocía un buen lugar para cenar.

En cuanto lo vio, su pulso se aceleró. Mientras Durango se dirigía hacia ella con paso firme, varias mujeres se volvieron a mirarlo. Savannah se sintió al mismo tiempo orgullosa y un poco celosa.

Pero se obligó a rechazar esa última emoción. No se pertenecían el uno a otro. Sin embargo, mientras acortaba la distancia que los separaba, vio que la observaba con la misma mirada oscura y profunda con la que la había mirado la noche de la boda de Chase y Jessica.

Y como si fuese la cosa más natural del mundo, cuando llegó a su lado, se agachó y la besó. Sorprendida, la joven devolvió el beso brevemente y sintió que el corazón se le salía del pecho.

—¿Has hecho muchas cosas? —preguntó Durango separando sus

labios húmedos de los de ella.

Savannah afirmó con la cabeza, incapaz de articular al principio ni una sola palabra.

—Sí —contestó por fin—. Creo que tengo todo lo que necesito y que he encontrado un vestido apropiado para mañana.

Durango sonrió y tomó su mano para conducirla hasta el restaurante donde iban a cenar.

—Estoy seguro de que es más que apropiado. Apuesto a que es perfecto para la ocasión y estoy deseando vértelo puesto.

Esa misma noche, mientras hacía la maleta, Savannah tuvo que admitir que había sido un día maravilloso. Primero la visita a la ginecóloga y el paseo en coche hasta el centro comercial. Y después la cena en el restaurante. La comida estaba deliciosa y la compañía de Durango había sido excelente. A la luz de las velas, le había hablado de su negocio de cría de caballos con McKinnon.

Al cerrar la maleta, la joven sonrió al recordar el mensaje que Jessica había dejado en el contestador de Durango, diciéndoles que se verían en el Lago Tahoe al día siguiente. Una parte de Savannah se había sentido eufórica y aliviada al comprobar que la cabezota de su hermana asistiría a su boda. A Durango también parecía agradarle la idea de que fuese su primo.

Savannah oyó que llamaban a la puerta de su habitación.

—Adelante.

Durango entró vestido con unos pantalones de deporte y una camiseta, y con una toalla alrededor del cuello.

—Iba a darme un baño en el jacuzzi y he pensado que a lo mejor te apetecía venir.

—Pero hace frío fuera.

—Sí, pero en cuanto te metas en el jacuzzi no te darás ni cuenta. Es lo mejor para relajar los músculos cansados. Pruébalo. Te aseguro que te gustará.

Savannah pensó en todo lo que había caminado ese día y decidió que sonaba bien lo del baño en el jacuzzi. No obstante…

—¿Cabemos los dos?

Meterse a presión en un jacuzzi con Durango era demasiado.

—Sí, caben cinco o seis personas sin problema.

Savannah accedió. No tenían por qué estar pegados el uno al otro.

—De acuerdo, voy a ponerme el bañador.

La joven se había comprado uno ese mismo día y ya lo había metido a la maleta.

Cuando Durango salió de la habitación, Savannah se cambió y dio gracias que el bañador que había comprado no fuese demasiado provocativo. La atracción entre ellos era suficiente como para echar más leña al fuego.

—Pensé por un momento que iba a tener que entrar a buscarte.

—Lo siento —se excusó mientras metía los pies en el agua—. Mi madre llamó justo cuando iba a salir.

—¿Le has contado cuáles son nuestros planes para mañana?

—Sí —confirmó Savannah rápidamente al tiempo que se quitaba la bata y se metía en el agua. No pudo contener un pequeño gemido de placer.

—No le he dado demasiados detalles —continuó la joven una vez que se hubo acomodado—. Le he dicho que ya hablaremos largo y tendido cuando regrese de París. Pero es muy lista, así que estoy segura de que se imagina que queremos casarnos en la intimidad.

Durango estudió sus ojos, ya que su cara era lo único que sobresalía del agua. El resto estaba completamente sumergido, desde los hombros a las puntas de los pies.

—¿Sabe tu madre que estuvimos juntos? —preguntó mientras pensaba que le gustaría tener rayos X en los ojos para poder ver su cuerpo a través del agua. A pesar de que Savannah había intentado meterse rápidamente en el agua, había podido ver sus curvas durante un instante. El bañador que llevaba era sexy y le sentaba muy bien.

—En cualquier caso, yo no se lo he contado —respondió Savannah sacándolo de sus pensamientos—. Pero cuando quedamos a comer el mes pasado mencionó que no había podido evitar notar que nos mirábamos.

Savannah decidió omitir que su madre también se había dado cuenta de que habían salido juntos de la sala de fiestas.

—Ah, qué bien se está —comentó mientras sentía cómo el agua caliente relajaba sus cansados músculos—. Y tenías razón, no hace frío.

—Me alegro. Por cierto, no hace falta que te sumerjas del todo,

prometo que no voy a saltarte encima —bromeó Durango.

—Ya lo sé. Lo que pasa es que no quería congelarme.

—Bueno, pues ahora que ya has comprobado que no hace frío...

Savannah respiró hondo y se incorporó sacando parte del cuerpo del agua. Cuando el agua caliente y burbujeante le llegó a la cintura, como a él, sintió un cosquilleo en el estómago. Durango la observaba. Su bañador era decente, pero resaltaba su pecho.

—Me gusta tu traje de baño. Al menos lo que he visto hasta el momento —dijo Durango en voz baja, con tono íntimo.

—Gracias —contestó mirando a su alrededor—. ¿Por qué decidiste poner aquí el jacuzzi?

Él la miró fijamente, sabiendo que intentaba desviar su atención de ella.

—Fue fácil, lo he construido a partir de una de las fuentes de agua caliente que hay en mi propiedad.

—Ah, ¿hay más de una?

—Sí —sonrió, sabiendo que ya habían hablado de eso antes—. Pero espero que no pretendas que te las enseñe todas esta noche.

Durango apoyó la espalda en la pared del jacuzzi y sacó deliberadamente una de las piernas, tocando la suya como si fuese un accidente. Savannah dio un grito ahogado y retrocedió para dejarle más espacio.

—¿Vas a algún sitio? —preguntó él inocentemente.

—No. Sólo quiero dejarte más sitio.

—No necesito más sitio.

—No soy tonta —murmuró la joven.

—¿Has dicho algo?

—No, sólo pensaba en voz alta.

Antes de que pudiese darse cuenta Durango estaba sólo a unos centímetros de ella.

—¿Qué has dicho?

Savannah tomó aire. No sólo tenía el rostro de Durango muy cerca del suyo, sino que podía sentir el calor que desprendía su cuerpo.

—¿Te he dicho alguna vez lo mucho que me gusta besarte, Savannah?

Una oleada de deseo recorrió el cuerpo de la joven, de los pies a la cabeza.

—No lo recuerdo —respondió, viendo cómo sus labios se acercaban cada vez más a los de ella.

—Pues permíteme que te diga que tienes un sabor único.

—¿De verdad?

—Sí, tan dulce que podría pasar horas probándolo.

—Ningún hombre me había dicho eso antes.

—Quizá es porque no habías besado al hombre adecuado.

—Quizás.

—Aunque me has negado el derecho a compartir cama durante nuestro matrimonio, no me has negado el derecho a besarte, ¿verdad?

—Ah, no —. «Pero quizás debiera hacerlo», pensó rápidamente Savannah.

—Bien, porque voy a besarte todas las veces que pueda.

Savannah mantuvo la respiración mientras él se acercaba, la abrazaba por la cintura y recorría sus labios con la punta de la lengua antes de introducirla en su boca. Gimiendo de placer, Savannah le devolvió el beso y sus lenguas se entrelazaron. Unos segundos más tarde sus cuerpos estaban pegados y pudo sentir su calor y su erección dura y firme entre sus piernas.

Savannah quería retroceder, dejar de jugar con fuego, no ceder a la tentación, pero no podía. Sus piernas estaban débiles, le temblaban los muslos y su boca se dejaba llevar por la de Durango. Cuando éste recorrió su cuerpo para acariciar sus pechos a través de la suave y fina tela del traje de baño, Savannah casi perdió la razón. Se habría desmayado si sus manos no hubiesen seguido abrazándola con fuerza.

Durango se separó de ella lo suficiente como para susurrar en sus labios:

—También me gusta acariciarte. Todo tu cuerpo desprende calor.

Savannah estuvo a punto de decirle que era gracias a él que tenía tanto calor, pero en ese momento Durango volvió a meter la lengua en su boca y ahí acabó la conversación. Su corazón dio un vuelco cuando sintió que la mano que Durango tenía sujetándole la cintura descendía y se perdía entre sus piernas, a través de la suave tela del traje de baño. Las sensaciones que esto produjo casi la hicieron gritar.

—Ya sé que estoy entrando en una zona prohibida —le dijo él con una voz que la excitó todavía más—. Pero sé que me deseas. Que te gusta cómo te hago sentir, Savannah. Estoy tan excitado como tú. Desde hace dos meses, me despierto por la noche y pienso en nosotros, en lo bien que lo pasamos aquella noche, en lo a gusto que estuvimos y podríamos estar juntos.

Mientras hablaba, su dedo pulgar seguía acariciándola, enloqueciéndola de deseo y Savannah dejó caer la cabeza sobre su pecho y se dejó llevar por la pasión.

—¿No crees que nos va a resultar difícil compartir una casa, con lo apasionados que somos los dos? —le susurró Durango al oído.

—Sí. Estoy segura de ello —admitió la joven.

—Pero juro por mi honor que respetaré tus deseos y... a no ser que cambies de idea. Entonces, nada podrá detenerme, Savannah.

Savannah no supo qué decir. Y cuando pensó en lo que ocurriría si cambiaba de opinión, todavía con sus dedos acariciándola, un placer intenso nació entre sus piernas y recorrió todo su cuerpo y ella lo llamó por su nombre. Utilizando sólo las manos y sin llegar a traspasar la barrera de su ropa había conseguido llevarla al límite.

Durango apartó el pelo de la joven con cuidado y la besó, bebiendo su propio nombre de sus labios, mientras su boca hambrienta la devoraba.

Cuando necesitó respirar, Savannah separó su boca de la de él. Lo primero que notó fue que sus piernas estaban alrededor del cuerpo de Durango. No recordaba haberlas puesto ahí, pero el beso de Durango había sido tan intenso que sólo podía pensar en eso.

Respiró hondo, Jessica tenía razón. No era un hombre como los demás. Era un Westmoreland, y los Westmoreland nunca hacían las cosas a medias. Su embarazo era prueba de ello. ¿Qué hombre hubiese podido hacerla gritar su nombre extasiada y todavía con ropa?

Lo miró para decirle algo, pero él volvió besarla. Fue un beso lento, prolongado y tan apasionado como los anteriores.

Cuando se retiró, sus ojos oscuros la observaron con intensidad y su voz sonaba tensa cuando insistió:

—Savannah, de verdad pienso lo que te he dicho. Quiero volver a hacer el amor contigo, pero si tú no estás de acuerdo, no iremos más allá de un beso.

Ella asintió con la cabeza y cerro los ojos, sabiendo que Durango respetaría los límites que había establecido. Pero también sabía que intentaría romper sus defensas a costa de besos. Cuando sintió que se separaba de ella, abrió los ojos y lo vio salir del jacuzzi. Su traje de baño mojado era como una segunda piel, y la evidencia de su deseo seguía estando a la vista.

Durango se secó en silencio y le sonrió con complicidad.

—Mañana es nuestra boda y sea cual sea el motivo por el que nos casamos, pretendo que sea un día especial para ti. Para los dos.

Momentos más tarde, cuando la puerta del patio se cerró detrás de él, Savannah se sumergió en el agua y sintió que faltaba el calor de Durango. Lo quisiese o no, una parte de ella estaba deseando que llegase el día siguiente para convertirse, aunque sólo fuese temporalmente, en la esposa de Durango Westmoreland.

Capítulo 9

Al día siguiente, cuando entraron en el Rolling Cascade Casino and Resort, Savannah se quedó sin palabras. Como fotógrafa, había viajado a muchos sitios pintorescos, pero aun así no estaba preparada para el viaje en coche que la llevó desde Reno hasta el complejo turístico que Ian Westmoreland regentaba en el Lago Tahoe.

La pareja había volado hasta Reno, donde había alquilado un coche para llegar hasta el Lago Tahoe. Habían decidido tomar la que Durango había dicho que era la carretera turística; las vistas eran espectaculares y ella le había pedido más de una vez que detuviese el coche para tomar fotografías de las montañas nevadas, de las enormes rocas y de los arbustos y pinos que crecían casi hasta en el borde del lago.

Sólo a unos minutos de Stateline, en Nevada, el Rolling Cascade parecía diferente a todos los casinos por los que habían pasado. El complejo de Ian era un edificio con un bonito diseño que dominaba el Lago Tahoe y que estaba rodeado de tiendas con cosas típicas de la región, ropa y restaurantes.

Durango había explicado que el Cascade había estado vacío casi durante un año después de que se descubriese que el anterior dueño lo había estado utilizando como tapadera de una operación ilegal. Cuando salió a la venta, Ian y sus inversores estaban preparados para volver a poner el negocio en marcha. El huracán Katrina le había impedido seguir su ruta en barco por el Mississippi.

Ian había remodelado el establecimiento para que fuese por sí solo una pequeña comunidad. Llevaba abierto seis meses y ya había conseguido unos beneficios sorprendentes y estaba resultando ser una dura competencia para los casinos de los alrededores.

—Es un lugar precioso —comentó Savannah cuando Durango detuvo el coche.

En unos segundos, el personal del complejo estaba dándoles la bienvenida y ayudándolos con las maletas.

Durango sonrió al tiempo que colocaba su musculoso brazo alrededor de los hombros de la joven y ambos entraron en el edificio. El interior era tan impresionante como el exterior. Durango se detuvo y miró a su alrededor, dejando escapar un silbido de admiración. Poco después comentó:

—Esta vez Ian se ha superado. Me parece que ha encontrado su vocación.

—Estoy de acuerdo contigo, hermano.

Durango y Savannah se volvieron, un Ian sonriente se encontraba justo detrás de ellos. Dio a su hermano un cariñoso abrazo y se inclinó para besar a Savannah en la mejilla.

—Me alegro de que os guste.

—Nos encanta —replicó Savannah, devolviéndole la sonrisa y pensando que todos los hermanos y primos Westmoreland se parecían. Todos eran altos, morenos y guapos; no obstante, la barba corta de Ian añadía un toque desenfadado a su imagen.

—Gracias a ti por acogernos —añadió ella.

—No tienes por qué darme las gracias. Ya era hora de que Durango bajase de las montañas y viajase a otro lugar que no fuese Atlanta. Además, un Westmoreland no se casa todos los días. Acompañadme a recepción. He reservado la capilla para las cinco de la tarde. Así podréis descansar y relajaros antes de la ceremonia.

—¿Han llegado ya Chase y Jessica? —preguntó Durango.

—Sí, hace un par de horas, la última vez que los he visto iban a dar un paseo por las tiendas. Y tengo una sorpresa para ti, Durango —añadió Ian con una enorme sonrisa.

—¿El qué?

—Ha llamado McKinnon. Se ha cancelado la cita que tenía para hoy y ha conseguido un vuelo para llegar a tiempo a la boda.

Durango sonrió contento de que su mejor amigo pudiese asistir a la boda.

En menos de diez minutos, Durango y Savannah estaban entrando en lo que llamaban una suite, aunque a Savannah le pareció más bien un apartamento de tres habitaciones, dos baños completos, una

chimenea gigante, cocina y un bonito balcón que daba al Lago Tahoe.

Savannah suspiró aliviada al ver las tres habitaciones, aunque cada una de ellas hubiese podido ser una suite principal. No quería repetir la tentación a la que se había enfrentado la noche anterior en el jacuzzi y agradeció que el lugar fuese tan espacioso.

—Elige el dormitorio que prefieras —propuso Durango.

—Como he traído tantas cosas, prefiero el más grande, si no te importa.

—No, no me importa —dijo sonriendo al tiempo que se miraba el reloj—. Tenemos un par de horas libres. ¿Quieres que demos un paseo alrededor del lago?

—Me encantaría. Ian ha sido muy amable dejándonos esta suite, ¿verdad?

—Sí, puede ser muy agradable cuando quiere. Pero otras veces es un pesado.

Savannah sabía que estaba bromeando. Cualquiera que pasase algo de tiempo con los Westmoreland se daba cuenta enseguida de que estaban muy unidos.

—Dame un par de minutos para que me refresque, ¿de acuerdo?

—Por supuesto.

Cuando llegó a la habitación, Durango la llamó.

—Ian ha mencionado que hay un jacuzzi privado en la duodécima planta si queremos utilizarlo.

A Savannah le vinieron a la mente imágenes de la noche anterior y del beso que se habían dado. Sólo de pensarlo se le encogió el estómago.

—Me parece que prescindiré de él.

—¿Estás segura?

—Al cien por cien.

—Si no conociese la historia pensaría que a Durango y a ti os hace ilusión la boda.

Savannah miró a su hermana mientras se ponía el vestido de novia. Se habían encontrado con Chase y Jessica cuando paseaban alrededor del lago. Jessica había propuesto a Savannah ayudarla a vestirse para la ceremonia. Durango se vestiría en la habitación de Chase y Jessica. Así los novios no se verían antes de la boda.

—Te estás imaginando cosas. Durango y yo hemos llegado a un

acuerdo por nuestro hijo. Ésa es la única razón por la que nos casamos.

Jessica Claiborne Westmoreland abrazó a su hermana riendo.

—Eh, qué más da, en cualquier caso, hacéis buena pareja.

Savannah miró a Jessica con exasperación.

—Y yo te repito que te estás imaginando cosas.

—Si no quieres que me imagine cosas, explícame esto —pidió señalando toda la ropa interior sexy que había fuera de la maleta—. Si no es para que Durango lo disfrute, ¿para quién es?

—Para mí, ya sabes que me gusta acostarme sexy —replicó arrebatándole a Jessica el negligé que ésta tenía en las manos y volviendo a ponerlo encima de la cama.

—Durango y yo no vamos a compartir cama, así que no le importa lo que lleve puesto.

Jessica sacudió la cabeza, miró a Savannah fijamente y preguntó:

—¿Todavía no te has enterado?

—¿Enterarme de qué?

—De que no se juega con los hombres Westmoreland. ¿Cuánto tiempo crees que vas a poder luchar contra la intensa atracción que sentís el uno por el otro? Incluso hoy lo he visto mirarte cuando no te dabas cuenta. Eso es lo que hacíais los dos en mi boda.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que ya sabes lo que pasó entre vosotros cuando estuvisteis solos en la habitación.

—Habíamos bebido demasiado champán, Jess. Eso no va a volver a ocurrir porque estoy embarazada y no voy a beber alcohol.

—No hace falta alcohol para sentirse embriagada. La química sexual puede hacerte perder la cabeza.

—No tengo pensado perder la cabeza.

—¿Y el corazón?

—Eso, tampoco. Así que dime qué tal estoy.

Jessica la miró y se mantuvo en silencio. Le había gustado el vestido corto blanco de encaje en la mano. Pero puesto, a Savannah le sentaba como un guante y era adecuado para la ocasión. Savannah estaba tan guapa que a Jessica casi se le saltan las lágrimas.

—Bueno, ¿qué opinas? —volvió a preguntar Savannah.

—Estás preciosa y siento que Jennifer no esté aquí para verte —respondió Jessica emocionada.

—No exageres. Esta boda no es un gran acontecimiento. Recuerda que sólo nos casamos por el bebé.

Jessica volvió a tomar una prenda de lencería de encima de la cama y se la mostró a su hermana.

—¿Y cuándo le vas a contar a Rico que eres una mujer casada?

Savannah cerró la maleta de un golpe.

—Durango y yo llamaremos a todo el mundo y les daremos la noticia cuando volvamos. Pensábamos ir a Filadelfia y a Atlanta la semana que viene a dar el bombazo, pero otro de los guardas forestales está de baja y Durango no podrá tener unos días libres hasta el mes que viene. Quizá sea lo mejor, así se irán haciendo a la idea.

—Tengo ganas de ver la reacción de los Westmoreland cuando oigan la noticia. Durango es la última persona a la que se imaginan casado.

—Sí, pero te recuerdo una vez más que sólo lo hacemos porque estoy embarazada, no lo olvides.

—Después de ver toda esa ropa sexy que has traído, habrá que ver si no eres tú la que lo olvida.

Durango se volvió al sentir la presencia de Savannah en la capilla. Se quedó sin aliento al ver lo bien que le sentaba el vestido. Era perfecto. La perfección no podía mejorarse, pero en el caso de Savannah la añadía el collar de perlas que llevaba alrededor del cuello y su pelo flotando como una cortina de seda, resaltando el color avellana de sus ojos. Era el sueño de cualquier hombre.

—Tu novia es una mujer muy guapa, Rango. No sé si eso es buena señal.

Durango levantó una ceja y volvió la vista hacia el hombre que estaba a su lado. McKinnon Quinn era la única persona a la que había contado la verdadera razón de su matrimonio, aunque estaba seguro de que Chase también la conocía.

—No te preocupes por mí.

—Me alegro de que no sea mi problema —rió McKinnon—. Estoy seguro de que una mujer así me haría pasar por momentos de debilidad.

Durango esperaba ser más fuerte que McKinnon si llegaba el

momento. Miró a Chase y a Ian, preguntándose si pensarían como McKinnon, ya que habían dejado de mirar a Savannah para mirarlo a él.

Poco después, Durango estaba de pie al lado de Savannah frente al hombre que celebraba los matrimonios en el Cascade. Durango no tuvo ningún problema en decir «Sí, quiero» a todo lo que el hombre preguntó, ya que pensaba cumplir con los votos del matrimonio mientras durase.

Aunque había estado pendiente de todo lo que le habían preguntado, no había olvidado a la mujer que tenía al lado. Su sutil perfume lo estaba atontando. Podía despertar en él sentimientos que era mejor dejar aletargados. Y ese día más que ningún otro, le ardía todo el cuerpo sólo de pensar en el jacuzzi de la noche anterior.

—Yo os declaro marido y mujer. Puede besar a la novia.

Las palabras del hombre hicieron despertar a Durango y darse cuenta de que la ceremonia había terminado. Era un hombre casado y debía sellar los votos con el tradicional beso. Se volvió hacia Savannah y vio que estaba tensa a pesar de su sonrisa.

En esos momentos hubiese querido asegurarle que todo iba a salir bien y que habían hecho lo mejor para su hijo. Acarició su mejilla con los nudillos mientras la miraba a los ojos y sintió que se relajaba.

Cuando vio un gesto de satisfacción en sus labios se acercó a ella. Pretendía darle un beso rápido. Pero cuando sus labios se tocaron, lo invadió el deseo y la besó con tanta fuerza que se sorprendió a sí mismo.

El sentido común le dijo que no era el momento de hacer semejante demostración de pasión, pero introducir la lengua en su boca, abrazarla por la cintura y pegar su boca a la de ella parecía tan natural como respirar. Y las manos de Savannah presionándole los hombros no lo ayudaban en absoluto.

Para que parase, McKinnon tuvo que tocarle el hombro y decir en voz alta:

—Veo que estos dos empiezan bien.

—Me gustaría que no le contaseis nada de esto a la familia todavía —pidió Durango a Ian y a Chase en privado unos minutos después de la ceremonia—. Quiero ser yo quien lo haga.

Ambos asintieron. E Ian comentó:

—A mamá no le va a gustar no haber estado presente.

—Ya lo sé, pero Savannah y yo queríamos que fuese así.

—¿Cuándo se lo vais a decir a todo el mundo? —inquirió Chase. No era fácil guardar un secreto en la familia Westmoreland.

—Llamaré a todo el mundo cuando volvamos. En cuanto se lo cuente a mamá, la noticia correrá como la pólvora. Pero no podré ir a casa hasta dentro de otro mes más. Uno de los guardas forestales está de baja y falta personal.

—Seguro que cuando vayas a casa la tía Sarah te organiza una fiesta por todo lo alto —rió Chase—. Es posible que se sienta decepcionada al principio, pero estará encantada de que se haya casado otro de sus hijos.

Durango asintió, sabía que tenía razón.

—No me importa que organice una fiesta —dijo pensando en que su madre se sorprendería al ver a Savannah, ya que por entonces empezaría a notársele el embarazo. Entonces, Sarah Westmoreland tendría dos motivos para estar contenta. Otro de sus hijos se había casado y esperaba a su primer bebé.

—Tu esposa viene a buscarte para que os toméis más fotos —comentó Ian socarrón.

Había sido él quien había contratado un fotógrafo para la ocasión. Quería tener muchas fotografías para cuando su madre se enterase de que se habían casado en secreto. Aunque Durango no le había contado por qué quería una boda íntima, Ian pensó que conocía lo suficientemente bien a su hermano como para saber que sólo había una razón por la que un soltero como él se casaría. El tiempo diría si tenía razón.

—Savannah es una mujer muy guapa —dijo Ian, seguro de que su hermano ya lo sabía.

—Lo es, ¿verdad? —admitió Durango.

—Eres un hombre con suerte —decidió añadir Ian.

Durango siguió observando a Savannah mientras ésta se acercaba y no pudo evitar estar de acuerdo con su hermano.

Aproximadamente una hora más tarde Savannah estaba saliendo de la ducha. Echó un vistazo al baño y se dio cuenta de que en la bañera cabían al menos cuatro personas.

Se preguntó qué haría Durango en esos momentos. Después de

cenar con Ian, Chase y Jessica, habían vuelto a su suite, se habían dado las buenas noches y se habían ido cada uno a su dormitorio.

Estaba en parte decepcionada porque no le había dado un beso de buenas noches. Pero sabía por qué no lo había hecho. Un beso podía llevar a otro, luego a otro, y finalmente, a algo que ninguno de los dos podría controlar. Durango pretendía mantener las distancias y ella se lo agradecía.

Estaba tan guapo en la ceremonia que, durante un segundo, Savannah había deseado que la boda fuese real. Pero sabía que no era posible. Un año más tarde se marcharían cada uno por su lado. Después de todo, no era más que un matrimonio de conveniencia.

Pero aun así...

¿Sería tan malo tener a Durango como amante temporal? Era sorprendente cómo podía ansiar tanto algo de lo que unos meses antes había podido prescindir completamente. Antes de la noche que había pasado con Durango había quedado con chicos, pero nunca se había acostado con ninguno de manera ocasional. No había hecho el amor con nadie después de romper con Thomas Crawford y no lo había echado en falta. Pero todo había cambiado la noche en la que Durango y ella concibieron el bebé. Desde entonces, había sido consciente de su cuerpo y de sus necesidades.

Durango y la noche que habían pasado juntos le habían dejado algunos recuerdos perdurables y vividos, y le habían hecho pasar un momento especial.

Miró hacia la cama y vio el camisón con el que iba a dormir aquella noche. Sola. Si decidía tener una relación íntima con Durango, debería recordar que sería una relación sin compromiso. No se amaban. Eso haría que las cosas fuesen más fáciles emocionalmente cuando llegase el momento de separarse.

Atravesó la habitación y tomó el camisón escotado y corto, casi inexistente, de color carne y pensó en el beso que se habían dado después de que el hombre anunciase que eran marido y mujer. Todavía podía sentir el calor de sus labios y sólo de pensar en el beso de la noche anterior en el jacuzzi se estremeció. Había algo en Durango Westmoreland que la hacía entrar en calor. Jessica tenía razón. Los Westmoreland no eran como los demás.

Durango también había tenido razón. No era posible pensar en estar casados, aunque fuese por poco tiempo, sin que existiese la

posibilidad de compartir cama. Savannah se daba cuenta en ese momento. Algunos matrimonios lo eran sólo de fachada, pero el suyo tendría que ser de fachada y de cama. Y ella sería capaz de llevarlo bien porque una vez que acabase el matrimonio, volvería a vivir sola. Se concentraría en educar a su hijo. No tendría tiempo para hombres. Para ser franca, no le importaría no volver a tener otro amante. Su aventura con Durango sería suficiente.

Sabía que le había dicho a Durango que acatase su decisión hasta que ella quisiese que las cosas cambiasen. Bueno, pues acababa de decidirlo. Quería que las cosas cambiasen.

Savannah vio a Durango nada más salir de su habitación. Estaba en el balcón, mirando el lago. Tenía el pecho desnudo y llevaba un pantalón de pijama de seda negro. El pecho y los hombros musculosos parecían atraer los débiles rayos de la puesta de sol, lo que hacía que su piel brillase todavía más. Le hubiese gustado tener tiempo para ir a por su cámara y hacerle unas fotos para preservar esa imagen tan imponente.

Continuó observándolo. Se le aceleró el pulso y el calor que había encendido él esa misma tarde con su beso se convirtió en una llama que ardía sólo con verlo. Entonces, como si hubiese sentido su presencia, Durango se volvió y la miró a los ojos.

Se quedaron así un momento, separados mientras se establecía entre ellos una tensión sexual que ya conocían de Atlanta, y Savannah se sintió derretir bajo la intensa mirada de Durango.

El avanzó despacio, acortando la distancia que los separaba, sin hacer ruido con los pies descalzos sobre la moqueta. Savannah se preguntó si sabía el efecto que tenía sobre ella, o si era consciente de lo bello que era.

Normalmente no se hablaba de la belleza de un hombre pero, en este caso, no estaba de acuerdo. Durango Westmoreland era atractivo, guapo y devastador. Pero también era bello como hombre. Eran bellos la forma del rostro, la intensidad de los ojos oscuros, los marcados pómulos y los labios carnosos. Cuanto más cerca estaba de él, más respondía su cuerpo a la llamada y Savannah se preparaba para el impacto. Él miró su camisón y después la miró a los ojos. La joven vio la duda en su mirada y sintió que también estaban ardiendo.

—He cambiado de idea con respecto a un par de cosas —

anunció Savannah tranquilamente, pensando en lo bien que olía Durango.

—¿De verdad?

—Sí —dijo mirándolo fijamente a los ojos.

—¿Y acerca de qué has cambiado de opinión?

—Acerca de mi noche de bodas.

—¿Tu noche de bodas?

—Sí. He decidido que quiero una.

—¿Quieres una?

—Sí.

Savannah era consciente de que Durango la entendía, pero no quería arriesgarse, así que tenía que estar absolutamente seguro.

—De acuerdo, puedo encargarme de eso. ¿Quieres algo más?

La joven se mordió el labio varias veces antes de atreverse a confesar:

—Quiero que compartamos la cama mientras estemos casados. Creo que somos lo suficientemente maduros como para saber llevar la situación.

Durante un minuto, Durango pareció absorber sus palabras en silencio antes de permitir que una sonrisa iluminase sus labios.

—Por supuesto. No hay ningún problema. ¿Te importa decirme qué te ha hecho cambiar de idea?

—Pienso que sería muy difícil compartir casa y no compartir cama, teniendo en cuenta lo atraídos que nos sentimos el uno por el otro y...

—¿Y qué? —inquirió él levantando una ceja al ver que no terminaba la frase.

—Y no soy capaz de resistirme a la tentación, en especial a la tentación de Durango Westmoreland —confesó sonriendo.

Durango alargó la mano y rodeó su cintura, acercándose más.

—¿Puedo contarte un secreto? —susurró.

—Claro que sí.

—Yo tampoco puedo resistirme a la tentación, en especial a la de Savannah Claiborne, así que en eso nos parecemos. Es buena señal.

—¿Lo es? —preguntó Savannah sin poder evitar mirar sus labios de lo cerca que estaban.

—Deja que te enseñe lo buena que es.

Entonces atrapó sus labios y una sacudida de deseo recorrió todo su cuerpo. Durango la abrazó con fuerza y la intensidad de su beso la hizo temblar. Momentos más tarde, Durango se separaba de ella de mala gana.

—Hay algo que me gustaría hacer, Savannah. Algo que debía haber hecho en la boda de Chase y Jessica, pero no tuve ocasión —dijo besando las comisuras de su boca y siguiendo hacia la oreja.

—¿El qué? —preguntó ella dulcemente.

—Bailar contigo —murmuró en voz baja. Dio un paso atrás y le tendió la mano.

Entonces, Savannah oyó la música, una balada lenta de Anita Baker. El sonido lento y pegadizo de fondo de un saxofón empezó a fluir a través de ella, llegando a todos sus sentidos y haciendo que su temperatura subiese todavía más. Se anticipó colocando su mano en la de él.

Su pulso se aceleró cuando Durango hizo que acercase su cuerpo y estuviese en contacto con su pecho desnudo.

—Disfruta del baile —le recomendó él susurrándole sensualmente al oído. La trajo todavía más contra él y la besó en la frente.

Sus cuerpos se acoplaron perfectamente mientras se movían lentamente, conscientes de la poca ropa que llevaban puesta. Savannah podía sentir cómo ambos iban entrando en calor, el negligé se le pegaba cada vez que su cuerpo se movía contra el de él. Savannah estaba segura de que él se daba cuenta de eso, lo que la hacía sentirlo todavía más. En especial una parte gruesa y dura de su cuerpo que tenía pegada al estómago.

Savannah aspiró hondo y apoyó la cabeza en el hombro desnudo de Durango, absorbiendo su fuerza, su aroma y su masculinidad. Como por instinto, lamió suavemente su piel con la lengua. Supo que él lo había sentido cuando sus brazos se tensaron alrededor de su cintura.

—Si me lames, yo haré lo mismo contigo —murmuró él—. Y en el lugar que yo elija.

Savannah levantó la cabeza y sus ojos se encontraron. La joven anticipaba y ansiaba el siguiente movimiento de Durango, sabiendo que sería otro beso. Y cuando éste dejó de bailar y bajó la cabeza, ella se sintió invadir por la ansiedad.

Una mezcla de necesidad, gula y vivo deseo corrió por las venas de la mujer cuando sus labios se tocaron. La boca de Durango se pegó a la suya, y ella absorbió instintivamente. La lengua de él era increíblemente hábil proporcionándole placer. Era como un imán que se pegaba a todas partes y que atraía su propia lengua, dominándola, haciéndola gozar y dándole energía.

Savannah se oyó a sí misma gemir al tiempo que se estremecía. Lo único que podía hacer era devolver ese beso con la misma intensidad mientras sus cuerpos se frotaban.

Y entonces sintió que la levantaba en sus brazos sin ningún esfuerzo y en ese momento supo que aquello era sólo el principio.

Durango dejó de besarla en el mismo momento en que la dejaba encima de la enorme cama del dormitorio que ella había elegido. Luego se echó hacia atrás y la observó. El negligé que llevaba puesto era femenino y atractivo, y verla con él puesto le quitaba el aliento.

Apoyó una rodilla en la almohada y se acercó para acariciar su pecho a través de la ligera tela. Savannah dejó escapar un sonido ahogado y sensual cuando la mano de él entró en contacto con ella y se movió despacio, trazando un camino alrededor de sus pezones y sintiéndolos endurecer entre las yemas de los dedos.

La mano de Durango descendió después al estómago, hizo círculos alrededor del ombligo, masajeándolo, acariciándolo y sintiendo sus músculos endurecer con las caricias. Incapaz de controlarse mucho más, Durango le quitó el negligé completamente y la dejó desnuda.

El hombre sintió por segunda vez aquella noche que le faltaba el aire en los pulmones. Era el cuerpo de mujer más bonito, sensual y tentador que había visto nunca.

Durango se sintió morir mientras veía que Savannah también estaba poseída de placer. Para comprobar que estaba preparada para recibirlo, alargó la mano y tocó entre sus piernas. Ella gimió y él paró para quitarse los pantalones del pijama.

—Durango.

Cuando oyó que Savannah ronroneaba su nombre, supo que iba a hacer el amor con ella y no sólo a tener sexo. La idea lo impactó, pero no quiso pensar en ello en ese momento. Estaba demasiado absorto en los sentimientos que Savannah despertaba en él y en

cómo respondía a ellos su cuerpo. Estaba experimentando emociones que no había vuelto a sentir desde la última vez que había estado con ella. Nada podría evitar que pasase esa noche con la mujer que se había convertido en su esposa.

Durango volvió a relajarse con ella, la besó, volviendo a descubrir la dulzura de su boca y luego cubrió el cuerpo de Savannah con el suyo, levantó las caderas y dejó de besarla para mirarla a los ojos. La penetró suavemente. El impacto de la unión fue tan fuerte que todo su cuerpo se puso en tensión mientras sus miradas seguían fijas.

—Sé que puede sonar arrogante. Pero creo que esto —dijo Durango en voz baja empujando más hondo con su cuerpo—, está hecho sólo para mí.

—Si de verdad lo piensas, ¿quién soy yo para decir lo contrario? No diré ni pío —contestó ella sonriendo.

—Bueno, eso habrá que discutirlo, porque teniendo en cuenta todos los ruiditos que haces… —rió él recordando la última vez que habían estado juntos.

Durango empezó a moverse despacio, sintiendo que llegaba hondo y necesitando avivar todavía más el deseo de Savannah por él. Quería que se liberase y darle lo que ambos necesitaban. Quería que tuviese hambre de él, que estuviese desesperada por él.

Deseaba ser uno solo con ella. Y su deseo creció con el movimiento de caderas de la joven.

Lo que más quería era oírla expresar su satisfacción. Y con ese objetivo en mente, continuó moviéndose dentro de ella, entrando y saliendo de entre sus piernas, dejándola sentir su duro instrumento de placer en su interior, ayudándola con las manos en sus caderas para conseguir un placer más intenso. Varias veces su cuerpo quiso temblar con su propia fuerza, pero encontró la fuerza necesaria para controlarse.

Pero cuando Savannah gritó extasiada y Durango sintió su cuerpo en tensión alrededor de él, sus músculos femeninos pidiendo lo que deseaba, se dejó llevar hasta el final.

Y cuando se echó hacia atrás para atrapar su boca y devorarla como un hombre hambriento, apretó sus brazos y piernas contra ella y la colocó de manera que aumentase todavía más su placer. Durango supo en ese momento que aunque viviese cien años, no

experimentaría semejante placer más que en los brazos de Savannah.

Tuvo que admitir que era la única mujer que lo complacía sexualmente al cien por cien. Sólo ella.

Capítulo 10

Durango sacudió la cabeza al mirar hacia el cielo. Había vuelto al rancho con Savannah esa mañana y había decidido esperar hasta la noche para llamar a su familia.

—Sí, mamá, te estoy diciendo la verdad. Me casé el viernes con la hermana de Jessica, Savannah.

Miró a Savannah, que atravesaba la habitación después de salir del baño. Acababa de darse una ducha y llevaba puesta una bata de seda rosa y una toalla en la cabeza.

—Mamá, Savannah y yo nos hemos casado en el Lago Tahoe. Ian lo sabía, pero le pedí que guardase el secreto. Sí —asintió momentos después—, puedes ponerte de acuerdo con la madre de Savannah para organizar una celebración, pero ya te diré cuándo puedo ir a Atlanta. No será hasta dentro de tres semanas.

Durango se volvió para observar cómo Savannah se quitaba la toalla del pelo y una masa de rizos oscuros caía sobre sus hombros. Miró cómo levantaba los brazos para secarse el pelo y se le ceñía la bata de seda, marcando sus generosas curvas. Lo excitaba verla secándose el pelo y ni siquiera le molestaba que hubiese ropa suya colgada en el armario de su propia habitación.

Frunció el ceño al pensar en ello. Después, se aclaró la garganta, intentando concentrarse en la conversación con su madre.

—Sí, mamá, puedes contárselo al resto de la familia. Sí, Savannah está aquí. ¿Quieres hablar con ella? —preguntó deseando deshacerse del teléfono.

No aguantaba más el interrogatorio al que le estaba sometiendo su madre. Su hermano Ian tenía razón, se había enfadado al principio, pero la noticia de que otro de sus hijos se había casado había acabado por complacerla. Y ya pensaba en cuál sería el

próximo de sus hijos que se casaría. Sería mejor que Ian, Spencer, Quade y Reggie tuviesen cuidado.

—De acuerdo, mamá, yo también te quiero. Saluda a papá de mi parte. Te pongo con Savannah.

—Prepárate —murmuró Durango entregándole el teléfono.

Luego, observó y escuchó cómo hablaba Savannah con su madre. Primero pidió disculpas y comprendió que a su madre no le gustase que se hubiesen casado en secreto. Después le dijo a Sarah Westmoreland emocionada que le encantaría que organizase una celebración y estuvo de acuerdo con ella en que sería estupendo que lo hiciese con la ayuda de su propia madre.

Durango iba a salir de la habitación cuando oyó a Savannah prometer a su madre que le mandarían fotos de la boda. Era una buena idea que haría ganar puntos a la joven con su madre.

Cuando Durango volvió veinte minutos más tarde después de darse una ducha, Savannah seguía al teléfono con su madre. Sonrió a Savannah como disculpándose y se sentó a su lado. Diez minutos más tarde, estaba ya harto y la sorprendió arrebatándole el teléfono de la mano.

—Mamá, me parece que ya has hablado bastante con mi esposa. Es hora de que nos vayamos a la cama. Estamos recién casados, ¿recuerdas?

—¡Durango!

El hombre hizo callar a Savannah poniéndole un dedo en los labios.

—Gracias, mamá, por tu comprensión. Y sí, me aseguraré de que Savannah te envíe las fotos esta noche antes de que... ah, se vaya a dormir. Buenas noches, mamá.

Savannah se quedó mirándolo.

—Durango Westmoreland, como puedes avergonzarme de esa manera insinuando que...

La besó para que se callase y la recostó en la cama, desatándole la bata al mismo tiempo.

—No he dicho nada que no sea verdad —dijo después de darle un beso en los labios.

Volvió a besarla, se echó hacia atrás y dijo:

—Así es como me gustas, desnuda y sumisa —sabía que sus palabras la calentarían.

—¿Quién es sumiso? Que sepas que...

Durango la besó una vez más, pensando en lo aburrida que había sido su vida antes de conocerla. Entonces se dio cuenta de que ese pensamiento sonaba a que se estaba implicando demasiado, y él no quería compromisos. Pero tenía que admitir que para un hombre al que le gustaba su privacidad, estaba encantado de que Savannah estuviese allí... aunque sólo fuese temporalmente.

Cuando Durango soltó finalmente los labios de Savannah, ella lo miró con deseo y se quejó suavemente:

—No estás jugando limpio.

—Cariño, no estoy jugando —contestó él mirándola a los ojos.

Durango se quitó la bata y apretó su cuerpo desnudo contra el de ella, besándola a la vez.

—Entonces, ¿te ha gustado la excursión al Lago Tahoe?

Savannah acarició su torso, pensando en todas las cosas que habían hecho juntos, en especial, en la cama. Había descubierto que Durango tenía una resistencia extraordinaria.

—Sí —respondió finalmente, pensando en lo mucho que le había gustado ir con él al Rolling Cascade—. Ha valido la pena.

—Y no has vuelto a tener náuseas.

—Me ha sentado bien el descanso. Quizá sea la pulsera, que funciona.

Él tomó su mano y la beso en la muñeca. Luego le acarició el estómago, disfrutando de la idea de que su bebé estuviese dentro.

—Y supongo que nuestro bebé está bien.

—Sí, está bien.

—Es bueno saberlo. Así puedo dedicar toda mi atención a la madre —le susurró al oído, haciéndola temblar.

—¿Y qué es lo que vas a hacerme? —preguntó Savannah inocentemente, a pesar de conocer la respuesta de antemano.

—Será mejor que te lo demuestre con hechos.

—Demuéstramelo.

Y eso hizo Durango aquella noche, en repetidas ocasiones.

—Eso es. Muévete un poco hacía la derecha. Muy bien. Ahora, echa la cabeza una pizca hacia atrás. Sólo un poco. Perfecto. Quédate así.

Savannah hizo otra foto más a Durango después de que volviese de trabajar. Lo había convencido de que tenía que acabar el carrete y él era el modelo perfecto.

—Ahora, desabróchate la camisa y enséñame el pecho.

—Eh, ¿qué tipo de fotos estás haciendo? —se quejó él.

—Ya te lo he dicho. Quiero convencer a mi jefe para que hagamos un calendario con guardas forestales. Siempre son de bomberos y policías. Es el momento de cambiar de héroes.

—¿Y quién compraría esos calendarios? —preguntó Durango cruzándose de brazos y pensando en unos calendarios que su primo Chase había hecho un par de años antes con fines benéficos. Se habían vendido como churros.

—Cualquier persona que aprecie el buen arte... y a los hombres guapos. Además, pienso que sería una idea genial para recoger dinero con fines benéficos. Ya te imagino como Febrero.

—¿Por qué febrero?

—Porque estamos en febrero y de momento ha sido un buen mes. Además el mes de febrero hace pensar en corazones, y es precisamente cuando he oído latir un corazón... el de nuestro bebé... Así que tiene sentido que tu foto aparezca en febrero, aunque lo que no tiene sentido es todo lo que yo he dicho.

Durango la miró comprensivo, para él todo lo que había dicho tenía sentido. Durase lo que durase su matrimonio, el mes de febrero siempre sería especial para ambos. Sin decir una palabra, se desabrochó el botón de arriba de la camisa mientras Savannah seguía tomándole fotos.

—Sexy. Eso es, ésa es la pose sexy que yo quería —comentó mirándolo y decidiéndose que ya había hecho suficientes fotografías por el momento. Fue entonces cuando su pulso se aceleró con su imagen varonil.

—¿Eso piensas?

—Sí —contestó ella mientras guardaba la cámara.

—Tengo que admitir que ha sido divertido. ¿Cuándo decidiste dedicarte a la fotografía? —le preguntó apoyándose en la barandilla de la terraza.

Savannah lo miró. El fondo montañoso la tentó por un momento a volver a sacar la cámara. Durango tenía otra pose sexy.

—Cuando tenía... dieciséis años. Mis abuelos me regalaron mi primera cámara de fotos y volví loco a todo el mundo fotografiándolos con o sin su permiso. Hice algunas fotos bastante comprometedoras de mamá, Rico y Jessica.

—¿Debería preocuparme? —bromeó él.

—No, he madurado bastante desde entonces. Ahora soy inofensiva.

«¿Inofensiva?» Durango no estaba seguro de eso. Desde que la joven había llegado a su vida, nada había vuelto a ser igual. Sus compañeros de trabajo no lo habían creído cuando había dicho que se había casado. Algunos pensaron que estaba de broma hasta que Savannah apareció en el puesto a recogerlo para ir a comer. Se preguntó qué pensarían los mismos compañeros cuando Savannah y él se separasen un año más tarde.

—Espero que te guste lo que he preparado para cenar.

Las palabras de Savannah le hicieron volver a la realidad.

—Seguro que sí. Pero no tenías que haberte molestado. Ya hubiese hecho yo algo al volver de trabajar.

—Es lo mínimo que puedo hacer mientras tú trabajas. No estoy acostumbrada a estar en casa todo el día. De hecho, he propuesto lo del calendario a mije—fe. Si aprueba el proyecto, estaré ocupada. ¿Crees que a tus compañeros les importará que los fotografíe?

—No —respondió Durango sonriendo—. Estoy seguro de que estarán encantados. La idea de aparecer en un calendario alimentará sus egos.

Durango la estudió, sentía que había algo que la molestaba. No se había dado cuenta antes, pero ahora, con la cámara en la mano, era evidente. Se preguntaba si no utilizaría la cámara a veces como un escudo emocional.

—¿Te ha ocurrido algo hoy que quieras contarme, Savannah? ¿Tiene que ver con tu madre o con tu hermano?

Sabía que la madre de Savannah todavía estaba en París y que había hablado con ella el día anterior. No había conseguido hablar con su hermano hasta más tarde. La noticia lo había sorprendido y alegrado al mismo tiempo y estaba deseando que fuesen a Filadelfia.

—No, no tiene que ver con mi familia —contestó después de respirar hondo.

Durango movió la cabeza. Entonces, tenía que ver con la suya propia.

—¿Has hablado hoy con alguien de mi familia?

—Sí.

—¿Con quién?

—Sería más fácil preguntar con quién no he hablado. Tienes una familia tan numerosa —contestó sonriendo.

«Numerosa e invasora», pensó Durango.

—¿Y?

—Y… esto… todo el mundo está sorprendido aunque parecen sinceros cuando nos desean lo mejor, lo que me hace sentir como una impostora.

El la comprendió, ya que se había sentido del mismo modo con sus compañeros de trabajo.

—No eres una impostora. La decisión de un matrimonio temporal es sólo nuestra.

—Lo sé, pero…

—¿Pero qué?

—Qué todo el mundo es tan amable. Ha llamado hasta tu primo Delaney. Y las esposas de tus primos y de tu hermano me han dado la bienvenida a la familia y me han dicho que vamos a ser como hermanas. Lo mismo que hicieron con Jessica. ¿Sabes cómo me han hecho sentir?

—No, ¿cómo te han hecho sentir? —Especial. Siempre he soñado con formar parte de una gran familia, pero esto no es real. ¿Sabes lo que quiero decir? ¿Me comprendes?

Sí, la comprendía. Recordó que una de las razones por las que se había casado con él era porque quería que su hijo formase parte de una gran familia, algo que ella nunca había tenido. Una familia que lo apoyase siempre, que se mantuviese unida, que inculcara unos valores a las generaciones venideras y que demostrase que seguía a su lado cuando las cosas se ponían feas.

—Sí, lo entiendo —respondió resoplando—. En cualquier caso, siempre estaremos unidos por nuestro hijo. ¿Lo sabes, verdad?

—Claro que lo sé, pero siento que estoy siendo falsa y eso me molesta.

Una vez más, Durango comparó a Savannah con Tricia. Cuanto más lo hacía, más se daba cuenta de que no había comparación. Ambas eran chicas de ciudad, pero mientras que a Savannah no le gustaba la falsedad, Tricia no se había arrepentido de nada cuando lo miró a los ojos y le dijo que le había tomado el pelo.

—Voy a servir la cena, Durango. Te llamaré cuando todo esté

listo.

—¿Necesitas ayuda?

—No, puedo arreglármelas sola.

Cuando Savannah se marchó, Durango se volvió a mirar las montañas. Era un día despejado de invierno y la vista era impresionante, lo que le hizo apreciar su decisión de haberse instalado allí hacía unos años.

Siempre le había reconfortado mirar las montañas cuando algo le pesaba.

Aunque estaba convencido de que Tricia y Savannah tenían caracteres completamente diferentes, todavía le parecía estar reviviendo el pasado. Había sido tan rápido y fácil enamorarse de Tricia, pero después había jurado no volver a ser vulnerable.

Durango conocía la diferencia entre pasión y amor y por ahora sólo sentía pasión. Savannah le había llamado la atención desde el principio, habían hecho el amor, un bebé, y ahora estaban casados. Pero lo que los había unido era la pasión. Su corazón se aceleraba sólo de pensar en lo que habían compartido durante los últimos días y la noche anterior, hasta la madrugada, había sido el arquetipo de la perfección.

Sería el primero en admitir que había analizado, imaginado e incluso considerado la posibilidad de estar con ella durante más de un año. Pero la herida que tenía en el corazón le recordaba que hay cosas que un hombre nunca llega a superar y él no pensaba volver a amar nunca.

Así era y así debía seguir siendo.

Esa misma noche, Durango y Savannah se sentaron con las piernas cruzadas frente a la chimenea. Habían cenado, se habían duchado y estaban listos para descansar.

—La cena estaba deliciosa esta noche, Savannah.

—Gracias, es la receta favorita de mi abuela —dijo refiriéndose al filete y a las patatas cocidas que había preparado.

—¿Qué sugieres que hagamos el resto de la noche? —preguntó Durango recostándose sobre el costado.

—Podría hacerte más fotografías.

—No. Vamos a pensar en otra cosa.

—¿Como qué?

—Como averiguar cuánto somos capaces de excitarnos el uno al

otro.

Sus palabras aceleraron el pulso de Savannah y vio cómo sonreía seductoramente.

—¿Qué tienes en mente? —lo interrogó mirándolo a los ojos.

—Acércate y te lo demostraré —dijo alargando la mano para atraerla hacia él.

Savannah lo observó mientras le quitaba el vestido, su cuerpo estaba ya esperándolo.

—No, ya sé qué te propones.

—Bien.

—Pero quiero pedirte algo —dijo Savannah abrazándose a su cuello.

—¿El qué?

—Deja que te quite la bata.

—Venga.

Cuando le hubo quitado la bata, lamió su hombro desnudo antes de echarse hacia atrás y comentar:

—Tienes un cuerpo precioso.

—¿Eso piensas? —rió Durango.

—Sí.

—Gracias. Yo pienso lo mismo del tuyo y quiero acariciarlo todo entero.

—En ese caso…

Durango se acercó a ella y la tumbó de espaldas. La rondó como un leopardo que arrincona a su presa y luego le susurró al oído:

—Ahora me toca a mí lamerte.

Y eso hizo, desde el interior de sus muslos hasta saborear otra parte de su cuerpo.

—¡Durango!

Cuando se hubo saciado de su sabor, puso su cuerpo encima del de ella para tomarla rápidamente, dándolo todo en cada uno de los empujones hasta verla colmada de placer. Y cuando sintió la profundidad del útero, en el que albergaba a su bebé, echó la cabeza hacia atrás y se balanceó furiosamente contra ella del mismo modo que Savannah se balanceaba contra él.

Le gustaba saber que estaba ardiendo de pasión, pero sólo por él y con él. Y cuando ella se arqueó contra él y gritó desde lo más profundo de su garganta, Durango sintió lo mismo que cuando tenía

un orgasmo, se sintió flotar por encima de las nubes, de la tierra y de todo el universo.

Le satisfacía entrar en ella una y otra vez, sabiendo que Savannah sentía el mismo placer arrebatador que le hacía respetar todo lo que estaban compartiendo. Nunca tenía bastante de ella. Era sorprendente. Una chica de ciudad por el día y un gato montes por la noche.

Y mientras continuaba dándole lo que nunca había dado a una mujer, sólo conseguía pensar en los meses que les quedaban juntos y en que cuando ella se marchase, nada volvería a ser igual.

—Descasa un poco, cariño. Yo voy a trabajar un rato —susurró Durango al oído de Savannah. Después de hacer el amor frente a la chimenea, la tomó en brazos para llevarla a la cama. Cerró la puerta y bajó a su despacho.

Se dirigió directamente a la ventana. La luz de la luna iluminaba las montañas. Se quedó allí un rato pensando que las cosas no podían ir mejor. Le gustaba el lugar en que vivía, su trabajo y durante un tiempo no estaría solo.

Cenar con Savannah había sido maravilloso, y después se habían duchado juntos como si fuese la cosa más natural del mundo. Pero nada era comparable a hacer el amor con ella. Cada vez que lo hacían era mejor que la anterior, y eso empezaba a preocuparlo.

Pensó que no quería reflexionar acerca de ello y decidió que se iba a sentar en su escritorio cuando sonó el teléfono. Descolgó rápidamente para no molestar a Savannah, sin preocuparse en mirar quién llamaba, y contestó normalmente:

—Dígame.

—¿Qué demonios está pasando, Durango?

Se echó hacia atrás, había reconocido inmediatamente la voz de su hermano mayor.

—Jared, ¿qué tal estás?

—Corta el rollo y responde a mi pregunta.

Durango parpadeó. Jared, abogado, era su hermano más serio. El matrimonio lo había apaciguado un poco, pero seguía siendo un tipo duro.

—¿Qué te hace pensar que está pasando algo?

—Te has casado.

Durango sonrió. Eso lo decía todo.

—Ya era hora, ¿no crees? Tú pareces feliz con tu matrimonio, así que he decidido probarlo.

—¿Y quieres que me lo crea?

—Eso estaría bien.

—Pues no me lo creo.

—No me extraña.

—E Ian no dice nada.

—Eso está bien —sonrió Durango.

—Mamá está encantada, por supuesto —continuó Jared Westmoreland—. Creo que ha mandado por Internet vuestras fotos a todos los miembros de la familia.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Quiero saber por qué lo has hecho.

—¿No te parece suficiente la razón que te he dado?

—No.

No lo sorprendía. De sus cinco hermanos, Jared era quien mejor lo conocía. No podía engañar a su hermano, que era casi tres años mayor que él y, en su opinión, mucho más inteligente. Mientras otros familiares se habían creído la historia que Savannah y él habían inventado, había tres miembros de su familia que dudarían de ella: su hermano Jared y sus primos Daré y Stone.

El abogado que había en Jared discutiría con él dijese lo que dijese, y su primo Daré, que era sheriff en Georgia y un antiguo agente del FBI, solía sospechar de todo.

Y Durango temía la llamada de su primo Stone. Stone y él se llevaban sólo unos meses y siempre habían estado muy unidos. Durango sabía que la única razón por la que no lo había llamado ya era porque estaba con su mujer, Madison, de viaje por Europa.

—¿Vas a contarme lo que quiero saber o voy a tener que tomar medidas drásticas e investigar? —inquirió Jared.

—¿Cuáles serían esas medidas drásticas?

—¿Qué te parece si tomo el siguiente vuelo a Montana para ver en persona cómo son las cosas?

«Eso no era buena idea». Durango suspiró, sabiendo que Jared hablaba en serio y decidió contarle la verdad.

—Savannah está embarazada.

Oyó que su hermano resoplaba. Luego, guardó silencio durante un momento, mientras se hacía a la idea.

—¿De cuánto? —preguntó finalmente Jared.

—De tres meses.

—Ocurrió en Navidad —dijo Jared después de un silencio.

—¿Cómo lo sabes?

—Por Dios, Durango, ¿crees que no nos dimos cuenta de que no estabas para la partida de cartas esa noche? Todos pensábamos que íbamos a desplumarte. Y, además, me di cuenta de que te atraía esa mujer y te vimos dejar la celebración para ir a su habitación.

—Pues sí que visteis cosas —respondió Durango sonriendo.

—Qué más da. ¿Habéis decidido casaros por el bebé?

—Sí, eso lo resume todo. Pero es un matrimonio temporal.

—¿Temporal?

—Sí, hasta que el bebé tenga unos seis meses. No quería que mi hijo naciese de forma ilegítima y quería estar con Savannah durante su embarazo y pasar algo de tiempo con ellos después.

—¿Y luego?

—Nos separaremos. Pero siempre nos unirá el bebé. Ella sabe que quiero formar parte de su vida y está de acuerdo. No será fácil vivir tan lejos, pero nos las arreglaremos.

—¿Y te parece bien que sea temporal?

—¿Por qué no iba a parecerme bien?

—He visto las fotos que mamá va enseñando orgullosa por toda la ciudad. Parecéis felices juntos. Si no te conociese...

—Pero me conoces, y por eso me has llamado. No dejes que las fotos te engañen, Jared. Sólo estamos juntos por el bebé. Seis meses después de que Savannah dé a luz nos separaremos.

—¿Y mientras vivís felices como marido y mujer?

—Más o menos.

Más bien más, porque estaba descubriendo que Savannah era una persona muy generosa, no podía imaginársela dando menos.

—Estás descubriendo que tu corazón no es de piedra y que puede ser hasta moldeable si lo pones en manos de la mujer adecuada.

—Confía en mí, eso no pasará.

—Eso pensé yo —rió Jared—. Y aunque no me quejo, ten cuidado. Yo he tenido que descubrir a la fuerza que los peores casos son los que no lo parecen.

—¿De qué estás hablando?

Hubo otra pausa, y Durango pensó que había oído a su hermano beber algo. Probablemente una copa de buen vino. Lo imaginaba en su casa de un millón de dólares. Jared era un abogado célebre de Atlanta que había llevado casos importantes con clientes famosos. Hasta hacía un año, había estado soltero como él, hasta que apareció Dana Rollins. Siempre había dicho que el matrimonio no era para él. Llevaba casos de divorcios. Pero ahora estaba felizmente casado.

—Mi compromiso con Dana —admitió finalmente Jared.

Durango recordó lo mucho que les había sorprendido Jared con la noticia en la fiesta que había dado su padre durante la pasada Pascua.

—¿Qué ocurre con tu compromiso?

—Que nunca ha habido uno, al menos, un compromiso real.

Durango frunció el ceño, preguntándose qué demonios quería decir su hermano. Estaba demasiado cansado y no tenía la mente rápida.

—¿Cómo que nunca ha habido uno? Yo estaba allí cuando lo anunciaste.

—Yo no anuncié nada. Fue mamá quien lo hizo.

Tenía razón. Había sido su madre la que había hablado de ello. Jared casi no había dicho nada. Pero tampoco lo había negado.

—¿Quieres decir que seguiste adelante porque mamá te puso en un compromiso?

—Fue más que eso. Recuerda que fue por entonces cuando descubrieron que mamá tenía un bulto en el pecho. Ella estaba convencida de que iba a casarme y no quise decepcionarla, teniendo en cuenta todo lo demás.

—¿Y convenciste a Dana para que os casarais?

—Sí, pero después nos enamoramos de verdad.

Durango sacudió la cabeza. Su hermano había conseguido engañarlo.

—¿Quién más sabe la verdad?

—Nadie tiene por qué saberla. Te lo cuento a ti para que sepas lo que te puede ocurrir.

—¿El qué?

—Que te metas en una situación que después pueda cambiar. Cuanto más conocía a Dana y más tiempo pasaba con ella, más la

quería. Te vi con Savannah aquella noche y sé cómo os atraéis. Es una mujer de la que es fácil enamorarse. Puede pasarte también a ti.

—No lo creo. Me alegro de que Dana y tú seáis felices, pero a nosotros no nos ocurrirá.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque yo no soy capaz de amar a nadie. Al menos en estos momentos. Si hubiese conocido a Savannah antes que a Tricia, entonces...

—¿Cuándo vas a olvidarte de eso?

—Ya lo he hecho, pero eso no significa que esté dispuesto a que vuelvan a herirme.

—¿Crees que es eso lo que pasaría?

—No quiero arriesgarme.

—¿Y Savannah?

—¿Qué pasa con ella?

—¿Y si ella opina de otra manera?

—No lo hace. Está todavía más en contra del matrimonio que yo. De hecho, tuve que convencerla de que era lo mejor. Sólo aceptó por el bien del bebé. Se quedará hasta que el bebé tenga seis meses y luego se marchará.

—¿Y los dos estáis de acuerdo?

—Sí, aunque no lo hemos puesto por escrito, si es en eso en lo que piensa tu mente de abogado. Oye, quizá no sea mala idea. Quiero que sepa que seguiré apoyándola cuando nazca el bebé. Redáctame algo, ¿de acuerdo?

—¿Que te redacte el qué?

—No sé, algún documento legal en el que diga que seguiré ayudándola a ella y al bebé. Me gustaría abrirle una cuenta para que vaya a la universidad y pasarle dinero todos los meses, me lo puedo permitir gracias al negocio que tengo con McKinnon.

—¿Estás seguro de que quieres añadir un documento legal a todo este lío?

—¿Por qué no? Imagino que le gustará saber que voy a hacer lo que no hizo su padre, que nunca se ocupó de ella, ni de su hermano y Jessica. Quiero que esté segura de que no voy a tratarla así.

Media hora más tarde Durango terminaba su conversación con Jared. Aunque su hermano no lo aceptase, su matrimonio con Savannah era sólo temporal y Durango no pretendía olvidarse de

eso.

Capítulo 11

Savannah estuvo muy ocupada durante las siguientes dos semanas. Afortunadamente, ya casi no sentía náuseas por las mañanas y cada día era una nueva aventura.

A su jefe le encantó la idea del calendario para conmemorar el Parque Nacional de Yellowstone y a los hombres que trabajaban en él. Además del calendario, había propuesto hacer un documental. La joven estaba entusiasmada y se pasaba la mayor parte de los días filmando secuencias que luego podrían utilizarse para la película.

Sus noches pertenecían a Durango. Después de cenar, le leía un poco del libro de bebés, le contaba todos los cambios que su cuerpo iba experimentando y después se iban a la cama. Durango comprobaba personalmente esos cambios haciéndole el amor. Y cada vez que la penetraba y la hacía llegar a la cumbre, Savannah sabía que los momentos que estaban compartiendo siempre formarían parte de ella, incluso cuando se separasen. Pero se dio cuenta de que había ocurrido algo con lo que no había contado.

Se había enamorado de Durango.

Savannah miraba por la ventana mientras se preguntaba cuándo había pasado. Si había sido la noche anterior, cuando se habían duchado juntos y habían hecho el amor de manera tan maravillosa que hasta había llorado, o la semana anterior, cuando la había

llevado de excursión a la montaña y se habían detenido a comer en una cabana que Durango y McKinnon habían construido. O más tarde, antes de volver de la montaña, cuando habían hecho el amor al aire libre, bajo el bonito cielo de Montana. Siempre recordaría con cariño los momentos que habían pasado juntos y sabía que echaría de menos a Durango.

Se volvió cuando oyó sonar el teléfono y atravesó la habitación a

toda prisa, pensando que sería Durango, pero era su hermano Rico.

—¿Dígame?

—Lo sé todo, Savannah.

La joven tenía una idea de lo que sabía su hermano, se lo había contado su madre.

—¿Qué es lo que sabes?

—Que estás embarazada.

Savannah sonrió irónicamente. Ése era Rico, siempre directo al grano.

—Pensaba decírtelo cuando fuese el momento adecuado.

—¿Estás bien? —preguntó después de un corto silencio.

—Estoy mejor que bien. Estoy encantada. Por supuesto, al principio estuve nerviosa y asustada. Después pensé que, como no pensaba casarme, al menos tendría un bebé. Siempre he querido ser madre.

—Pero te has casado.

—Sólo por el bebé.

—Pero juraste que nunca lo harías.

—Esto es diferente —replicó suspirando—. Durango y yo nos hemos casado con los ojos bien abiertos. Queremos lo mejor para nuestro hijo.

—Incluso si eso significa un matrimonio sin amor.

—Sí, pero en nuestro caso sólo será temporal. Hemos acordado divorciarnos cuando el niño tenga seis meses.

—¿Y tú estarás bien entonces?

—Claro, ¿por qué no?

—No, por nada. ¿Cuándo vas a venir a casa?

—No estoy segura. Había pensado ir a Filadelfia para arreglar algunas cosas, pero todas mis facturas están pagadas, así que no tengo prisa. Además, estoy bien aquí.

—¿Y tu marido? ¿Cómo te trata?

«Todo lo bien que un hombre debe tratar a una mujer», pensó Savannah. Quizás fuese así porque su relación era sólo temporal, pero aun así, ella disfrutaba de cada momento que pasaba con Duran—go.

Aunque no era de extrañar, dado que se había enamorado de él, y que sabía que lo había hecho la primera vez que lo había visto en la boda de Jessica y Chase.

—¿Savannah?

—Durango me trata bien, no tienes de qué preocuparte. Es un buen hombre.

—Te ha dejado embarazada —comentó Rico con voz enfadada.

—Recuerda que él no estaba solo en esa cama y que yo no tenía las manos atadas a la espalda. Ya soy grande, Rico.

—Y te vas a poner todavía más grande en los próximos meses —rió.

—Sí. Además, en la familia Westmoreland son corrientes los embarazos múltiples. Así que a lo mejor tenemos dos por el precio de uno.

—No sé si voy a poder soportar tanta emoción. —Estoy segura de que sí.

—Ha sido todo un detalle de tus compañeros de trabajo organizar esta fiesta en nuestro honor —susurró Savannah a Durango mientras observaba la habitación.

Beth Marning, una guarda forestal, la había llamado a principios de semana para decirle que habían planeado hacer una fiesta para celebrar su boda.

Al principio Savannah se había sentido deshonesta, pero luego, tal y como había dicho Durango, pensó que las condiciones de su matrimonio no concernían a nadie.

—Sí, ha sido muy amable —admitió él poniendo el brazo alrededor de sus hombros para atraerla hacia él. Estaban en casa de Beth y de su marido Paul, que era veterinario.

A Savannah le pareció que Beth y Paul tenían una casa bonita, no muy lejos del rancho de Durango, al otro lado de la montaña. La decoración era diferente. En vez de tener dos pisos, sólo tenía uno, con espaciosas habitaciones. A un lado del salón había un gran ventanal sin cortinas ni persianas que tapasen la maravillosa vista de las montañas.

Savannah había conocido a la mayoría de los compañeros de Durango cuando había ido a buscarlo para comer un día, pero no había tenido la oportunidad de conocer a sus esposas. Todos le caían bien. Pensó que eran verdaderamente simpáticos.

Todo el mundo había traído algo de comer y lo estaban pasando bien disfrutando de un tiempo no demasiado malo y de la comida. Savannah se dio cuenta de que Durango no se separaba de ella.

Sabía que de cara a los demás, formaban una pareja feliz.

—¿Estáis preparados para abrir los regalos? —preguntó Beth sonriente.

Durango se miró el reloj. Era casi medianoche.

—Por supuesto. Se está haciendo tarde.

—¿Cuándo te ha importado la hora, Durango? Te conozco desde la universidad y nunca te has marchado temprano de una fiesta —comentó Paul.

—Ah, pero ahora es un hombre casado —le recordó Beth a su marido—. Estamos ante un nuevo Durango Westmoreland.

Savannah podía imaginar cómo había sido el anterior Durango. Nada más verlo supo que había sido irresistible para las mujeres. Un hombre con un cuerpo tan bronceado, bien formado y masculino tenía que serlo. No era tan inocente como para no saber que había habido otras mujeres en su vida. De hecho, Jessica le había dicho enseguida que era un playboy y que en cuanto fuese libre de nuevo volvería a ser un mujeriego.

Poco después estaban los dos sentados en sendas sillas y rodeados de gente.

Beth fue dando los regalos a Savannah, que los abrió entusiasmada. Había copas de vino, toallas, plantas, mantas y otros regalos. Durango vio cómo la alegría de Savannah reflejada en su rostro mientras iba abriendo los presentes. Pero el que más sorprendió a todo el mundo, incluido él, fue una preciosa colcha de satén azul.

Durango se excitó sólo de imaginarla puesta en su cama y a ellos debajo, haciendo el amor. Miró a Savannah a los ojos y supo que pensaban en lo mismo y que ella estaba incluso más excitada que él.

—Voy a meterlo todo en la camioneta y nos marchamos —dijo a todo el mundo mirándose el reloj—. Ya estamos a sábado por la mañana.

—Te entiendo, Durango, que yo ya llevo cuatro años casado —comentó Paul.

Savannah dio las gracias y las buenas noches a todo el mundo y los hombres ayudaron a Durango a ponerlo todo en la camioneta.

—Nunca pensé que vería a Durango así de enamorado —murmuró al oído de Savannah Penny Washington, otro guarda forestal—. Parecéis muy felices.

Savannah estuvo a punto de contestar que las apariencias engañan. No sabía lo que sentía Durango por ella en esos momentos, pero tenía que admitir que ella era feliz con él. Yeso, pensó, empezaba a ser un problema. Todo iba bien mientras ambos estaban de acuerdo en los términos de su matrimonio: sin lazos" emocionales. Pero se había enamorado y cada vez le resultaba más difícil fingir lo contrario.

—¿Estás preparada?

Se volvió y vio que Durango había vuelto a entrar en la casa. Nada más mirarlo a los ojos, reconoció una mirada a la que ya se estaba acostumbrando, aunque aun así se quedó sin aliento. Ya sentía temblar todo su cuerpo.

—Sí —respondió aclarándose la garganta.

—Espera un minuto, Durango. Ya sabes cómo suelen acabar estas celebraciones. Tenéis que besaros —gritó uno de los forestales.

Durango sonrió y respondió:

—Eh, no hay ningún problema.

Se agachó y la besó delante de todo el mundo tan apasionadamente como de costumbre. Su besó hizo que Savannah lo desease todavía más... y lo quisiese todavía más. Ni siquiera oyó los silbidos y aullidos que les dedicaron, estaba demasiado ocupada en saborear al hombre que era temporalmente su marido.

Sólo estaban a mitad de camino del rancho y Durango ya no podía más. Detuvo la camioneta a un lado del camino, paró el motor, desabrochó los cinturones de seguridad y tomó a Savannah entre sus brazos. Necesitaba volver a besarla.

Sus labios se unieron al instante, con ansiedad. Ella estaba encendida de pasión y cuanto más la besaba él, más se encendía.

A Durango le gustaba oír sus gemidos de placer, le gustaba sentir el contoneo de sus caderas y el olor de su perfume.

Separó los labios de los de ella de mala gana. Si no paraba en ese momento, acabarían haciendo el amor allí mismo y no quería eso. Quería su cama.

—En cuanto lleguemos a casa voy a enseñarte algo que todas las mujeres deberían saber.

—¿El qué? —preguntó Savannah excitada.

Durango apretó sus pezones a través de la camisa y sonrió arrepentido.

—No seas impaciente.

Se volvió a sentar bien y se abrochó el cinturón. Estar sentada a su lado durante todo el camino fue como una tortura para Savannah. La había encendido y ahora no había quien la calmase. Lo miró en silencio. Era una noche oscura, pero el cuadro de mandos del todoterreno era suficiente para que pudiese estudiar su perfil. Pronto se dio cuenta de que él estaba tan excitado como ella.

Cuando llegaron al rancho, Durango descendió de la camioneta, abrió la puerta del copiloto y la tomó en brazos, dirigiéndose a la casa.

—¿Y los regalos? —preguntó Savannah apoyando la cara en su pecho y respirando su olor.

—Ya los sacaré mañana. Hoy no tenemos tiempo.

Ella sonrió. Durango abrió la puerta, la cerró de una patada y la llevó a la habitación. Savannah sabía qué ocurriría después. Durango la desnudó en un tiempo récord y luego se desnudó él. Acarició todo su cuerpo, con las manos y después con la boca, lamiendo sus pechos. Savannah gimió de placer y susurró su nombre en varias ocasiones. Empezó a sentir debilidad en las piernas, le dolía todo el cuerpo y se le iba la cabeza.

Ningún otro hombre podría hacerla sentir como él. Estaba segura. Podía encender su deseo y satisfacer todas sus necesidades y ella sólo podía dárselo todo a él y compartir con él su alma. Y su amor.

Al pensar en lo mucho que lo quería, sintió que le latía fuerte el corazón. Consiguió controlar su respiración,'casi hasta detenerla.

Durango llegaba hondo dentro de ella y su cuerpo respondía inmediatamente. Tenía la espalda arqueada y sus caderas se sacudieron cuando él le introdujo los dedos, que la penetraron con destreza y momentos después, cuando su boca reemplazó los dedos, casi se cae de la cama al sentir que una llama de placer se encendía y ascendía hasta su garganta. Si hubiera podido pedir un deseo, además de pedir salud para su bebé, habría pedido tener a Durango. Para el resto de su vida.

—Me haces perder la cabeza, Savannah —susurró él mientras se tumbaba encima de ella y la penetraba suavemente. Ella se preguntó qué locuras tendría Durango en la cabeza, porque también la estaba haciendo enloquecer a ella. Y lo más peligroso era que no

quería que su matrimonio se acabase. Pero sabía al mismo tiempo que no tenían futuro. Ella lo amaba, pero él no la amaba a ella. Pero esa noche Savannah lo quería todo y si no lo tenía de verdad, lo fingiría.

Habían hecho el amor muchas veces, pero esa noche había algo diferente. Savannah lo sentía cada vez que él empujaba su cuerpo ávido de placer. Y no podía soportarlo más.

Gritó desde el fondo de la garganta y sintió la suavidad de su miembro inundando todos sus músculos y todo su vientre. Y cuando él la echó hacia atrás y la besó, la urgencia de ese beso le hizo derretirse todavía más. Sabía que aunque viviese cien años, el único hombre al que podría entregar su corazón sería Durango.

Poco después, bajo la tenue luz de la lámpara, Savannah suspiró mientras Durango la abrazaba. La besó con ternura y acarició su pecho.

—No consigo saciarme de ti —susurró Durango a su oído.

Ella tampoco tenía nunca suficiente.

—¿Qué era eso que ibas a enseñarme? —le preguntó casi sin aliento.

Durango se tumbó de espaldas y sonrió:

—Ahora quiero que te pongas tú encima.

—Háblame de tus hermanos —pidió Savannah.

Después de varias horas haciendo el amor, no podía mover ni un solo músculo.

—Supongo que tengo que contarte algo de ellos, ya que vas a conocerlos pronto —accedió abrazándola por la cintura—. Me han dicho hoy que tengo dos semanas libres, ya que Lonnie ha vuelto al trabajo.

—¿Podemos ir a Atlanta y a Filadelfia?

—Sí, dentro de una semana más o menos.

—Conocí a tus hermanos en la boda de Chase y Jessica, pero no sé casi nada de ellos y quiero estar preparada.

—De acuerdo, te cuento. Jared es el mayor, tiene treinta y ocho años y es el único que está casado. Es abogado. Después está Spencer, que tiene once meses menos que Jared y es responsable financiero. Siempre he admirado su fortaleza para evitar que su vida profesional y personal se desmoronasen cuando su prometida murió ahogada hace unos años. Lo pasó muy mal con la pérdida de

Lynette y me parece que todavía no se ha recuperado del todo. Spencer vive en California y es el presidente de una empresa financiera allí.

Sonrió de oreja a oreja y continuó:

—Yo soy el tercero y ya sabes de mí todo lo que tienes que saber. Pero si quieres preguntarme algo más...

—No, creo que me hago una idea de cómo eres —dijo para evitar cambiar de tema.

—Luego están los gemelos, Ian y Quade. Tienen treinta y tres años. Estuviste con Ian en nuestra boda. Tuvo una relación seria hace unos años con una mujer que trabajaba como ayudante de Dare, pero rompieron, aunque no conozco la razón. Desde entonces, que yo sepa, no ha vuelto a tener ninguna otra relación seria.

Colocó a Savannah encima de él, y ésta notó cómo la penetraba, ya estaba húmeda y preparada para recibirlo.

—Mi hermano Quade trabaja para los servicios secretos. La mayor parte del tiempo ignoramos dónde está y cuando va a casa sabemos que no hay que hacerle preguntas. Y el último es Reginald, lo llamamos Reggie. Cumplirá los treinta este año. Tiene una gestoría en Atlanta.

Savannah levantó la cabeza. Durango hablaba de sus hermanos con cariño y respeto.

—¿Y tus...?

—Ya he terminado de hablar por el momento.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Y qué te gustaría hacer ahora? —preguntó Savannah.

—Me gustaría que perfeccionases la técnica que te he enseñado antes.

Capítulo 12

Durango se levantó el lunes con dolor en la rodilla derecha. Aunque al mirar por la ventana comprobó que el cielo estaba despejado, sabía que habría tormenta.

Salió de la cama poniendo cuidado en no despertar a Savannah y fue al baño. Respiró hondo al mirarse en el espejo. A pesar de la cara de sueño, seguía siendo el mismo. Pero había algo dentro de él que había cambiado. Sentía algo en su interior que no había sentido nunca antes. Ni siquiera por Tricia.

Al pensar en la mujer que tanto daño le había hecho no sentía nada. Ya no había dolor en su corazón. Se sentía lleno. Savannah le había llenado el corazón de amor.

En poco tiempo Savannah Claiborne había conseguido algo que ninguna otra mujer habría podido hacer. Le había curado el mal de amores. Había abierto nuevos caminos para él, los caminos de la pasión, llenos de confianza, esperanza y amor. Amor.

La palabra le hizo sentir desorientado. Pero enseguida se dio cuenta de que amaba a Savannah. La quería a ella y a su bebé. Y quería tenerlos a los dos con él, pero no de manera temporal, sino para siempre. No quería que su matrimonio se acabase. Nunca

Respiró hondo. Jared tenía razón. Su corazón estaba en manos de la mujer adecuada.

En las manos de Savannah.

La gran pregunta era qué iba a hacer al respecto. Ya le había costado bastante convencerla para que se casasen temporalmente; se negaría a quedarse con él. Pero tenía que intentarlo. Esa misma noche. Si tenía que hacerlo, intentaría sorprenderla cuando estuviese desprevenida.

Haría lo que fuese necesario para ganarse su corazón.

Savannah esperaba el correo con ansiedad. Su jefe le había dicho que le enviaba el contrato para el documental y el calendario. Ya había varios voluntarios entre los compañeros de Durango.

Se sentó en la mesa con un té y pensó en las llamadas de Durango. Había telefoneado dos veces para prevenirla de la tormenta de nieve que iba a llegar pronto. La segunda vez, le había dicho que quería hablar con ella de algo importante cuando llegase a casa. Aunque no le había contado detalles, sabía que era algo serio.

Oyó la camioneta del cartero y se puso el abrigo rápidamente. Nada más salir, se dio cuenta de que el tiempo había cambiado.

Sacó el correo del buzón y volvió al calor de la casa. Entre las cartas de Durango, encontró dos que iban dirigidas a ella.

La primera era la que estaba esperando. La segunda tenía como remitente el gabinete de abogados de Jared Westmoreland. Rasgó el sobre con curiosidad y sacó el documento.

Las lágrimas inundaron sus mejillas cuando lo leyó. De manera tan eficaz como siempre, Durango le recordaba las condiciones del pacto al que habían llegado y añadía que pretendía seguir ayudándolos a ella y a su bebé cuando su matrimonio se rompiese. El papel le recordaba que su matrimonio no había sido más que un acuerdo comercial.

Se preguntó si era de eso de lo que quería hablar Durango cuando llegase a casa. ¿Se habría dado cuenta de que sus sentimientos habían cambiado, de que lo amaba? ¿Pretendía con ese documento hacerle saber que estaba empezando a cansarse y que quería que se marchase?

Sintió que le dolía el corazón y supo que no quería estar en un lugar en el que no era querida. Su madre había pasado por ello, pero Savannah no estaba dispuesta. Tiró la carta encima de la mesa y se dirigió al dormitorio a hacer las maletas. Con un poco de suerte podría tomar un avión para Filadelfia antes de que empeorase el tiempo. Volvía a casa.

Durango levantó la vista y vio a Beth allí de pie. Sonrió. No había tenido la ocasión de darle las gracias por la fiesta que había organizado para ellos.

Pero antes de que pudiese abrir la boca, ella le dijo rápidamente:

—Paul acaba de llamar, ha visto un coche como el tuyo en la

carretera.

Durango frunció el ceño extrañado.

—¿Y cree que era mi Durango?

—Dice que se parecía mucho y que iba en dirección de Bozeman. Lo preocupa la tormenta.

A Durango también lo preocupaba. Había llamado a Savannah dos veces para prevenirla del mal tiempo y no le había dicho que fuese a salir. ¿Para qué iba a ir a la ciudad?

—A lo mejor no es la tuya, sino una parecida.

Durango sabía que Beth no quería preocuparlo, pero tomó el teléfono inmediatamente.

Nadie respondió en casa. Intentó llamar al teléfono móvil de Savannah, pero tampoco obtuvo respuesta. Miró a Beth, que también parecía preocupada. Una tormenta de nieve en Montana no era ninguna broma. Durango se puso en pie y se dirigió a la puerta.

—Voy a encontrar a Savannah antes de que llegue la tormenta.

—Mantenme informada.

—Lo haré.

«Que no cunda el pánico», pensó Savannah cuando la nieve le impidió ver la carretera. Los grandes copos habían empezado a caer de repente, cubriéndolo todo de una capa blanca y dejándola sin visibilidad.

Sabía que no era seguro seguir conduciendo, así que se echó a un lado de la carretera y apagó el motor. Intentó llamar a Durango desde su teléfono móvil pero no consiguió dar con él. Sin la calefacción, empezó a sentir frío. Se echó por encima la manta que había debajo del asiento, aunque sabía que sólo la protegería del frío durante un tiempo. No estaba lejos del rancho, pero no conocía la zona suficientemente bien como para llegar a pie. Decidió no moverse.

Lo mejor sería quedarse allí, con el motor encendido para poder calentarse. Esperaba que la tormenta amainase o que alguien la encontrase.

Durango condujo por la carretera que llevaba desde Bozeman hasta su rancho. Pronto vio su todoterreno a un lado de la carretera. Aparcó cerca, salió del jeep y echó a correr.

El corazón casi se le sale del pecho cuando abrió la puerta y encontró a Savannah tapada con la manta, hecha un ovillo en el

asiento. Estaba fría como el hielo. En el asiento de atrás llevaba su maleta y la cámara de fotos. «¿Adonde iba? ¿Por qué se marchaba?»

—¿Savannah?¿Cariño, estás bien? ¿Qué te pasa?

Le entró pánico al ver que no respondía. La tomó en brazos y la tapó con su abrigo.

Primero pensó en llevarla directamente al hospital, pero estaba demasiado lejos. Como sabía cómo prestar los primeros auxilios, decidió llevarla a un lugar caliente.

Se dirigió hacia el rancho, ya que no estaban lejos. Desde allí llamaría a Trina. Sabía que estaba en casa de los Marshall, ya que su bebé había decidido nacer a pesar de la impresionante tormenta de nieve.

Trina tendría que pasar por su rancho de camino a casa. Aun así, no pudo evitar preocuparse por su mujer y su hijo.

No sabía por qué Savannah había intentado dejarlo, pero la había encontrado y no iba a permitirle volver a hacerlo.

—¿Estás segura de que Savannah y el bebé estarán bien, Trina?

Trina le hizo una señal para que saliesen fuera antes de empezar a hablar:

—Sí, están bien. El corazón del bebé sigue latiendo con fuerza. Es un niño fuerte.

Durango ya no se acordaba de que se había casado porque Savannah estaba embarazada y en esos momentos era un hombre que amaba a su mujer.

—Has hecho lo correcto —continuó Trina—. El té que le has dado le ha sentado muy bien. Menos mal que la encontraste a tiempo. No debía de saber el riesgo que corría con el motor encendido y el monóxido de carbono.

—¿Cuánto tiempo más va a dormir?

—Un par de horas. Déjala descansar.

—¿Estás segura de que quieres marcharte con esta tormenta?

—No te preocupes, conozco bien la zona. ¿Has olvidado que he crecido aquí? Estaré bien. Prometo llamarte cuando llegue a casa.

Durango asintió, sabía que no podría convencer a Patrina Foreman. Perry siempre había dicho lo cabezona que era.

—Gracias por todo, Trina. ¿Cómo puedo compensarte?

—Ya lo has hecho, Durango. Siempre has sido un buen amigo y, cuando perdí a Perry, McKinnon y tú, Beth y todos los demás me

apoyasteis y me ayudasteis. Siempre os estaré agradecida. Perry y yo estuvimos felizmente casados cinco años —añadió Trina—, y lo único que siento es que no tuvimos un hijo. Tú vas a tenerlo, Durango. Tienes lo mejor de los mundos. Tienes una mujer a la que amas y te va a dar un hijo. Cuida de ellos.

Una hora más tarde, Durango seguía mirando por la ventana. La nieve casi no dejaba ver las montañas. Al menos Trina lo había llamado para decirle que estaba en casa. También había llamado al puesto para informar a sus compañeros de que Savannah estaba sana y salva.

Suspiró profundamente, levantó el documento que tenía en la mano y volvió a leerlo. Ponía todo lo que le había dicho a Jared, pero, después de releerlo, comprendió cómo se había sentido Savannah al leerlo. ¿Cómo iba a convencerla de que se quedase a su lado?

Miró a su alrededor. La casa estaría fría, vacía y sin vida sin ella. Se pondría de rodillas y le rogaría si hacía falta, pero no dejaría que la mujer a la que amaba desapareciese de su vida.

Savannah se esforzó en abrir los ojos aunque no quería que su sueño se acabase tan pronto. En él, Durango la había desnudado y había empezado a besarla. Pero un ruido la había despertado.

Recorrió la habitación con la vista y lo vio, de cuclillas frente a la chimenea, alimentando las llamas. Tomó aire con fuerza y sintió que le dolía el corazón. Recordó que había hecho la maleta y había intentado ir al aeropuerto antes de que cayese la tormenta. ¿Cómo había vuelto al rancho? Intentó preguntárselo a Durango, quien volvió la cabeza al oír su voz y la miró fijamente.

Se puso en pie y se acercó a la cama con los ojos fijos en los de ella.

—Ibas a dejarme —se quejó en voz baja. Savannah suspiró. Era evidente que no estaba acostumbrado a que las mujeres lo dejasen y pensó que eso hería su orgullo.

—Ya no quieres que esté aquí. Así que pensé que lo mejor sería marcharme.

—¿Crees que ya no te quiero por el documento que ha enviado Jared?

Savannah no respondió, y él añadió:

—Te equivocas, señora de Westmoreland.

Savannah parpadeó. Durante las semanas que habían estado casados, nunca la había llamado así, principalmente porque ambos sabían que era sólo temporal.

—¿Sí?

—Sí. Pensé que tú querrías que pusiésemos todo por escrito. Supongo que me equivoqué.

—No importa —dijo ella en voz baja, intentando contener las lágrimas.

—Claro que importa —replicó Durango agarrándole la mano—. Y mucho. Importa, porque tú me importas.

—Es el bebé lo que te importa.

—Sí, lo mismo que a ti. Pero tú también me importas. Porque te quiero.

Savannah volvió a parpadear y sus ojos color avellana lo miraron incrédulos. Durango estaba decidido a que lo creyese.

—Te quiero —repitió—. No quieras saber cuándo empecé a amarte exactamente. Bueno, tenemos todo el tiempo del mundo, pregúntamelo si quieres —dijo sonriendo y acercándose más a ella.

—¿Cuándo?

Durango hizo una pausa, como buscando las palabras adecuadas.

—Me parece que fue cuando llegué tarde a la cena de ensayo de la ceremonia y te vi hablando con Jessica. Cuando nuestras miradas se cruzaron, algo me ocurrió. Pensé que era deseo, pero ahora sé que era amor. El deseo no me habría llevado a practicar el sexo sin protección con ninguna mujer, por muy borracho que estuviese. Cuando hicimos el amor sentí la necesidad de estar dentro de ti y de estallar dentro de ti, algo que no había sentido nunca antes. Con o sin píldora —añadió—, te quedaste embarazada. Ahora que lo pienso, lo raro habría sido que no te hubieses quedado. No lo hicimos deliberadamente, pero es normal que ocurriese. E independientemente de lo que tú sientas por mí, yo te amo. Hace unas semanas, antes de que nos casásemos —continuó—, me preguntaste por qué tenía aversión a las chicas de ciudad. Quizá sea el momento de que te lo cuente.

Durango le contó a Savannah todo lo relativo a Tricia y cómo ésta lo había utilizado y se había reído de su amor.

—Y yo pensaba que nunca volvería a querer a otra mujer, por

miedo a que me hiriesen otra vez —concluyó—. La primera vez que te vi —dijo Durango recordando aquella noche—, supe que eras una chica de ciudad y a pesar de que intenté evitarlo, me enamoré de ti, Savannah. Y diga lo que diga ese documento —puntualizó mirándola a los ojos—, te quiero.

Savannah sintió que las lágrimas corrían por sus mejillas e intentó limpiárselas, pero Durango se le adelantó y, acercándose a ella, las lamió.

—Pensaba que todas las lágrimas eran saladas, pero las tuyas son dulces. ¿Hay algo en ti que no sea perfecto?

Savannah dio un pequeño grito y se abrazó a Durango.

—Yo también te quiero —le susurró al oído—. Me enamoré de ti en el mismo momento que tú.

—Entonces, sólo nos queda una cosa por hacer —rió él agarrando el documento legal de la mesita de noche.

Savannah observó cómo lo tiraba a la chimenea y el fuego lo reducía a cenizas.

Luego, vio cómo Durango se quitaba lentamente la camisa, y se le aceleró el pulso al ver que hacía lo mismo con los pantalones vaqueros.

—Ya sé que debes de estar demasiado cansada como para hacer el amor, pero necesito abrazarte, Savannah. Necesito tu calor, necesito tu amor y necesito que me prometas que nunca me dejarás.

La joven tragó saliva cuando Durango se metió con ella bajo las sábanas. Se volvió hacia él y lo abrazó.

—Nunca te dejaré, Durango. Siempre estaremos juntos si quieres y… no estoy cansada.

—Siempre juntos. Y sí que estás cansada, aunque no te des cuenta.

La besó en los labios con la intensidad que besa un hombre que encuentra el amor en lo que creía que sólo" era una aventura, la que sin duda sería su última aventura.

—Entonces, señora de Westmoreland, ¿quiere seguir estando casada conmigo? ¿Para lo bueno y para lo malo?

—Sí —sonrió ella entre lágrimas—. Quiero seguir casada contigo, y siento que va a ser para lo bueno a partir de ahora.

Durango volvió a besarla y añadió:

—Yo me encargaré de que así sea.

Epílogo

Savannah miró a su alrededor. Había más Westmoreland que en la boda de Jessica. Sabía que la familia de Durango era numerosa, pero no pensaba que lo fuera tanto.

La celebración de su boda estaba resultando ser muy bonita. Para su sorpresa, habían ido hasta sus abuelos de Filadelfia.

—Sé cómo te sientes —se acercó a decirle Dana Rollins Westmoreland—. La primera vez que Jared me trajo a conocerlos pensé que no era mi familia, son muchísimos.

Savannah sonrió, pensaba lo mismo que ella. Volvió a echar un vistazo a la sala y fue Tara Westmoreland, la esposa de Thorn, primo de Durango, quien se acercó a comentarle:

—Parece ser que Durango ha convocado a todos los hombres.

—Ah —exclamó Savannah preguntándose por qué.

—Estoy segura de que acabarán pronto —la tranquilizó Tara—. Mientras tanto, te contaré cómo conocí a Thorn, ¿o te lo han contado ya?

—No, pero después de conocerlo, imagino que será interesante.

—Sí. Ven con Dana y conmigo, iremos con las demás a la cocina a charlar.

Después de llamar a Delaney, Shelly, Madison, Jessica, Casey y Jayla, fueron todas a la cocina. Una a una le fueron contando cómo habían conocido a sus maridos y se habían enamorado.

—Veo que todos tenéis preguntas que hacerme, ¿qué queréis saber exactamente? —preguntó Durango a los hombres.

—Sé que no es nuestro asunto, Durango, pero te conocemos. ¿Cuál es la verdadera razón de este matrimonio? —empezó a interrogarlo Stone.

Durango sacudió la cabeza. Sabía que a su familia le costaría creer en su boda, así que había decidido ser franco con ellos.

—Savannah está embarazada y aunque ésa fue la razón inicial, ya no es la principal.

—¿No? —inquirió Spencer Westmoreland.

—No, estoy enamorado de ella. Y ella está enamorada de mí.

Vamos a tener un bebé en septiembre y somos felices.

Todos los hombres lo miraron. Aquellos que sabían que era fácil enamorarse de la mujer adecuada, lo creyeron, pero algunos siguieron mirándolo con escepticismo.

—¿Y quieres hacernos creer que un solterón como tú se ha enamorado así como así? —continuó Quade Westmoreland.

—Puede ocurrir —respondió Durango sonriendo.

—Estoy de acuerdo —admitió el que había sido un soltero de oro. Storm Westmoreland miró a sus hermanos, primos y cuñado, Sheikh Jamal Yasir—. Todos conocéis mi historia y cómo Jayla me robó el corazón —les recordó.

—Y todos sabéis que a mí me pasó lo mismo con Tara —rió Thorn Westmoreland.

—¿De verdad eres feliz? ¿No te arrepientes de haberte casado? —quiso asegurarse Reggie.

—No me arrepiento —confirmó Durango—. Ya habéis visto a Savannah. Cualquier hombre sería feliz casándose con ella. Pero no es sólo belleza exterior. También es guapa por dentro. La necesito en mi vida. Ella sola ha abierto mi corazón al amor.

Todos los hombres acabaron por creerlo. Aunque pareciese un milagro, Durango se había enamorado. Desgraciadamente, eso no era una buena señal para los que todavía estaban solteros y no tenían la intención de enamorarse a corto plazo.

—Enhorabuena y bienvenido al club de los casados —lo felicitó Chase Westmoreland dándole una palmada en la espalda.

—Gracias, Chase.

Todos lo fueron felicitando, hasta que Ian le hizo una pregunta importante:

—¿Y qué pasa con nosotros? ¿Los que no queremos seguir ese camino?

—Odio decirte esto —rió Durango—. Pero creo que ningún hombre está libre de peligro. Te voy a contar lo que me dijo alguien más adulto y más sabio que yo. Aunque tu corazón sea de piedra, puede volverse moldeable si cae en las manos de la mujer adecuada.

Jared Westmoreland sonrió y levantó su copa de vino diciendo:

—Así pues, señores, a las pruebas me remito.

Dare Westmoreland, que había estado callado hasta ese

momento, sonrió y después de echar un vistazo a la sala en la que todavía había seis Westmoreland solteros añadió.

—Volvemos a enfrentarnos a la misma pregunta de siempre: ¿Quién será el siguiente en caer?